

Certamen Literario Brunca 2020

Universidad Nacional de Costa Rica,
Sede Regional Brunca



Coordinador:
Miguel Calderón Fernández

Certamen Literario Brunca 2020

*Coordinador:
Miguel Calderón Fernández*

860.4
C146ce

Calderón Fernández, Miguel; Rivera Sandi Bryan, Robles Barrantes Ariel, Quesada Zúñiga Lissiloth, compiladores,
Certamen Literario Brunca 2020
/ Compiladores: Miguel Calderón Fernández; Bryan Rivera Sandi, Ariel Robles Barrantes, Lissiloth Quesada Zúñiga.

Editorial Nacimiento - 1ª ed. Pérez Zeledón, C. R., 2020.
216p. : 21 X 13,5 cm.

ISBN: 978-9930-582-21-3

1. LITERATURA COSTARRICENSE 2. LITERATURA
I. Autor II. Título

Imagen de portada: Christopher Valdeir Marín Zúñiga.

Editorial Nacimiento.

Diagramación: Adams J Ruiz.

mi@adamsjrui.com

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción no autorizada por cualquier medio, mecánico o electrónico del contenido total o parcial de esta publicación.

Introducción

Fue en 1982 cuando la Universidad Nacional organizó el primer certamen de poesía en la región, con lo que se formalizó este evento, como el resultado del joven movimiento literario local. Luego se incorporó el género cuento para enriquecer la participación. En los últimos años se hizo un cambio importante para incentivar la creación literaria en la población joven. En el presente año se divide en dos categorías, tanto para poesía como para cuento, de modo que se otorga un premio a lo mejor en la región y otro premio a nivel nacional.

En el 2020 se cuenta como ganador del primer lugar de poesía regional al poemario “Memoria del hígado”, del poeta Leonardo Issac Porras Cabrera. Mención honorífica al poemario “Alicia internada en el país de las jeringas” de la poetisa Joselyn López Rojas.

En la categoría de poesía nacional, el primer lugar al poemario “Álbum” del poeta Bryan Sánchez Rivera; primera mención honorífica al poemario “Los incómodos azules” del poeta Gabriel Ulloa Herrera; segunda mención honorífica al poemario “Escalones” de la poetisa Alejandra Valverde Alfaro.

En la categoría de cuento regional se premia en primer lugar al escritor Cristhofer Valdeir Marín Zúñiga con la obra titulada “Lo singular, lo extraño y lo tenebroso: relatos de terror”; primera mención honorífica al escritor Jostin Andrey Mena Fernández por la obra “Cuentos diversos”; segunda mención honorífica al escritor William Ronaldo Hernández Díaz con la obra “Vida, rodillas y muerte”.

En la categoría de cuento nacional se otorga el primer lugar al escritor Gabriel Ulloa Herrera por la obra “Selección de narrativa graffiliana de finales de la segunda década”; se entrega una primera mención honorífica al escritor Christopher Reyes Loaiciga por la obra “Recuerdo perenne en el mar”; segunda mención honorífica a la escritora Alexa Ajoy Jiménez por la obra “Cuentos de pájaros y almas verdes”.

Presentación

Hegemonía, Crisis y Universidad Pública

En estos últimos meses más que nunca antes en la historia reciente, se vuelve de vital importancia la reivindicación de la Educación Superior Pública como una forma de incidencia con implicaciones culturales, sociales y políticas. Se viven tiempos que han puesto a prueba no solo nuestras dinámicas de vida y cotidianidad, sino que también la valía institucional de todos los alcances del Estado y sus diversas funciones, dentro de las cuales la educación se encuentra también involucrada. El año 2020 y la llegada de la ola pandémica provocada por un virus ha recorrido todos los sistemas como una sacudida que permeó cada una de nuestras actividades y que llegó empujando lo que recientemente se ha nombrado como la “nueva normalidad”. Es decir, una nueva realidad en la que las personas, comunidades, organizaciones e instituciones deben enfrentar su supervivencia. En este panorama poco predecible y altamente convulso, la universidad navega por aguas turbulentas y, sin duda, también peligrosas.

La situación pandémica ha servido como una justificación de quienes han tenido desde siempre intereses por promover la privatización de servicios públicos y debilitar la institucionalidad. El alto en muchas de las actividades económicas dentro de los países trajo consigo una serie de efectos secundarios que han implicado alcanzar algunos de los más altos índices de desempleo de la historia, además de vivir con mayor intensidad los efectos de la pobreza. Al mismo tiempo, esfuerzos institucionales fundamentados desde el servicio público han resurgido como un escudo de protección y valía para las personas independientemente de su condición económica. En el caso de Costa Rica, los esfuerzos realizados por la Caja Costarricense de Seguro Social (CCSS) resaltan como una labor de gran entereza y entrega cuyo reconocimiento no podrá dejar de darse nunca. A este esfuerzo, se suman todos los aportes que se

han podido brindar desde las Universidades Públicas, las cuales a pesar de las circunstancias han logrado adaptar sus labores sustantivas y poder seguir atendiendo con eficacia, compromiso y calidad las funciones tanto en la docencia como en la investigación y la extensión.

Sin embargo, los intereses políticos de quienes son partidarios de las corrientes neoliberales y las propuestas económicas capitalistas, como realidades hegemónicas, han visto en esta crisis humanitaria, y también económica, una oportunidad para el recrudescimiento de sus agendas. Abocando a las lógicas del mercado para doblegar la labor que realiza la universidad, “la presión productivista desvirtúa la universidad, llegando inclusive a vaciar sus objetivos más inmediatos de cualquier preocupación humanista o cultural. Es el caso de la educación permanente que se ha reducido a la educación para el mercado permanente” (Boaventura de Sousa, 2006, p. 30).

En medio de una sociedad atemorizada, se discute en los diferentes círculos de poder político y económico el futuro de la Educación Superior y de todo el Estado Social de Derecho. Desde donde las propuestas para paliar la crisis, llegan no para lograr un mayor aporte de quienes más pueden, sino para reducir las funciones institucionales de aquellas políticas que pretenden buscar alternativas para reducir las brechas sociales y aportar al alcance de una sociedad menos injusta y desigual. La educación pública universitaria se encuentra bajo amenaza, y, ante esto, también sus aportes desde las actividades sustantivas en favor de la ciencia, los avances tecnológicos, el arte, la cultura y el ambiente.

No es posible medir o cuantificar los esfuerzos significativos que ha brindado la Educación Superior Pública no solo como un medio de movilidad social, sino como un espacio de aporte inmensurable en la constitución de lo que hoy se concibe como la sociedad costarricense. Aportes que no se han dado solo durante la crisis que hoy se enfrenta, la realidad dicta que la educación universitaria ha tenido un aporte histórico, contundente y prolongado en el tiempo, que simboliza uno de los espacios críticos necesarios para el fortalecimiento del Estado y un modelo de país cuyos pilares se

centran en la democracia y las libertades sociales más fundamentales. Es por esto de vital importancia, revindicar con contundencia los esfuerzos realizados desde la Educación Superior a todos los ámbitos y ciencias desde sus diferentes actividades sustantivas.

El arte y la literatura surge como parte de las expresiones humanas de mayor valía e importancia; al ser un aporte profundo al fortalecimiento de nuestra identidad social y cultural resulta de gran interés en medio de esta crisis. La vinculación entre la universidad y el arte se podría decir que se encuentra en su génesis. La educación superior se nutre del arte como un vínculo que parte desde una perspectiva dialógica bidireccional permeada por la cultura, los diferentes saberes populares y las lógicas formales para la construcción de obras que pueden prolongarse y mantenerse vigentes en el tiempo, o simbolizar un espacio en la memoria que aporta una mirada a otros momentos de la historia. Al igual que es reconocible las contribuciones de las diferentes expresiones del arte en la universidad, es posible identificar los aportes de la universidad en el desarrollo y fortalecimiento del arte. Ambos en un dialogo interminable del que se enriquecen mutuamente.

En esta “nueva normalidad” pandémica, no solo la universidad se ha visto amenazada, también todos aquellos sectores vinculados al arte y la cultura han sufrido de las arremetidas económicas y políticas. En muchas ocasiones, se delega su importancia, parecieran verse desde las cúpulas del poder como algo prescindible. Es por esto, que cada día los teatros, librerías, casas de danza, editoriales, certámenes de poesía, galerías de arte, conciertos y muchas otras diferentes iniciativas culturales y artísticas cuentan con mayor dificultad para alcanzar recursos que les permitan prevalecer en el tiempo, fortalecerse, desarrollarse y crecer. La reivindicación del arte y la cultura en todas sus expresiones se vuelve también prioritaria.

A pesar de los intereses para que la universidad pierda sus características fundamentales y disminuirla a una entidad más al servicio del mercado y de acuerdo a los requerimientos de la clase política de turno, debe la educación superior sacudirse de cualquier intento

por minimizar sus esfuerzos. Debe la educación superior aferrarse a su esencia. Es por esto que un escenario adverso y complejo, como nunca antes se ha vivido en la historia, espacios constituidos para reconocer, visibilizar e impulsar el arte, fortalecer la identidad cultural de los pueblos y seguir consolidando esa responsabilidad institucional de la Universidad Pública, cobran mayor valor. Resultan en espacios irrenunciables y reivindicativos, espacios necesarios y liberadores. Gramsci (2014) reflexiona sobre “los sacrificios inauditos que saben realizar grupos humanos bien disciplinados en ocasiones determinadas, cuando su sentido de responsabilidad social se despierta lucidamente por la percepción inmediata del peligro común, y el porvenir se presenta como más importante que el presente”. Sin duda, en estos momentos de adversidades, podemos proclamar que la apuesta por el arte es necesaria.

Ariel Robles Barrantes

Poesía Regional

Acta de jurado

Certamen Literario Brunca, Poesía Regional, 2020

El día lunes 7 de setiembre de 2020 el jurado del Certamen Literario Brunca 2020, género Poesía, conformado por los miembros: Deyanira Jiménez, Melissa Valverde Gamboa y Juan Rafael Mena Gamboa, analizó y decidió cuál sería el poemario ganador de dicho certamen.

Examinamos con detalle los poemarios, y concluimos de manera unánime establecer la premiación, de la siguiente forma:

1. EL PRIMER LUGAR, por la utilización amplia de los elementos circundantes al ser humano, el sublime papel de la mujer en relación con la naturaleza, la importancia de dicho ser en el armonioso pasar del destino del hombre. Las figuras retóricas con utilizadas de forma magistral y realiza una descripción perfecta de los diferentes momentos de la existencia humana. Otorgamos el premio a la obra titulada “Memoria del Hígado”, el cual pertenece al participante con el seudónimo “Dlo T”érhua”.

2. Se otorga una mención honorífica al poemario titulado “Alicia en el país de las jeringas”, bajo el seudónimo “El conejo blanco”.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos acta y firmamos.


Deyanira Jiménez Zúñiga


Melissa Valverde Gamboa


Juan Rafael Mena Gamboa

Primer lugar

Leonardo Issac Porras Cabrera

Memoria del hígado

Mujeres en danza

La danza es la tierra que germina la semilla.

El agua ancestral en las niñas,
su rostro besado por la abuela luna.

La danza es la medicina
que envuelve los árboles:
llama enlazada a la historia,
ave que visita la niñez.

El círculo en la danza inicia con la abuela.
La energía en las palmas da vida
a la serpiente de luz que destella en el cielo.

El Ööka surge del agua,
su sombra dibuja dos mujeres que cosechan maíz;
la tusa desprendida en el viento
pinta las huellas del jaguar.

Las mujeres danzan,
de sus pies descalzos brota el polvo
que viaja sobre el río,
un polvo enlazado a las abuelas.

Se delinea en el suelo la huella del águila.
El aire se pinta de color camarón.

Los pies toman forma de hoja
y los cuerpos levitan.

Unimos un rezo en conexión
con la música del tambor y el bambú.

Una mujer canta; canta para guiar la raíz
en la semilla que vive en nosotros.

Un canto en el círculo tejido por la araña
que habita en cada mano.

Se puede oír a una mujer en la quebrada.

El agua se convierte en serpiente
y las piedras son hijas de la laguna.

Los jaguares miran y las aves tocan
un tambor lunar.
Llegamos a la quebrada
a ver el canto de los peces debajo de la arena:

Jëkowa ko,
kjöwajë jeng jeng
Songwoybo wa diyo,
böwa tjröwa diyo,
Diyo yro ber ber,
diyo yro shêy jeng jeng
Jëko ko,
kjöwajë jeng jeng
Dbür kjlökyo kjlökyo,
Dbür kjlökyo shrëyde, jeng jeng
Jëko ko,
kjöwajë jeng jeng¹

Las mujeres son el inicio de la danza.

1 Reinaldo González Gamarra

ÖÖKA BË: Canción del baile popular de la serpiente ÖÖKA, quien se autonombaba Kjögöng, o sea dios supremo, dueño de las riquezas y del río Tjër di, quien es un ser espiritual de la cosmología Naso que habita en la cabecera del río Dikës, específicamente en dos lagunas conocidas como Ybäblëibo, Songwoibo, y en otras lagunas conocidas como: Di dwingna, Zëwoso y Kwëng di, desde tiempos inmemoriales. Ööka era venerado por los Nasoga con un viaje a las lagunas donde le bailan sobre una roca, donde debían seguir correctamente los movimientos, ya que el error representaba la muerte.

Niña

Llega una niña
que besa el sol de la mañana,
duerme a la luna llena
con movimientos de hojas de palma.

Una voz ancestral la mece en nidos de pájaros.

Su hamaca es un cuero de tambor
en el que está tallado un jícaro.

Su pelo refleja el camino.

Sonríe al tocar la tierra
y hace brotar la lluvia en nuestro hígado.

Tiene mirada de guía
y nos llevará a la montaña
con las jabas que habitan el horizonte
que vive en los calabazos de agua.

A la orilla del río nos recuerda el lugar
donde se guarda el sol.

La niña se une a los árboles
para aprender de los animales
que están en su maraca.

Su idioma es seguir a la tierra,
ser niña hasta ver florecer
en su vientre
a una mujer Brorán.

Mujer

Son nueve las lunas llenas
para germinar la semilla.

Semilla de pelo negro en la espalda
y sonrisa al sol.

Semilla que fluye en el río
y en la voz de la piedra de abuela.

Mujeres que adoban las recetas,
que limpian y tallan los jícaros
como quien hila algodón.

Conocen la luna de la siembra,
la medicina para bañar a los niños.

Cuidan nuestro ombligo
como un arrullo de hamacas.

Son las mujeres Brorán,
las encargadas de guiar al viento
y domar al jaguar que brilla en nuestros días.

Nos enseñan el nacimiento del maíz
y a envolver nuestros nombres
en hojas de bijao.

En ellas somos la siembra y los frijoles,
el cacao y la alegría,
nuestra esencia Brorán.

Sus manos sostienen
el secreto del arrullo;
su canción de cuna es la tierra y el agua.

Mujer medicina

La abuela soltó su pelo
y caminó a la montaña

Se detuvo,
miró al cielo,
sintió el aire.

Volvió su rostro de flor de maíz
y no había nadie.

Entonces pudo entrar
y sacar la medicina.

Ida a la montaña

Las mujeres salen a pescar.

Llevan sus jabas en la espalda
y el bacsha en la mirada.

Salen un día de verano
con las manos llenas de palabras
para sus hijos y el viento.

Caminan por la laguna,
por la montaña, entre bejucos,
como quien busca más de nuestro idioma.

De un árbol cae una palabra
que oscurece el cielo.

Debajo de una hoja seca
hay una abuela contando historias.

Tocan en el musgo los nombres del pueblo.

Los niños corren libres y el bosque los cuida.

Con el *bacsha*
las mujeres amarran las palabras
que ya no habitan en sus casas.

Un niño levanta la hoja seca
y aprende la historia de *aayan*.

Con sus pies de puntillas
una niña mira al cielo y pronuncia
¡T'a huo prue!

y comienza a llover.

Los niños se abrazan y entienden el mensaje.

Las jabas llenas de musgo llegan a casa
y hay una sensación
de haber pescado
con sus vidas
el alma de la montaña.

Mujeres de lucha

Los relatos iluminan la noche.

Su fuego cubre
y nos hace hablar un lenguaje
que sabe a tierra.

Las leyendas no se fueron
con la muerte del guerrero *Lokës*.

Cada madre cuenta la historia
que nos lleva en una balsa
sobre el río Tjërdi;
nos conduce a danzar
el baile del tigre,
del mono,
del camarón,
de la serpiente.

Las mujeres
no solo aprendieron a nadar en el río
y tejer el hilo del algodón,
también asimilaron la lucha sin armas,
a cuidar los hijos en la montaña
y cuidar en el centro del fuego
el caudal de cada historia.

Su memoria está en el hígado.

Son la medicina de nuestro pueblo:
su sabiduría,
sus cantos,
el alma de los relatos
y
sus luchas.

Fuego de un árbol medicina

La lluvia cuenta la historia
de una mujer que sembró
dos semillas a la orilla de su casa.

Semillas que se hicieron niñas
mitad serpiente,
mitad personas.

El cuarto estaba oscuro,
de pronto una luz roja
llenó el espacio con olor a medicina.

El humo se extendía en mis ojos
sin sostener el fuego
que curaba mi espíritu.

La lluvia se detuvo
y se hizo de noche.

Sus manos llegaron a las mías.

No pude ver su rostro
pero el aroma
de aquellas cáscaras de caraña
traía el espíritu del mar en mi madre.

Hoja en la estrella

Una hoja de pasmo cuelga de una estrella.

Un animal corre,
revuelca hojas que se come la hormiga.

El caracol retumba en la montaña.

La hoja se desprende,
nada despacio.
Su color se transforma.

Sobre la espalda cae la hoja.
La piel se vuelve verde
y los ojos: frutas rojas de verano.

La hoja y el animal se vuelven medicina
y abuela ve flotar a un niño
que llora en sus brazos.

Piedra del venado

El arcoíris nace en las gotas de agua,
arco de vida en el niño
que carga una jaba en su espalda.

Sus pies duermen con la tierra
que acaricia la semilla del maíz.

Aves verdes levantan su raíz
en la cima de un árbol.

Con el canto del agua los pájaros viajan
a donde el sol se vuelve abuelo,
y él se despide entre las nubes
que sembrarán la luna.

Ya es de noche,
se escucha la búsqueda del venado
en las historias ancestrales:
la piedra sin forma
que los niños imaginan en el aire.

La que se guardaba en lo oscuro del rancho:
piedra sobre la cual
mi abuelo contaba que traía suerte,
pero también la muerte al cazador.

Ushi

El canto del ushi en la montaña
nos recuerda las noches,
el miedo de los niños al dormir.
la batea llena de arroz en la oscuridad,
la sonrisa de las mujeres,
el pilón danzante
con sus brazos alrededor del churuco.

A los abuelos frente al guacal de la chicha fresca
con ese aroma a final de invierno.

El canto de la montaña es imitado
por la madre que duerme
a su niña en sus brazos.

El olor a cacao caliente
acompaña la historia de cada día.

El ushi corre en las montañas
y los niños se toman las manos al cruzar el río.

El día muere con la luna y nace con el sol.

Pero la historia del ushi seguirá viva
en la voz de hamaca
que habita en nuestras madres.

Shunió

La lluvia canta en las hojas
como hormigas de agua.

La sonrisa de mi abuelo se escucha entre sus gotas.

Mi hígado explota
al sentir cómo corre la mirada de mi madre
en los brazos de una piedra.

Mis ancestros vienen con ella
para que germinen las semillas.

La lluvia trae mensajes,
como lo hizo al pelear
con la serpiente en la laguna
y el camarón gigante en el río.
Se detiene al cruzar por el barro y moja su cara.

Saluda a t'ër y nos visita.
Ella siempre nos trae un mensaje
Por eso cuando llueve
sentimos gratitud y decimos:

T'a beno huo p'ruë

“nuestro hígado está muy feliz”.

Mención Honorífica

Joselyn López Rojas

**Alicia internada en el
país de las jeringas**

*No le vengas con cuentos,
a quien sabe de historias.
Anónimo*

Llegada al manicomio

Somos espíritus celestes volando bajo,
al alcance de toda apreciación,
en trayectoria con los cuervos,
atados al clima gris, callados,
entre enredaderas de flores lilas,
bajo la sombra de los almendros.

Fuimos personas enteras,
fulanos, zutanos, menganos,
de existencias privilegiadas,
descubrimos fragmentos de vida,
tras la malla de 3 forros,
3 grosores de sarán, color corrosión
con detalles de indiferencia,
que forman las ventanas,
de un pequeño cuarto,
cubren los pasos de aire libre,
sin olor a hospital,
rayos de luz opacos se cuelan,
desprendidos de la casetilla del guarda
del II pabellón.

Basada en la realidad

Títulos de películas
con finales felices
y trayectorias cansadas,
días en psiquiátricos,
sientes la eternidad en tus pies,
la bata rosa de la CCSS
incrustada en la piel

Añoras la libertad de tu locura,
más que un verso que te ahoga.
Es la realidad que vivo
más que colores,
más que memorias
más que realidades escrita
más que el tráfico de palabras

**Te grité,
en un suspiro**

te escuché,
entre sedantes,
alucinaciones,
llanto,
risas,
hambre,
nauseas,
sueño,
insomnio,
odio,
perdón,
rencor,
te vi,
en mi cara,
en mi sangre.
Te grité,
con el silencio,
con el alma,
con un suspiro.
Te maté.
Disparé.
Toque mi vientre,
ensangrentado,
y pedí
que las mariposas
hubieran muerto

Y descontando

Le pones tiempo
a mi muerte
adelantas mis planes
y el destino
la carrosa de los muertos
pasa
toca la bocina
por si alguien quiere subir
la escucho
y no me decido
quiero ir
y no lo hago

Sueña

Entre árboles muertos,
ventiscas sabor sangre,
lunas,
quemando la carne
y destruyendo el espíritu
sombras perdidas,
entre el ocaso,
de ilusiones encontradas,
un mundo de idiotas
y estupefacientes;
tú,
solo,
como el abismo
de tu cuerpo
entre el éxtasis
y el sudor del acero,
chocando en medio de sangre
y el hueso
de la escoria protectora
del mundo.

Fantasmas

Con un corazón latiendo

derrumbas
mi castillo de cartas,
me dejas indefensa,
ante las tormentas,
de mi mente,
mis personalidades
me arrebatan la cordura,
si es que la tenía.

Acaso, no vez

que el ocaso
se sumerge
en mi espíritu.

Acaso, no vez
que las lunas se ocultan
cuando el séptimo duende
huye del sol

En mi mundo
de fantasía
los sueños
son fragmentos de realidad
envueltos en mentiras
inconscientes

En mi brazo
cicatrices
convertidas en espantos
de niñas inocentes
buscando su oso al dormir

Te burlas de Hades
no lo has visto arder
Morfeo me atrapa
en su sueño
y tú
en la burla
me lanzas
a los brazos
de la muerte

Fui a escucharte

ahí,
donde van todos
los que aparentamos
ser santos,
mortales,
de almas oscuras,
llevando sus mejores galas,
El ángel exterminador
a mi lado
señalando
a los condenados
mientras susurran el credo
de nada
sirven tu suplicas
uno más
uno menos
y la muerte?
En una esquina
esperando su premio.

Me cansé

Me cansé
del cansancio de seguir
me cansé de ti
de las agujas semanales
del guarda
y su alcohol en gel
de la parada de bus
y su gente
de la clozapina
de la lorazepan
de los efectos secundarios
de odiar el odio que siento
me cansé de mi
de mi rabia sin sentido
de tus excusas estúpidas
de los cortes en mis brazos
de la navaja sin filo
de mis propias mentiras
de las voces en el coco
y sus secuelas
simplemente
me cansé.
me cansé de ti

Sitio blanco,

con sábanas blancas,
de paredes blancas,
transeúntes de uniformes blancos,
rostros pálidos,
combinando con el vacío en nuestra fuerza,
despertando en las penumbras de la noche
al llegar cada cambio de turno,
con toldos blancos, fugaces al viento
y a la condena de permanecer en el Patrimonio Nacional;
Alias Chapuí.

Donde su tour recorre el nivel de anormalidad
adaptado a percepciones de una sociedad.
Lleno de historias de muertos en batalla,
caídos en la guerra consigo mismo.
Somos un zoológico
de especies en peligro de extinción.

El muelle cruje donde la ola fría y muda
choca con su base tristemente deshabita.

La luz denota la opagues de su derrota,
sin miedo pero con angustia.

El mundo dirige mis pasos hacia tu existir,
dando sentido al poco valor del mío,
que cae en pedazos durante tiempos inertes,
como los cuerpos que visitas en lugares de silencio,
donde el alma es más vulnerable al susurro.

*Como una niña de tiza rosada
en un muro muy viejo,
súbitamente borrada por la lluvia.
—Alejandra Pizarnik—
Para Wendy*

Poesía Nacional

Acta jurado

Certamen Literario Brunca, Categoría Poesía Nacional 2020

El día viernes 29 de agosto del 2020 se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2020, género Poesía, Categoría Nacional, conformado por los siguientes miembros: Laura Casasa Núñez, Joset André Navarro Abarca y Marvin Castillo Solís. Luego de examinar minuciosamente los poemarios participantes, el Jurado conviene premiar las siguientes obras:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR al poemario titulado Álbum, que se presentó bajo el seudónimo Alce. Bajo la metáfora del álbum, el autor nos hace conocer, página por página, momentos de un pasado distante y doloroso, de una infancia vivida en soledad, pobreza y dificultades. El verso concreto, de pocas palabras, pero de fuertes connotaciones, construye esta poesía de lo íntimo, en la que la referencia cotidiana de los pequeños detalles nos ancla en una mirada a nosotros mismos y nuestros dolores.

2. Otorgar la PRIMERA MENCIÓN HONORÍFICA al poemario titulado Los incómodos azules, que se presentó bajo el seudónimo Chicheme. Por su dominio del lenguaje bajo un yo lírico mordaz. El libro es presentado con una rescatable limpieza y atención a los detalles.

3. Otorgar la SEGUNDA MENCIÓN HONORÍFICA al poemario titulado Escalones, que se presentó bajo el seudónimo Lya. El poemario tiene una fuerte carga emocional que lleva a los lectores en la dirección elegida por quien escribe. Se trata de una obra bien cohesionada, reflexiva y conmovedora.

A quienes deseen participar en ediciones futuras del Certamen, se les recuerda atender fielmente las normas de la convocatoria, pues algunos trabajos fueron descalificados por incluir el nombre del autor en lugar del pseudónimo o por contener material

previamente publicado en formato de libro. También se recomienda que los textos pasen por procesos de edición y corrección de estilo (por parte del mismo autor o de personas de su confianza) antes de presentarse al Certamen, de modo que posean una mayor coherencia a nivel estilístico y de formato.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos acta y firmamos.



Laura Casasa Núñez



Joset André Navarro Abarca



Marvin Castillo Solís

Primer lugar

Bryan Sánchez Rivera

Álbum

Hasta yo me sorprendo de tener veinte y verme así

*If I could start again
A million miles away
I will keep myself
I would find a way*

Nine Inch Nails

El cuerpo como distorsión de una vida mal llevada,
El peso de la carne como metáfora del barro que soy (o seré)
una canción hermosa como predicción de lo que es el alma.

Se pudren mis lamentos en esta espalda, quebrada de dormir.
Recorro con los ojos los recuerdos de una niñez inconclusa.
Me pregunto viéndome al espejo ¿qué me habrá pasado?
Sin saber en qué momento perdí el rumbo.

Veo a un niño ahogándose en Playa Hermosa,

y soy yo.

Soy el cráneo abierto detrás del palacio de los deportes,
soy la sangre que brotó de mi cuello en la sala de la casa,
soy los dos brazos rotos que no tienen ganas de ir a la escuela.
Soy el niño que ya no es niño y no puede recordar el sonido del dolor.

Tengo amigos en internet que conozco más que a mis hermanos

Fuimos instantes
de vidrios rotos
en un cuarto desordenado
Vivimos a closet compartido
porque no alcanzaba uno propio
había solo dos camas para tres
y nos turnábamos para dormir
entre gritos y peleas
de hermanos que crecen
solos bajo el sol

en el antiguo patio
ahora descansa sin uso
el tobogán del 91
Tardes de juego interrumpidas
por el llanto del hermano menor
años que pasan y no están seguros de haber sucedido
Hombres que se miran en el desayuno y ocupan un silencio en la mesa
se ven desde hace veintitantos años y aún no se conocen
no articulan conversaciones de familia solo sueltan preguntas
rutinarias
son bocas que comieron la misma desgracia separadas la vomitaron

A mí me enseñó a nadar un desconocido en Jacó

La arena caliente, el sol y la lejanía del hogar.
El descanso durante el descanso,
la vida antes de empezar.

Los días felices
plasmados en una foto digital
se fueron con las computadoras
y el polistation que nos robaron.

Los perros de la playa,
el estereofón viejo como tabla de surf.
El extraño que me enseñó a nadar.
Lejos de la familia,
lejos de la seguridad.

El mar y los ríos,
Las corrientes peligrosas.

El hijo menor de una familia
desaparece jugando en el mar
y aparece en la arena.

En una piscina llena de gente,
me ahogaba una vez más,
en recuerdos
de varias vacaciones al sol.

A veces se inunda mi cuarto

Los días flotan en la lluvia,
como las personas en la memoria.
En el celular hay una foto de nosotros
cuando aún nos veíamos todos.

Las paredes del cuarto se disuelven,
el viento se va colando entre la piel.
Hay agua de mar seca en el ojo
y una bola de billar en la garganta.

Los días vuelven a ser todos iguales
arena entre los dedos,
un peso extra en el pecho,
una habitación vacía
dentro de las cobijas.

En Londres también llueve

Bajo el agua
todo se mueve
más lento.

Todos corren,
todos se cubren

El mismo efecto
de un día gris
en la ciudad.
Y yo
voy mojado.

Afuera también llueve.
Londres se vuelve palpable,
solo en la memoria.

Desde la ventana del cuarto
divisamos Heredia
lleno de calles inundadas.

Te recuerdo cantando a Chico Buarque en la voz de Fito

Para Sofía Alvarado

De esos tiempos en donde solo soñaba
con irme a dormir y no despertar más,
hay un pequeño retrato tuyo
que no se escapa de mi olvido.

Hay bailes, pies descalzos,
días lentos y cansados

Hay un libro de Chaves que robamos,
y tus ojos siempre bajo el agua,
y mi pelo siempre despeinado.

Puedo escuchar tu voz
sobre la de Fito Paez,
cantando a la memoria de Chico.

Puedo ver tus labios,
dibujan con movimientos difusos
la palabra “maricón”.
Recuerdo las canciones que me dedicaste
para quitarme la tristeza de dormir de día

A veces me despierto a abrazarte y recuerdo que te fuiste

Todo eso es en vano, como no dormir

Luis Alberto Spinetta

Hablé de la muerte y quemé mis pupilas
con noches interminables sin parpadear.
Te recordé entre luces,
entre bucles de sonido inentendibles

Me arrojé con lo que devolviste de la garganta,
el rencor, al que aseguras no pertenecer.
Contesté tus llamadas para oírte decir todo,
excepto mi nombre.

Me llené la boca con respuestas
a preguntas que ya no tienen importancia.

Vi las casas de la capital a lo lejos,
y me pregunté
si todos duermen
¿de dónde viene el dolor?

Recité de memoria
los poemas que solíamos leer juntos.
Canté y me desangré en puentes amarillos,
los diez minutos completos.
Después de todo este tiempo,
me despierto sin amar.

Babosas y pajaros

y yo siento un aleteo extraño detrás de los párpados. No son las babosas veganas, evidentemente, cuya textura viscosa no tiene nada que ver con plumas y aleteos. Es el pájaro, que ha empezado a estirar la pata derecha y a agitar las poquísimas plumas que la muerte le dejó.

Laura Flores

Cuando vi a Laura por última vez
cargaba su espalda rota y su libreta de dibujos.
Traspasaba las calles paralelas al anfiteatro
y exhalaba palabras hechas humo.

Oí ese aleteo de pájaro muerto
en un vaivén.
No quería dejarlo salir.
Se peleaba con las babosas
detrás de sus párpados.

Entre las 2:20 y 2:40
sus ojos soltaron unas gradas barahundas
llenas de moho y ausencia.
Un suspiro hecho brisa
ardía a 451 grados fahrenheit,
y debatimos que los libros cayendo
imitaban a los pájaros.

Debajo de sus párpados
se movían las babosas
y bajaban por el rostro lentamente
hasta llegar a nuestro infierno personal:
aquella clase de paredes verdes
con poemas despintados de Sauma,

infierno en verano
balsa en invierno.

Un legado de tres años
de valles y flores
que parecen no marchitar ante el tiempo
y mantienen el frente de la palabra contra el mundo.

Llorando babosas,
Resucitando pájaros.

Días soleados

Ha pasado el tiempo
y de aquellas latas o tarros de basura
ahora yo toco la batería.

Creímos que Jeremy iba a terminar en la cárcel,
ahora es al que le va mejor.
A Frank, ni el hijo ni la coca lo han hecho mejor persona.

Los demás seguimos en lo mismo o nos dejó de importar.
como si la vida avanzara para adelante,
nos atascamos en la adolescencia inútil de pachas, cigarros y
[marihuana.

Pasamos a las pastillas,
los jarabes,
la coca,
las sobredosis.

Pero claro,
todo se ve mejor desde una cámara,
Lou Reed de fondo
y Obi Wan actuando de yonqui.

No era lo mismo ver a un compa con las venas ahogadas,
escupiendo sangre o aferrándose a la vida desde el asfalto.
Mientras, orinábamos tratando de atinarle a un gato.

Hoy nos sentamos a pensar varias cosas:

El punk rock arruinó nuestras vidas,
pero de la jacket de me quiero matar,
la de No Future
y la camisa de Eskorbuto hecha a pilot

supimos que el indie era una basura,
y que el metal apestaba más a piedra
y amigos que se van.

Creíamos que los playlist del 2015
y hablar con viejos amigos
que desaparecieron cuando tuvimos novia
nos haría volver a la época buena.

Donde no había goma
y tocar en un bar parecía un sueño...

como si fuésemos a llenar estadios.

Álbum

1

La buseta llegaba temprano.
Antes de las seis,
no había nadie.
El silencio corría por los pasillos limpios

Al ser más de las siete
Infestaban la escuela:

Niños gritando.
Cayendo.
Escupiendo.
Molestando.

Luego, sonaba la campana;
era la hora de entrar a clases.

Desearía haber tenido audífonos
en aquellos días
y así no escuchar los insultos.

Me escudaba detrás de los cuadernos,
dibujaba cerca del renglón para no ver a los demás.
me escondía en la esquina más cercana a la profesora

allí dormía lo que en la noche no había podido

2

Los recreos eran mudos,
llenos de legiones de hambre y juegos solitarios.
Los amigos que inventé jamás me trataron mal

3

Los compañeros de aula,
Nunca comprendieron
Y seguían preguntando

¿Por qué dibujas tanto dragon ball?
¿Por qué escribes cosas tan raras y tristes?
¿Porque siempre anda solo?

—Claro, porque huele mal—

4

Aunque mi mamá trabajaba en la misma escuela,
no se daba cuenta del olor a mierda
que me acreditaban los demás niños

y me seguía dando plata para ir a comprarme una coca en bolsa,
y unas papiolas a la soda de los gemelos.

5

Antes de quinto grado,
también vendían cigarros de chocolate,
los compraba cuando me sentía solo y ansioso

6

Unos decían que en los baños asustaban.
Otros, que salían monstruos detrás del gimnasio;
Pero yo los veía por los corredores

Molestándome.

Botándome.
Gritándome.
Escupiéndome.

7

—¿por qué siempre se saca malas notas?
—creo que no pone atención. Nunca copia nada de lo que hay
[en la pizarra

8

Mi vida,
procesada en tan solo seis meses
me cobraba la existencia milagrosa
a cambio de unos ojos miopes y astigmaticos.

extinción del punto 8

—Gracias al cielo, gracias al hospital de heredia.
, entienda usted es un milagro, Dios tiene un plan para usted—.

9

A los 8 años,
Le rompí la cabeza a mi hermano con la puerta del frente.
Me castigaron.
Esa noche,
juro que hable con dios.

Traté de hacerlo alguna otra vez,
pero creo que mi falta de fe
y mi constancia en blasfemar
Hacen que dios no quiera volver a hablarme

Extensión del punto 9

A veces escucho voces en mi cabeza, creo que esa, ya no es la
[voz de dios

10

Cuatro ojos, zoila basurilla, salchichón podrido, pedazo'e
[mierda.
Apodos cariñosos, elegidos por mis compañeros de clase, para
[mí.

11

En los recreos,
Me escondía detrás de las bancas de piedra,
Y jugaba a dispararle a todos los que me hacían daño o me
[molestaban.

No quedaba nadie,
ni siquiera la niña que me gustaba.

12

Siempre las notas,
nunca yo.

Muchos resienten que su papás se vayan, que sean alcohólicos,
no tener dinero o comida. Entre otros daños banales que
[suelen cometer los padres jóvenes, a quienes se les rompió el
[condón.

Yo, como cuarto error consecutivo de mi mamá,
tercero de mi papá,

siempre tuve el resentimiento
de no ser nunca el mejor.
Ni siquiera siendo el peor.

01:00 a.m.

Pasadas las 12,
esperaba a mi padre y mi madre
con huevo hecho en el microondas.
Se lo comían por compasión.

Después de un largo día de no vernos y pasar trabajando.
solo querían tener sexo.
O mejor aún: dormir.

Primera mención honorífica

Gabriel Ulloa Herrera

Los incómodos azules

Poema de aluminio

*Y me parece mentira
que mi mano escriba versos.*

Gloria Fuertes

No me dijo nunca un jurado
con claridad
que mi poesía era una mierda
para entender que
lo mío no es
escribir a la belleza
ni a la muerte
o lo sagrado

o al amor, la política, la geografía
ni a las tenues pinceladas
o monstruosas estampidas
de la naturaleza

Lo mío es un premio de consolación
un digestivo que no alcanza el cobre

Lo —a veces ni siquiera— mío
es escribir un agradable y suave relleno
para que encima descansen los poetas aclamados

Y sin embargo
ni ellos
ni yo

alcanzamos a dar una sola palabra
que satisfaga a este dios monstruoso
que permanente nos rodea.

[A A.S.R. Por darme un cierre]

Azul

*Cuando muere un poeta,
no pasa nada...
Gloria Fuertes*

Trozo a trozo
los ruidos del mundo
como parpadeos en la oscuridad
ensordecen la memoria
 ácida
 reseca
al reverso de la mejilla

Al cenit de la boca
el agua tan fría
se enquistaba
escarbando los poros
como minero del Amnios

La conciencia una estrella
me ve tardía en su cielo
sin saberme muerto
a cientos de años luz

Ninguna claridad es suficiente
el horizonte es una farsa translúcida
y la poesía
un pájaro de porcelana

Ni la muerte misma
ni las miradas en las sombras
son tan definitivas
como el ancla de los pulmones
y las raíces que desprenden las pestañas.

[A Life blow is a Death blow to some]

Por un café

*Siempre reniega azules
conforme a la ruta...
Alejandra Pizarnik*

Iba cantándose a media voz
una cancioncilla que él mismo se había inventado

Un cafecito
para mí
para mí
Un cafecito
para mí

con el pantalón de mezclilla
sucio en el culo
porque nunca le hizo caso a su mamá
y siempre se sentó en cualquier lado

Se lo tomaba pensando
lo que pasa es que quieren
que viva las vidas de otros

Llorar por la salida de Keylor
entristecerse por el actor de Spiderman
aunque esos maes nunca
tendrán que decidir
entre la pizza de mil
y las siete tejas del café

Recordó un chilenismo
Cuico
y recordó que en el Taller Joaquín Gutiérrez
le habían dicho que la poesía de Chile era muy buena

De nada.

Gracias.

Yo por mi parte si vuelvo
lo haré como una hoja amarilla /
de higuérón
que triste se desprende
a caer como humillación última
entre las patas de un perro
pero pifia
Y sueña flotar en la marea
pero el viento de la costa
va tierra dentro
y me lleva más bien a un abismo de fango
donde me pudro
y en mi negra suerte
me voy durmiendo en un dolor leve

Me preguntaré si hay caminos desconocidos o si
serán los pies quienes no recuerdan
y me responderé que sí Porque es más fácil

Marchar torpemente
a cruzadas silenciosas
adornadas hasta los dientes
a pesar del catarro
catarsis
cátaros ácaros
cataratas
y zambullirse
hasta que la sábana se enreda
entre los pies azarosos
y caigo de bruces
de nuevo a la arena
justo encima de un hormiguero

Si alguna vez
volvemos
No será ya en compañía de un veranillo
sino de un enredo de orejas
del recuerdo
de un profundo infierno
de sus manos y piernas y toda usted que hierve
de mis manos y espalda y de mí que aquí tiritito
algo así como un desierto
escrito
en un papel rosa
masticando mariposas grises
lindo
sutil
expreso latte
en un pelillo de gato apenas
que no sumerge de razones
sino que babea una historiecilla
de humanidad
en las palmas almohadilla de su mano

Pero si nadie vuelve
yo sabré entonces
que cada quien “#llevasusprocesosylavara”

Aunque tan poco
me ayude vivir la vida real
en su absurda longitud
porque todos los caminos son pasajes
olvidados

[A A. P. C. B. Por la poesía confusa]

**Poema que propone sobre el análisis de la métrica
que la hecatombe no cabe en el hemistiquio alejandrino**

*Mirando las bengalas azules, rojas, verdes
en el cielo envenenado por los gases
Luis Rogelio Nogueras*

Si el poeta que dio forma
a un terremoto de añoranza
con su huracán de sentimientos
y moldeó con delicadeza
aquel tsunami de pasión
hasta inundarse de ausencia

Hubiera vivido
en Nicaragua en el 72 o en México en el 85
En las Bahamas que vieron llegar a Dorian
361 segundos en Tohoku en 2011
O en Kaifeng
 cuando el emperador Ming tras Li Zicheng

 trató de a los rebeldes
 ahogar

No habría escrito versos ni sería poeta
No sería poeta ni estaría vivo

 Aquel en cambio
 que vivió tantas y todas esas catástrofes
 sigue aún muriendo
 y su magna muerte es infinita.

Poesía I y II

*...siente sus rayos
que calientan la piel de tu antebrazo
y las hojas del árbol del jardín.
Gabriel Chávez Casazola*

Todo aquel
que se haya dejado llamar poeta
está en la obligación
de dejar registro entre sus palabras
de al menos una
definición de La Poesía

Yo estoy en el patio apretando
una prensa para colgar un bóxer
Y mientras me lastima el dedo
con su plástico astillado
me ilumina la insoportable
luz de una estrella incandescente
quizá muerta hace tiempo

Dejo constancia entonces
de que la poesía es
precisamente
que esas dos cosas coincidan
Que esas dos cosas
hagan mi vida
y que esa coincidencia
me requiera ser escrita
aunque sea imposible

precisamente
por comunes
precisamente
por imposibles

y porque en dos semanas
a menos que aquí las vierta
yo mismo no habré de recordarlas

Islero y Manolete
(Épica de horizonte púrpura)

*Desencadena el raudo corazón que te orienta
por las plazas de España, sobre su astral arena.
A desollarte vivo vienen lobos y águilas
que han envidiado siempre tu hermosura de pueblo.*
Miguel Hernández

Al volapié vendrá el verdugo
sádico e impune
y el héroe morirá tarde o temprano.

Su cuerpo desollado desaparecerá
hecho pedazos entre los coleccionistas.

Su madre será asesinada
y disecada el mismo día.

Cabalgando el Azor y vestido de blanco
buscará ensuciar su nombre el caudillo,
y entre chismes de oro y cabaret
le demeritarán los conspiradores.

Pero la proeza con que en su estocada
abrió de par en par el muslo de su enemigo
y le condujo a la catarata incontenible de la muerte

perdura en nuestros tendones trémulos
que entre los nervios recuerdan
fieros e inspirados
la huella de mezclados carmines que dejó su batalla
en la arena de la memoria.

Segunda mención honorífica

Alejandra Valverde Alfaro

Escalones

Ciudad

Soy una ciudad
yo, que repito la lluvia a diario
que enseguida revuelvo pasos
al lado de gritos y gente.

Soy una ciudad
cansada del bullicio
del semáforo ajeno y turbio
que me esconde el paso
en las noches.

Soy yo
una ciudad que no descansa
aquella franja que se detiene
entre el cemento y los parques.

Ducha metropolitana

Abro el grifo de la paciencia
y escurro la ciudad de mis costillas
enjabono las aceras de mis dedos
llenas de pisadas y basura
ampliamente invadidas
por el humo de los pobres.
Es como trapear el suelo en mi espalda
cansada de chocar con gentes en los buses
o de pagar mal los taxis
con billetes caros que no me dan de comer.
Riego mis ojos de gato
con una luz menos fosforescente
con un semáforo que grita verde-paso-a-amarillo
al llegar al vientre transitado
que grita rojo una vez que se detuvo el tiempo.
Restriego mis paredes y mis techos
mis brazos con cuita de palomas
pero de unas que ya ni vuelvan y arrullan
de unas como yo que prueban el pan añejo
de una ruta que alguna vez le dio de comer.

Parqueo

Las calles parecen vacías
en sus estratégicas constelaciones
hechas a base de parches asfálticos.
Los perros husmean en busca de alimento
de dueños o de seguridad
para este frío agotador
capaz de convertir en odio
cualquier recuerdo.
Todo parece solo
áspero y gastado
los cuidadores de carros
costean su pan diario
no sin antes pedir a cambio
un cigarro y poca conversación.
Se estaciona el alma, el cansancio
todos depositan en este camino
una esperanza de no alcanzar el sol.
Volver a casa es la idea
no dejar que la madrugada nos consuma.
Son las dos y treinta y tres.
La calle es como una sala de espera
tan incierta que absorbe
tan poco transitada
que no se parece a la memoria

Grafiti

Te vi trazar en las paredes
el nombre de una patria muerta
pintar de colores
la franja entre el amor y la lucha
dejar un rastro paralelo
que dividía tu nombre
entre lo que realmente sucede
y el deseo de ser otro.
El oficio del que clama
es llenar las grietas con esperanza
dibujar niños en las veredas
como si el camino y la vida
estuvieran resueltos
escribir un poema
sobre los muros
decir que la boca no calla más
y oculta la mano ajusticiada
Otra sería la escapatoria
si el mundo fuera más humano
si detrás de cada consigna
se callaran todos y cantara el cielo
si la única voz fuera un gracias
y cada barrera le dijera adiós al mundo.

Tres reportes

Tres veces apunto a la nada
espero las distancias
separo los brazos
y respiro hondo.
Entonces digo que mis ojos
son una voz incompleta
mi boca
un momento intacto
en que decido llamarte
con un nombre
que hasta hoy
no estaba dibujado
en mis manos.

Balas

No hay nada nuevo
en las gavetas y los rostros
soy este par de manos ansiosas
sin vida, como una pintura.
Salgo del viento a comprar
mil formas de habitarme
la regalía de haber nacido a gritos
sin balas en los labios, sin tregua.
Y sigo siendo lo mismo de ayer:
una imagen del pueblo en ruinas
tres letreros de muerte
y una que otra verdad callada.

Qué tendrán los pájaros del día

Dicen que no todos tiene alas
pero de camino a casa
yo vuelo, en serio que vuelo.
Qué tendrán los pájaros del día
qué sabrán que yo no sepa
porque desde aquí abajo
veo un cielo que no es arriba
un aire que huele a mis hermanos
lleno de miradas capaces de ser nube.
Hablan tanto de subir
de flotar como una pluma
y nadie ve que soy un pájaro
un ir y venir
en migración de compañías
un canto incapaz
de quedarse en su nido.

Abrazaré la calma

Algún día tendré
tu verso en mi boca
haré escapar el sol
por las esquinas del pasado
y pediré que tu palabra
sea tan eterna como esta noche.
Dejaré de dormir las madrugadas
vendré en silencio
y con astucia
palparé con las manos abiertas
haré desvanecer la luz
por las cimientes del recuerdo.
Diré que sí
y que la duda me absuelva
abrazaré la calma
de ese rostro sereno
convertiré en mañana las puertas
y rezaré
como si ese cielo
fuera de verdad el paraíso
como si esta noche
fuera de verdad la tregua.

Todas las vidas

Uno gana tiempo
desde el primer respiro
desde que sabe que las mañanas
son pequeños universos
que explotan como nuevos mundos
con posibilidades de crear
miles de especies
sensaciones
micropartículas de esperanza.
Me evité morir
el día que entendí
que el verso estaba en las flores amarillas
esa misma noche en que nací sin palabra
pero con los gritos de la lucha
en el pecho.
Ese día me gané mi tiempo
el de desamarrar la nostalgia
y ponerle nombre a lo absurdo
los segundos de saberme cosmos
años que pasan constantes
mientras yo los cuento con los dedos
eufórica
completamente expuesta
y con el mismo deseo cada noche:
salvarme todas las vidas.

**Pensé que solo teníamos treinta
(y quye hoy era veintitrés)**

A un costado de la ventana
está el sol ajeno a julio
un cese de lluvia que cobija
mientras el mundo se desmorona
y se reconstruye
como por arte de magia.
Pensé que teníamos treinta
y que los atardeceres
dejaban de ser la base
para construir memoria
y entonces solo se convertían
en aquella estación del año
cuando los árboles
vuelven a ser reales
y los niños
lejos de gritar con furia
se convierten en nosotros
caminando en cuerdas flojas
por los muros del barrio.
Comencé a creer que el encierro
nos tatuaba la rutina
en los párpados
igual a cuando se llora por lo mismo
o cuando se extraña
el cuerpo lejano
que llora y escribe
pero con otro llanto y otra letra.
Pensé que solo teníamos treinta
y que hoy era veintitrés
pero al caer la tarde había un día más
lleno de todo el tiempo
consumido y atrapado

como por arte de magia
en el sol que se nos iba de las manos.

Sobrellevar

Ayer me preguntaba
cuánto realmente duele el tiempo
en tus ciudades y tu entraña
si el orden de las cosas
cuando se respira
es como un rompecabezas tibio
que se traslapa
y abre paso a la nostalgia.
Contás la vida
en segundos tan pero tan extensos
que más que historia abierta y amplia
pasan a ser lo trágico de una mañana
lo irreal de un paso
la sensación de una niñez consumida
entre hombres y mujeres al mando.
No comprendo tu herida abierta
tu cielo que se rasga
con la franqueza de pocos
mientras mis ciudades
mi entraña
salen a buscar a veces a dios
para preguntarle
de qué manera se consigue
borrarnos y abrir ventanas
para mostrar el asombro
de vernos cada día en pie.

Girasol

A vos te crece un girasol
en la mejilla izquierda
una enredadera de mañanas
que se apilan y dan fruto
en temporada de lluvias.
A mí se me dividen los intentos
de cercar la paciencia
de contar pétalos
o dejar que la razón llegue
tres segundos tarde
o toda una vida a medias.
Desvanecer las prisas
ocultar ausencias
y sembrar a diario esta nostalgia
es una prueba más
de que sos un campo
y yo esa bruma
que aunque lo abraza todo
se desvanece
aún en el mejor de los inviernos.

Al amparo del mundo

Tenés en el rostro
a todos los niños que una vez fuiste.
En los párpados escondés
trillos y soles
las mínimas coincidencias
de tu nombre dicho en las tardes.
Tenés la calma
de inventarte una eternidad
y construir futuro en las manos
en esas manos que dicen tanto
con solo mantenerse quietas.
Sos el gesto continuo
la palabra quietud
todo
menos ausencia.
Podría inaugurar los días
con tu palabra
hilvanar un abrazo
como quien recién aprende a tejer
las mareas
la calma
los retratos
eso que sos
cuando bajás la guardia
al amparo del mundo.

Génesis

Soy la luz convertida en tallo erguido
la hoja verde cuya vena
brilla exaltada
como si reventara en goterones pesados
burbujeantes.

Una raíz torcida
de las que abren el surco con tanta fuerza
que explota la tierra y la revienta.

Un universo que se expande
como semilla que germina
y deja fluir el hilo de la vida
entre agujeros negros.

La savia que brota
de una mano ajena
que arranca el vástago completo.
El crujir de las constelaciones que estallan
igual a cuando se creó el mundo.

Romper

Detrás de esa quieta manera
de mirar hacia la nada
de permanecer absuelto de penas
sin otra razón que responderle al silencio
está mi voz inconclusa
que no atina a encontrar la ruta
para romper la monotonía
de este absurdo mecanismo de defensa.

Cuento Regional

ACTA JURADO CERTAMEN BRUNCA 2020, CUENTO REGIONAL


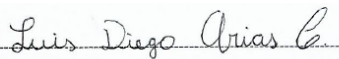
Acta de sesión de Jurado del primer lugar y menciones honoríficas para cuento regional

En la ciudad de Pérez Zeledón, el 15 de septiembre del presente año 2020, se abre la discusión del premio al primer lugar para la categoría de cuento regional, se delibera a partir de las 12 medio día. Llegando a conceso el mismo día en horas de la tarde.

Se llega al acuerdo de premiar al primer lugar con el seudónimo Christopher Valdeir con la obra *Lo singular, lo extraño y lo tenebroso: relatos de terror*. En coincidencia de criterios completa. Por estructura, forma de concebir los relatos.

Para las menciones de honor se toma en cuenta como primera mención al seudónimo Castorás Ado Reyes con la obra *Cuentos diversos*. Y en segunda mención de honor a seudónimo María Celeste Buarque con la obra *Vida, Rodillas y muerte*.

Firmamos todos en señal de acuerdo y de manera irrevocable el veredicto el día 29 de septiembre del 2020.

	
Francisco Alb Corrales Castro 01-1576-0067	Diego Arias Calderón 1-1028-0807
<small>EDWART UREÑA BONILLA (FIRMA)</small>	<small>Firmado digitalmente por EDWART UREÑA BONILLA (FIRMA) Fecha: 2020.09.29 14:23:40 -0500</small>
Edwart Ureña Bonilla	

Primer lugar

Cristhofer Valdeir Marín Zúñiga

Lo singular, lo extraño y tenebroso: relatos de terror

Ilustraciones por el autor.



3 am

A través de la historia, minuto a minuto, surgen eventos extraordinarios. Algunos escalofriantes y sobre todo inconclusos. Como si fuesen sacados de los extensos archiveros del mundo. Cualquier mortal es vulnerable a tales acontecimientos. En esto, existen dos tipos de bandos: el primero responden incrédulamente, mientras el segundo, les permanece un periodo de eterna duda. Pertenezco a este último grupo. Mi experiencia, fue hace tiempo atrás, una imagen tan viva y terrorífica ha hecho de mí, un pobre dependiente de somníferos.

Mi pavor hacia la oscuridad es inmenso, cuando el día toma declive y la vigilia ya no resiste, acudo a los medicamentos. Lamentablemente, cada vez, aumenta el tamaño de la dosis, para combatir este problema. Presagio un desenlace fatal. Todo inició cuando me alojé en el Hotel Black Forest Hill.

Las labores cotidianas, en un banco demandan mucha acción. Estar espabilado continuamente y la interacción social implica gran concentración y paciencia. Por otro lado, mi fatiga se ampliaba y por fortuna, se aproximaban mis merecidas vacaciones. Estas constaban de dos semanas. Mientras llegaban, estuve planeando donde ir a descansar y pasear. No tomé sugerencias de mis amigos. Una tarde en que leía de reojo el periódico, me llamó la atención un hotel hasta entonces desconocido. Presentaba información básica, cuyas fotografías del lugar, mostraba un bosque muy verde que denotaba frescura. Vagamente supuse, que era una empresa recién hecha. Fue así, como consideré esta opción y rodaba vacilante en mi cabeza, hasta que me sedujo. Decidí ir allí.

Tomé el autobús, partí hacia allá, la duración del viaje fue de 3 horas. Durante el traslado, iba distraído contemplando el frío paraje, me interné en una selva frondosa. Apenas cicatrizada por la carretera. Inesperadamente me inundó un sentimiento de angustia. El avanzar del automotor, parecía más lento. Lejos de generarme aburrimiento o molestia, la rara sensación fatídica, se posó en mi

corazón. Abandoné el vehículo, un lunes a la 1 pm. Me dejó al frente de un enorme portón gótico, muy distintivo. Seguidamente yacía el sendero poco asfaltado que conduciría a la ya mencionada pensión.

Me deslicé a pie, mirando el hermoso bosque y encontré particularidades que me dejaron aún más intrigado. El primer detalle, por más esfuerzo que hice, no percibí algún animal. No presencié aves, ni monos, conejos o cualquier insecto. Tampoco ranas ni grillos, pero la musicalidad era clara. Es como si fuesen invisibles o furtivos.

El otro aspecto, —que sinceramente me dejó boquiabierto— la variedad de árboles. Originarios de zonas cálidas, tropicales, y frías, esto agregando su prodigioso tamaño. Me atrevo a decir que quizás un biólogo o ingeniero forestal, se fascinarían al analizar escenario tan extravagante. Y como estas especies hacen para mantenerse rudamente erguidas, en suelo resbaloso. La última singularidad, es que las copas de dicha vegetación, formaban un espeso dosel. Dando impresión que se atravesaba un túnel. El día era claro, pero la luz se filtraba débilmente.

Proseguí solitario, en el camino. Logré observar el sitio donde pretendía pasar allí una semana. El hotel constaba de dos pisos, una altura aproximada de ocho o diez metros. Poseía numerosas ventanas góticas. Era de una madera oscura, muy formal. Algunos elementos metálicos se unían a la composición de la estructura. El techo, estaba constituido por tejas. No había vehículos a su alrededor, pero sí un amplio parqueo. Su interior era muy elegante, con una denotación de poderío y abundancia. Tapices claros, y demás decoros eran de una finura elevada.

Fui atendido por un descolorido recepcionista, hice el trámite normal en este tipo de situaciones. Me fue asignada la habitación doce. Negué la ayuda y llevé mi pequeño equipaje hacia el cuarto acogedor. No había televisor, pero sí una linterna enorme sobre un escritorio. Se encontraban un par de sillas, un pequeño armario, el baño y por supuesto, la cama.

Dos de la tarde, los inquilinos éramos convocados a tomar un té, notificados por una mucama. La mujer también era de tono pálido. Imaginé que se trataba del helaje que afectaba directamente a los operarios del lugar. Al llegar al lugar acordado, nadie nos recibió, todo estaba servido en la sala cuando llegamos.

Los funcionarios de ese lugar eran pocos. Coincidían en rara actitud, además de los semblantes blanqueados. Descubrí que éramos solo cuatro personas que estábamos pagando los servicios de esa entidad.

En el cuarto once se alojaba un tal doctor Romero, un señor vezado y retirado pero que mantenía relativamente joven su aspecto. En la diez, la ocupaba una pareja juvenil. Justifico que por ser una época “mala” el turismo escasea, lo que no entendí fue porque nos enviaron en la parte de arriba. Hubiéramos ocupado los cuartos de abajo. Supuse que otros huéspedes llegarían, pero eso nunca sucedió.

Otro detalle que advertí fui un sendero trasero que conducía a más bosque y un lago. Es decir, la edificación, se hallaba en medio de dos rutas rodeado de maleza y montañas. La atmosfera era cálida por la calefacción, pero un aire de misterio estaba suspendido entre nosotros. Obviamos este pesar con una plática jovial. Un dato irrelevante, descubrí que el cirujano había llegado un domingo y los jóvenes universitarios un viernes.

La mortaja nocturna se dejó caer, oprimiendo las formas. La cena fue una situación similar, hice una breve amistad con los participantes.

Al dirigirme a mi habitación, recuerdo que andar por aquellos oscuros pasillos representaba una incomodidad. Recuérdese que la mayoría estaba hecha de madera, un simple paso, prolongaba un eco y al ser poco transitado, transmitía terrible sensación.

Esa noche, dormí bien y fue la última...

La mañana del martes, fue esplendorosa y deambulé en el camino tracero. Me condujo a las aguas estacionarias con los gigantes árboles. Siguiéron las resonancias claras, carente de animales. No hubo nada de interesante ese día. La helada temperatura,

parecía aumentar. Se repitió la escena en la tarde, y en la cena una charla somera antes de regresar a mi cuarto.

3 am, la locura estalló...

Una sucesión de gritos lejanos por parte de la joven, desprendió el sueño de todos. Oí un pisoteo desenfrenado, similar al tropel. Sucede que la dama, venía corriendo horrorizada, proveniente del sendero que conecta a la laguna. Según sus declaraciones, dijo que soñaba caminar en una selva nocturna y resbaladiza. Atraída por una fuerza mística. Una voz poco entendible y femenina, le decía “váyanse de aquí”. A medida que se acercaba a descubrir la mujer, un viento hediondo penetró fuertemente sus fosas nasales. Cuando faltó poco, despertó. Al percatarse de su desolado entorno, vociferó contra la negrura, pidiendo ayuda. Agregó que un tufo fétido se escondía en la vegetación. Por otro lado, su enamorado reclamó fuertemente a los trabajadores que yacían en esos instantes. El muchacho consolaba a su novia y esta, se encontraba embañalada, tan blanca como el papel.

Los encargados de ese turno, respondieron que nunca vieron o escucharon a la señorita bajar las escaleras y menos andar por el pasillo. Quizás, ese argumento se hubiera comprobado mejor, pero el edificio rustico carecía de dispositivos de seguridad. Era imposible. El alba hizo su habitual aparición. El par de novios abandonaron la zona, envueltos en una niebla colérica. Se quejaron agudamente contra el personal.

El miércoles, platiqué con el Doctor superficialmente sobre el asunto.

—Ha sido una madrugada hermética, ¿no lo crees? —le dije.

—Este sector, naturalmente es atractivo, pero de momento no genera el flujo relajante. Todo lo contrario, la gente de aquí me da mala espina, y cada noche me aqueja un malestar espiritual inexplicable. Soy un viejo pensionado y quiero disfrutar lo que me quedan de mis días —respondió.

—Qué mala suerte la de esos novios —comenté.

—Ese hecho, me ha permitido decidir qué partiré mañana temprano. Hay más y mejores localidades fascinantes. —Repuso, mientras fumaba un cigarrillo.

Qué ironía, me dije mentalmente.

Después, erramos ociosamente. El clima se encontraba helado y corría una penosa bruma. Comentamos sobre la floresta que nos bordeaba y nos distrajimos más sobre literatura y con el juego de damas chinas del hotel.

El reloj cumplía con su circuito. 2 pm se servía un té y nuevamente no éramos recibidos por ningún empleado. Posteriormente la comida, y esta vez, no tuve acompañó. El médico tal vez estaba ocupado o solo se acostó más temprano.

Cuando me sumí en el sueño, estaba poblado de imágenes incoherentes que destilaban un espanto irracional. Hubo también un susurro incomprensible de una mujer durante las visiones. Fue de pronto, que, a las malditas 3 de la madrugada un socollón tomó por sorpresa la estructura. Su rudeza fue prodigiosa, con diez minutos, bastó para desmoronar casi todo. Al finalizar, estuve a la espera de un auxilio, pero nadie se presentó. Cavilaba en solo desgracias.

La electricidad, sufrió un daño considerable, quedando todo a oscuras. Los cristales de mi ventana estaban rotos y posiblemente las demás de los otros cubículos. Ciertas paredes crujieron y se desplomaron. Estaba agitado, jadeaba por tan terrible vibración. La linterna de mi recámara se encontraba en óptimas condiciones y con ella marché a averiguar.

Me introduje en el cuarto del doctor por solidaridad y me espantó lo siguiente: las sábanas de su cama estaban manchadas de sangre. No se trazaban más rastros carmesíes. En el mueble, una pistola de veintiocho centímetros, con seis balas, brilló cuando paseé la luz. Es posible que el hombre quería defenderse de una amenaza, pero fracasó. Nunca más lo encontré.

Un vértigo se apoderaba de mí. Agarré el arma y me deslicé sigilosamente en el hotel. Decidí apagar la linterna por prudencia, prepararme para un posible altercado. Fue así, como descendía con habilidades felinas. Mi objetivo era salir. Jamás apareció otra forma.

El mundo en el que me encontraba estaba dominado por tinieblas y el silencio era su firma. Cada paso que daba, significaba una lucha por calmar mi corazón.

La apariencia externa del sitio, quedaba totalmente deformada. Esto lo deduje por el tenue resplandor de las estrellas. Un semblante de tristeza se dibujó. Dispuse a irme, pero la curiosidad susurraba que investigara otra particularidad. En el conducto que lleva al lago, se alzaba un resplandor rojizo, que no era provocado por llamas.

Furtivamente me trasladé, en un camino cada vez más legamoso. El recelo era continuo. No hice funcionar el foco por la misma precaución. Los enormes arboles semejaban ser dioses dormidos. Una brisa putrefacta, golpeaba mi olfato al punto de desmayo. Recordaba la pésima experiencia de la joven asustada. De repente el choque más brutal, se hizo aparecer. La madrugada era profunda, pero una silueta más negra flotaba a una medida de un par de metros. Antes de prender el foco, descifré que se trataba de una robusta dama en vestido. La reminiscencia rojiza, era de un barrial sin explicación.

Apunté el arma y encendí el artefacto. Me mostró la imagen más insana posible: delante de mí, una mujer cadavérica y cubierta de larvas. Estos a su vez, perforaron su piel musgosa, escondiéndose, se retorcían y brotando monótonos. El cuello ostentaba una torcedura. La vestimenta, era andrajosa, con salpicaduras escarlata. Los ojos se hallaban desorbitados. La modulación era casi gutural. Sin mover los labios, emitió algo que a duras penas entendí así: “lárguense de mi zona, ustedes son una peste. Todo lo entorpecen. Váyanse o mi castigo será implacable.”

Suficiente motivo fue esa frase para vaciar las seis recamaras del revólver en ella o ese huero espectro. No le provoqué daño alguno. El horror era la fuerza motriz de mis músculos. Olvidé el desagradable olor que enviciaba el ambiente. Mientras corría y resbalaba veloz, gritaba a todo pulmón a causa de la locura. La única idea era mi habitación en el hotel como refugio temporal, hasta que el amanecer vislumbrara todo.

Al llegar al sitio diezmado, busqué un objeto para mi defensa. Un palo en mi mano, era lo bastante resistente. Me introduje en la habitación y cerré la puerta. Coloqué el foco, en dirección al umbral. Luego, puse la cama y los escasos muebles, que impedirían el ingreso. A mis espaldas estaban los amplios vitrales rotos. La altura de ellos al suelo, era de más de ocho metros. Tenso y a expectativa de lo que pudiese suceder, esperé.

Los fatales augurios, se manifestaron. Pensé que esa asquerosidad demoniaca flotaría hasta mí, pero no, quería destrozarme mentalmente. La primera señal, el sonido de unos pasos torpes y pesados. Cada vez eran más cercanos. El segundo suceso, los pasos se detuvieron y un vaho fétido se filtró en la entrada de mi recámara. Saturaba la estancia. Después, ella o eso, propinó golpes seguidos con el fin de atraparme. Sostuve lo que pude los bienes y luché para que no entrase. Estaba mareado, a punto de vomitar. De esa disputa, se debilitó el panel. Un agujero, permitía ver un brazo sucio, lleno de gusanos repulsivos y después la cabeza odiosa con la mirada perdida. Le propiné un garrotazo, pero fue irrelevante.

Me acobardé y mi fuerza se esfumó, así como lo hicieron mis esperanzas. Recuerdo, que instantes que la puerta se abriera, me lancé desde la ventana. Desesperado por alguna salida. Producto de esa caída estuve inconsciente o vegetativo. Los rayos solares, acariciaron mi rostro, hasta despertarme. Al ponerme de pie, era un hombre ileso. No poseía quebraduras, el barro de mis ropas no estaban. Tampoco tenía rasguños. Finalmente, la estructura decadente si se mantenía.

Atravesé el sendero húmedo y sucio, el bosque majestuoso, y salí de los portones góticos. Escapé de ahí sobresaltado, mirando continuamente atrás.

Por fortuna, un autobús, se detuvo. Fui llevado a la zona donde habito. Di gracias a Dios al poner los pies en la ciudad. Literalmente, imitaba al sumo pontífice, estaba besando el suelo gracias al alivio. Las personas me veían asombrados. En sus pupilas leí:

“¿Qué le habrá sucedido?”, “Un loco más en la urbanización”, “¡qué diablos, le pasa a ese fenómeno!”

Ignorando esa incomodidad, me dirigí al departamento policiaco. Establecí la denuncia de un posible homicidio, la desaparición sobre un doctor y de todos los trabajadores. Detallé lo mejor posible el hotel, donde se ubicaba y mencioné el ataque a las tres am que derrumbaba parcialmente el edificio. Expuse la sospechosa conducta de los colaboradores. Los agentes que atendían mi queja, se observaron entre sí. Con el mismo movimiento de las pelotas de billar que rebotan unas con otras. Al terminar mis palabras, yacía tembloroso. Empapado de un frío sudor. Un oficial, recriminó que si se trataba de una broma era de mal gusto y mejor debía buscar una ocupación, de lo contrario me encerraría en una celda por varios días. El mismo sujeto dijo que en esa dirección, correspondía a una montaña virgen y respetada. Nunca se había elevado un hotel o algo parecido, ni menos se ejecutaban actividades de excursión o lucrativas.

La noche acrisolada

Desde la perspectiva social y moral, el balance del mundo me parece interesante. Metafóricamente hablando, por cada tono claro, surge la oscuridad, donde habite bondad reluce la parte contraria. En todo esto, quiero decir, que cada cosa tiene su “complemento” y que cada persona posee su propio némesis.

Mi enemigo, en este escrito lo nombraré como Jack Johnson. Vivíamos cerca y desde nuestra infancia, se gestó continuas disputas que fueron tomando grosor en la adolescencia y sobre todo en la virilidad. En esta última etapa, desesperado, mi capacidad de imaginación, cayó en un extremo deshilachado bajo un tinte negruzco, cuya ejecución llegó golpear la mentalidad y asombrar al público en general, fortaleciendo la teoría de Poe sobre el espíritu de la maldad. Antes de dar a conocer esas acciones, narraré en breve la historia.

Como dije antes, la niñez, fue una época envuelta en quereñas frecuentes por cosas completamente infantiles e irracionales. Las continuas ofensas y golpes, se arrastraron hasta nuestra formación en la secundaria, agregándole, el acoso, un tiempo corto revestido en alcoholismo más otros vicios y noviazgos frustrados con damas de la zona, ocasionado por Jack. Un odio tan indistinto se fortalecía.

En la universidad, decidí estudiar derecho. Mi antagonista, al enterarse de esta elección, optó por llevar lo mismo. Sus intenciones eran las mismas: hacerme una vida infeliz y que esta escogencia no era porque precisamente, él amase las leyes y justicia como yo. La estancia, en esta institución fue enriquecedora en su educación. Sin embargo, el villano se las ingeniaba para sabotear mis trabajos y generar bromas humillantes.

Es importante mencionar, que el lugar donde habitábamos, es una zona verde, apartada de la ciudad. Cada vecino, quizás el más cercano estaba bajo una distancia cercana a un kilómetro. Curiosamente al ser adultos, ambos habíamos regresado a nuestras

respectivas casas, al menos de mi parte, yo ya vivía solitario con mis recuerdos. Al ser hijo único, el patrimonio familiar me fue heredado. Para llegar a este sitio, se cruza un puente de gran altura. Las sucias aguas del río que yace debajo este enlace de concreto y metal, son la morada de varios lagartos famélicos de amplio tamaño. He confirmado, que los lugares rurales, suelen ser escenarios idóneos para el crimen y más con factores de este tipo.

Mi temperamento fue tranquilo. Nunca había planeado ningún altercado, contra Jack Johnson. Sin embargo, el día en que cambié de actitud, fue provocado por la siguiente situación. Como abogado, nuestra labor, es siempre defender lo verídico y evitar las conductas indeseables. Mi rival, con dificultad, llegó a serlo también. Él, un fiel partidario de la corrupción, la labia interminable y la mentira. La siguiente coincidencia, es que laborábamos para la misma organización. En determinado momento, surgió un caso de un fraude millonario, en el que Johnson se alió con el contador de la entidad, repartiéndose el efectivo y generando consecuencias notables. El robo fue un escándalo penoso y Jack, utilizando sus habilidades, logró culparme de dicha estafa. El desprestigio a nivel nacional y quizás en otras planicies, fue inevitable. Me hundió en la miseria, pues ¿que otro lugar, consideraría contratar a un abogado involucrado en una vergonzosa estafa? Abrir un bufete, sería similar, cualquier persona sentiría recelo.

Sujeto de continuos análisis, o procesos jurídicos, los medios locales se mostraban como buitres ante la carroña. Algunos periodistas, son tan vulgares en su ejecución, que exageran y desinforman, solo para generar sensacionalismo. Mi ánimo, se había esfumado. Mis posesiones, fueron incautadas. Incluida la herencia de mis padres, que tanto les fue difícil estructurar la morada y obtener el terreno en sus inicios. Estaba acongojado, frustrado, en condiciones moralmente precarias. La llama interna de la ira, se había encendido. Retomé el alcoholismo. Justamente la noche en que estaba embriagándome, fue como si un demonio, al oído me susurrara que enfrentase a mi atormentador. Al decir, enfrentar entiéndase que es castigar con impunidad.

Envenenado por odio, mi imaginación se volvió volátil. Marché hacia la casa de mi enemigo, sin arma alguna, pero con unos mecates para atar manos y tobillos. Como yo carecía de ciertas medidas de restricción, y aprovechando la prolongada extensión de un vecino a otro, no titubeé en dirigirme hacia a esa residencia. Johnson vivía solo, sus progenitores habitaban con sus otros hijos, en la ciudad. El momento en que estaba al frente de la puerta, eran las 8:30 pm. Perfectamente recuerdo todo, pues la aversión dispuso la influencia del licor que ingerí.

No sin antes, logré observar, que unas luces internas yacían encendidas, esperando percibir un sonido que confirmara, que él estuviese adentro. Otra precaución, fue ocultarme en unos arbustos espesos, esto para evitar ser presenciado por un tercer sujeto, que sirviese como un testigo. Las tinieblas de la noche eran profundas, era una noche acrisolada, auxiliar de mis propósitos. Dando patadas y golpes energéticos, llamé la atención de su ocupante.

Antes de la batalla, vociferé y reclamé todas las circunstancias, insultándolo repetidamente, en respuesta de esto, lo único que obtuve fueron risas que estimularon mi enojo aún más. En el momento que Jack se dirigió hacia mí, traía consigo un tubo o vara de metal. Lanzó varios ataques con el arma, pero yo los esquivé, una agilidad nunca antes sentida cargaba mi cuerpo. Entonces, fue mi turno. Puñetazo por puñetazo le devolví, sacándolo de la casa y tumbándolo afueras de ella sobre un caminillo de piedra. Una gran apreciación fue valorar que no derramara sangre. Vencido una vez más, tomé el tubo, para dejarlo inconsciente. El segundo acto, fue que, con los fragmentos de sogas, amarré sus manos y pies fuertemente, cubriendo su boca. Esto, porque mi venganza no terminaba ahí. Nuevamente revisé que no hubiese un transeúnte nocturno que me delatase y como no hubo alguno, rapté a mi adversario. Lo cargué como si sintiera apenas el peso de una pluma y con la rapidez de una fiera.

Al llegar a mi sótano Johnson despertó, advirtió su condición. Estaba amarrado a una silla, como a esas víctimas que se ven en las películas de acción y suspenso. Con una cantidad de gaza dentro

de su boca tapada por una cinta. Se encontraba descalzo. Al frente de él, me encontraba acompañado por un amplio catálogo de utensilios para jardinería o fontanería, herramientas que despertaron su terror. Quizás lo que aumentó su miedo y vibración, fue observar una gran bolsa negra, muy similar de esas que usan los agentes forenses para depositar cadáveres. Debo ser honesto, me divertí torturándolo, una amplia sonrisa se había dibujado en mi rostro. En cambio, mi presa cautiva, mostraba grandes ojos nerviosos, revestidos por pequeñas venas coloradas y luchaba por soltarse, pero le era inútil.

La hora daba las 11:00 pm, decidí dejar de jugar con el recluso y descansar un poco. Opté por noquearlo de nuevo, me aseguré que mantuviera signos vitales si no estropearía mi propósito principal. ¿Recuerdan el gran y largo plástico negro? Allí coloqué a mi enemigo, cubrió todo su físico, pero respiraba, pues tuve esa consideración.

Es momento de indicar cuál era mi objetivo primordial en esta venganza. El lector se cuestionará porque no acabé con la vida de Johnson en mi sótano, pudiendo variar en los métodos para deshacerme de él. No quería, accionar en eso. El puente y el río con sus lagartos que se ubicaban en las profundidades, esperaban. Lo que busqué en esto, fue desquitarme en mi domicilio y arrojar a Jack Johnson vivo a los reptiles. Vivo en un estado de inmovilidad y una noción de la realidad borrosa, procuré herirlo bien. Sabía que no sería capaz de intentar un escape o alguna otra tontería, producto de su dolor y las amarras que ya he dicho. La media noche se aproximaba, para finalizar el suceso cúspide. Una vez, en el puente, esperé por unos minutos. Puse el cuerpo sobre la superficie, apoyado en la baranda metálica y a la par, estaban unas rocas de tamaños irregulares que distinguí a pesar de la oscuridad y las extrañas nubes que giraban en el cielo.

Resguardé un breve intervalo de tiempo y me fue devuelto un pequeño movimiento de Jack. Bajo un tono ronco reanudé mi voz:

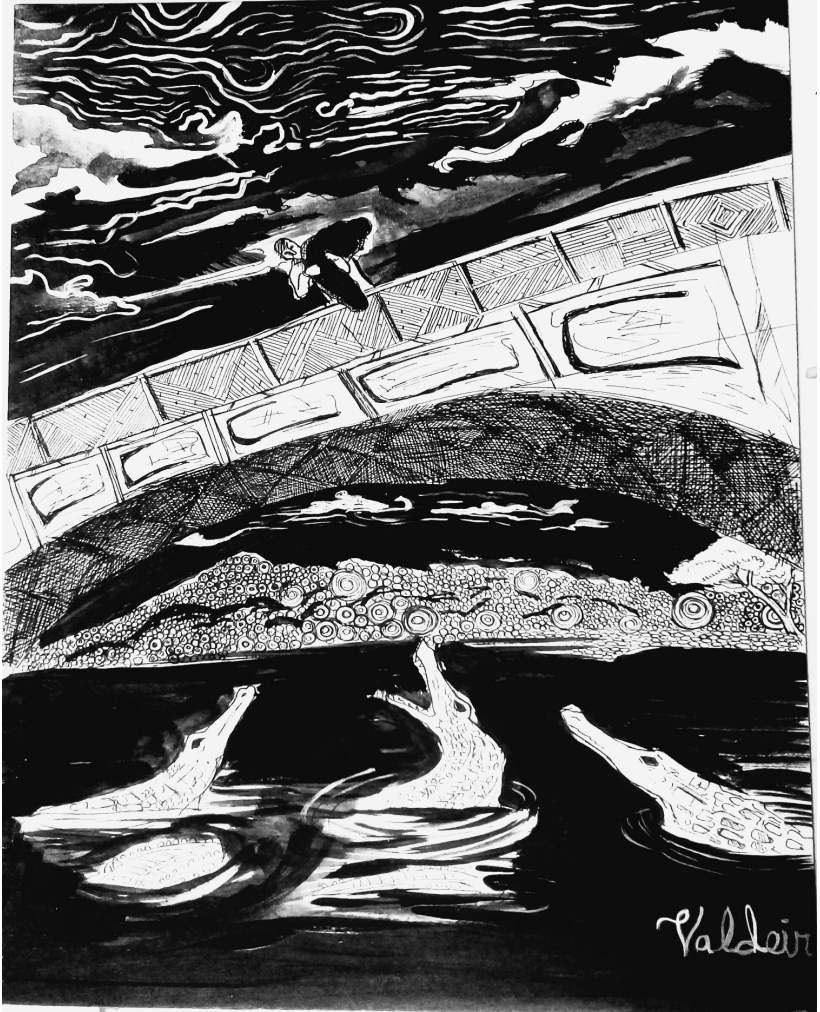
—¡Jack Johnson! En este momento estas al borde del puente. Serás alimento de los lagartos y si crees que bromeo, solo escucha con atención.

Agarré una piedra de las que estaban junto a él, calculé que provocara un sonido de chapoteo y expandiera ondas en las enturbadas aguas que arrancaran el sueño de sus escamosos habitantes. La lancé y causó el efecto deseado, esos sonidos resonaron terriblemente en la víctima ante mis pies. Presencí como se agitaba, persiguiendo la manera de librarse y emitió varios gemidos que hicieron vacilar mi conducta por un momento. Un viento oscilaba mis cabellos, enfriando hasta mis venas. A pesar de eso, una bocanada de malos recuerdos, me trajo bríos necesarios, recobrando un grado alto de irritación. Me encogí y tomando el bulto negro, lo arrojé hacia las entrañas del cauce del río. Sentí satisfacción al escuchar los reptiles como desgarraban y sacudían salvajemente su enorme provisión de carne. Por terminado esa labor, marché hacia mi casa. Hice la limpieza rápido. Arreglé todo aquello que pudiese inspirar desconfianza de la policía por si se presentaran a mi hogar.

Pasaron dos días y como predije los enviados de la seguridad pública se volcaron contra mí. Registraron mi pequeña morada: todas las paredes, cuartos y la bodega subterránea, en la que hice una exitosa labor como misceláneo; aun así, repitieron la examinación semanas posteriores, lo mismo con la del difunto Jack. No encontraron pruebas que me acusaran y solamente fui un sospechoso, nada más.

Vagos rumores han surgido sobre este tema y sobre el caso del fraude millonario se dio la verdad. Fui liberado de todo y mis bienes me fueron regresados. El contador, fue procesado a una de las tantas cárceles infames del país y de las que yo he eludido. El mismo sujeto, narró el convenio con el desaparecido abogado, más el maquillaje que hizo con los números financieros de la institución. Esto lo escupió al verse acorralado. Mi reputación iba reconstruyéndose levemente, pero no regresé con la empresa de la que me despidieron. En cuanto el crimen, o la misteriosa desaparición de mi rival, generan inquietud en la zona y en el corazón de los

vecinos, pero no lo suficiente para perturbar el sopor de los lagartos ni el mío a pesar del espacio temporal transcurrido.



El bromista telefónico

Carlos Alberto, un niño pelirrojo y pecoso, poco le importaba lo que anunciaban en las noticias. El país estaba sumido en una onda de preocupación y terror. Una serie de asesinatos brutales en distintos puntos de esa nación daba serios motivos de consternación. La firma del criminal, era desmembrar a sus víctimas y estas a su vez, eran niñas y niños de edades cualesquiera. La edad promedio, no superaba los 13 años. En cada cuerpo encontrado, no existían señales de armas de fuego o intoxicaciones. Procedía solamente con el arma blanca.

Bien, a pesar del gran peligro al que se exponía Carlos Alberto, seguía cometiendo pésimas bromas en la casetilla telefónica de su pueblo. La manera en que cometía estas crueles chanzas era escapándose de su casa en altas horas de la noche. Morfeo extendía totalmente su manto somnífero, en ese pueblo escondido entre bosque y montañas.

Si bien ponen atención, he dicho crueles bromas, debido a que nuestro humorista, mediante los noticieros y medios de divulgación, tomaba los números telefónicos de las familias, cuyos niños habían desaparecido, haciéndose pasar por otro que sufría lo mismo, pero que con suerte lograba escapar y llamar solicitando ayuda.

Varias noches se repitió estos actos, ningún vecino presenciaba o podía atestiguar que usaban el teléfono público para estas cosas y menos sospechar del pelirrojo, cuya imagen de niño bueno sabía proteger. El segundo reporte, —aparte de las muertes o raptos— que los periodistas daban era ese: Alguien jugaba con los sentimientos ajenos, poniendo a un joven hablar, actuando como víctima; que hacía creer a los reflexivos padres tener información valiosa. En todo esto, la policía también era tomada del pelo.

El pelirrojo, esperó un tiempo prudente para no levantar desconfianza. Los infanticidios continuaron en varios puntos, pero en periodos distintos. Es decir, había dos muertes en un lapso de semana y media. El último crimen, se había registrado en una zona

muy cercana del lugar donde vivía el pecoso mozalbete. Este no pudo contener más su hábito de humor negro e hizo lo que acostumbraba hacer. El reloj marcaba medianoche, pero esta vez, la excepción era marcar un número al azar. Estaba concentrado y estresado por no recibir una contestación pronta. De repente, sintió un escalofrío al ver bajar la niebla densa en medio del tendido eléctrico. La tensión aumentó al oír pasos, ¿qué otra persona utilizaría el teléfono a esa hora? Alguien susurró:

—Date vuelta chico...

Asustado miró hacia atrás, contemplando un hombre que nunca antes se había visto en el lugar. El rostro del hombre estaba cicatrizado, sucio y de connotación maligna. Lanzó un leve quejido de espanto. Del mismo sobresalto se orinó en sus pantalones.

Al amanecer encontraron la cabina ensangrentada, dejando como pruebas una oreja y una lengua pequeña tirada al suelo. Otro dato particular, fue que hallaron una nota con letras redondas e infantiles, que decía lo siguiente: «el bromista telefónico era yo».

Primera mención honorífica

Jostin Andrey Mena Fernández

Cuentos Diversos

Los Zapatos de Emmanuel

Ya éramos suficientemente grandes para poder hablar de la muerte, no tanto como para entenderla, pero aun así Emmanuel se arriesgó a jugar con ella.

La veía por debajo de sus barbas, y le rascaba la panza cuando nuestros compañeros se burlaban de él. Yo lo veía de lejos brincando de la mano de ella, mientras se reían los dos a carcajadas. Él con su zapatos grandes, casi el doble de tamaño de sus pies y sucios, siempre muy sucios pero nunca los tuvo más o menos sucios, siempre igual. Como por costumbre el cordón de su zapato derecho suelto, meneándose de un lado a otro mientras él saltaba buscando la aprobación de alguien, porque al final es mejor tener más amigos además de la muerte. Sus pantalones desteñidos y flojos, que lo hacían sentirse fuera de la moda, con una mancha de barro como evidencias de su hiperactividad. Pero ¿con quién andaba jugando Emmanuel cuando llegaba tarde a clases? Su camiseta estaba tan amarillenta que costaba imaginar que había sido blanca en algún momento y tan gastada que se podía ver su piel morena a través de ella, flojas en conformidad con sus pantalones, medias bajas muy bajas, azules y viejas, tan viejas que se arrollaban con el contacto del pantalón y dejaba ver los colochos de sus piernas delgadas y maltratadas por la torpeza con la que caminaba. Parecía que iba a caer de frente, con su espalda jorobada y sus piernas formando un túnel a través de su cuerpo. Con sus ojos negros siempre entrecerrados como intentando descifrar un misterio de una manera muy infantil, cejas despeinadas y tupidas, pestañas largas pero no muy notorias, su pelo descuidadamente peinado hacia un lado, con una acumulación sobresaturada de gel para cabello, y un particular lunar en su mejilla izquierda. Su mirada perdida, su rostro triste que solo se mostraba seguro cuando jugaba con la muerte.

Emmanuel era inoportuno, y sus comentarios eran provocadores y machistas, un machismo inculcado por su padre y punzante en la autoestima de su madre. Emmanuel defendía a la muerte

como su única amiga, a pesar del repudio que nosotros le profesamos por esa idea. Él no quería a su madre por no librarse de quién había inculcado en él un pensamiento de superioridad a la figura femenina.

Y era su madre quien le había heredado sus ojos tristes, su amargura. Con su mirada apagada en la iglesia, pidiendo por su hijo, esperando que fuera mejor que su padre, esperando fervorosamente por la fe de su hijo, que nunca llegó.

—Se lo repito, ma, que mi única aliada no ha llegado por mí, y no es la fe, y tampoco Dios —gritaba al llegar la hora de misa y su madre insistía para que fuera.

—Nada le cuesta, así quita esa mala cara y saluda a la gente —le decía con premura, al ver que el reloj marcaba un cuarto para las cinco.

Y así llegó su primer intento. Corrían al hospital junto al pastor, “todo porque su hijo no había querido ir a misa esa vez”. El pastor rezando lo mismo de siempre con su mano en el bolsillo esperando sanar a ese muchacho que por alguna condena o misterio no quería vivir. Eso agobiaba a Emmanuel, que pedía que ese hombre no rezara por él.

De eso siguieron dos semanas de ir a misa para que por él oraran, y Emmanuel con sus ojos abiertos ignorando las plegarias, esperaba para llegar a casa, no sin antes esbozar una sonrisa comprometida a los vecinos. Con esos mismos ojos con los que vio a su madre partir a la iglesia por última vez, mientras él con su mano izquierda temblorosa sostenía una canción de despedida y su espalda más encorvada que de costumbre formaba un arco visual bajo el que pronto caerían sus zapatos flojos. Sus manos sudaban y se mezclaban con lo horribles pelillos de esa cuerda de sisal que le punzaban la piel. Y luego de asirla sobre la viga de la cochera, con los mismos ojos abiertos esta vez muy muy abiertos, como queriendo escaparse con su madre triste y preocupada por su hijo, vio por última vez sus zapatos sucios

—Ay, los hubiese limpiado ¿Muy tarde? —Sí, ya era tarde.

¿Por qué motivo específico? Nadie sabe, pero ya había hablado de su tristeza, de su amargura, no sé si lo dijo a todos, o lo dijo a solas. Fuese como fuere, nadie lo escuchó, nadie lo quiso además de su madre, y nos reímos de él mientras le decíamos “mariposón” y no de cariño, mientras él se desahogaba siendo grosero, mientras él fingía con su sonrisa, una sonrisa tan triste y llena de angustias que todos ignoramos.

Yo lo veía, lo veía de lejos brincando de la mano de ella, mientras se reían a carcajadas, con sus zapatos grandes y sucios, con el cordón de su zapato derecho suelto, yo lo veía de lejos con sus pantalones desteñidos y flojos, manchados de barro, con su camiseta amarillenta, con las medias bajas muy bajas, azules y viejas, con su espalda jorobada y sus piernas formando un túnel, sus ojos negros entrecerrados, sus cejas despeinadas y tupidas, sus pestañas largas, su pelo muy descuidadamente peinado, el particular lunar en su mejilla izquierda. Y sobre todo yo lo veía con su mirada perdida, su rostro triste, con las penas sobre su cabeza, su crianza errada y formación de pensamientos convexos por esquemas de su padre, a flor de piel. Yo lo vi, no sé muy bien lo que eso signifique, pero lo vi, y ahora ¿Cómo le explico a su madre cuando regrese de la iglesia que yo lo vi bailar con la muerte, y no apagué la música? ¿Cómo hago para dejar de soñar con sus zapatos sucios manchados de pasados pesados de horror y temores? ¿Cómo hago para no ver sus ojos en los míos ingratos y arrogantes? ¿Cómo hago para ir a sentarme a escuchar de Dios, sabiendo que él vez tras vez se queda en casa, cuando todas las semanas se va su madre preocupada mientras llora?

Emmanuel, Dios con nosotros, pero Emmanuel sin los otros. Y ahora nosotros sin él. ¿Cómo hago para decirle a mi madre que hoy me quiero quedar en casa, mientras ella parte llorando preocupada?

Envíese al olvido

Para, la señora Alejandra Gutiérrez Gómez:

Ayer escribí unas cuantas cartas que no creo que vaya a enviar. Lo hice pensando en los ojos de aquella muchacha de la que le he hablado todo este tiempo, pero me arrepentí de cada palabra. Es que usted sabe que uno a veces es tan tonto para decir las cosas, que es mejor no decir las, es mejor escribirlas. Lo malo es que escritas parecen lindas, pero en cuanto se leen en voz alta, suenan como sandeces. Más cuando se trata de algo así, sin pies ni cabeza.

Todos mis secretos se los he contado a usted en cartas que nunca le envié, y a saber dónde carajos las guardé, no estoy seguro si fue en mi inseguridad o en mi orgullo. Pero usted sabrá qué hacer con esta carta en la que le resumo mi vida, explicándole los puntos más importantes de una decepción.

Por cierto, antes de seguir hablándole ¿Le puedo vosear? Yo no soy mucho de vosear pero escuché que en el lugar donde usted está lo suelen utilizar, o tal vez debería decir “donde vos estás”. Voy a dar por hecho que me dijiste que sí.

Bueno, aclarado ese punto creo que puedo continuar. Mi papá dice que es de valientes huir cuando algo es más grande que nosotros, y así he vivido yo huyéndole a todo, siempre con el miedo de que un día mi imaginación y mis temores se vuelvan más grandes que mi cordura. Y vos por supuesto sabés de lo que estoy hablando, porque según escuché vos siempre huiste de lo que te daba miedo. Huiste de los grandes amores, huiste de los ojos pequeños de una niña, y huiste del único que te amó sin que vos recordaras las fechas, los aromas y las texturas de sus rincones. Pero de seguro fueron todas buenas decisiones.

Ahora me gustaría preguntarte ¿Sabés lo que es cambiar un pañal? ¿Sabés lo que es amar? ¿Tenés la mínima idea de lo es querer ser el tiempo, para abrazar sin minutos? ¿Recordás lo que es cuidar de no abrir fuerte la puerta para no despertar a los demás? ¿De

bajar una cobija porque él no la alcanzaba? ¿De tocar a un conejo, para enseñarle que no hace nada? ¿Sabés lo que es entrar cogidos de la mano en un cuarto oscuro, para demostrar que las sombras son abrigos y camisas y no fantasmas? ¿Sabés lo que es cobijar al amor de tu vida, que se durmió en el sillón? ¿Aprenderte canciones estúpidas para cantarlas con ellos? Escuchaste las historias de cómo perdí a la mujer de mi vida, pero no supiste lo que era estar bailando en una boda, tras escucharme hacerle votos. Porque fuiste vos la que me enseñó a huir. La que me enseñó a temer, a mentir y a olvidar.

¿Lo viviste? ¿Recordás lo que es quererme o, decidiste olvidarlo? ¿Recordás que tenías dos hijos en esta casa, esperando a que volvieras para verte a los ojos y bailar un bolero junto a vos? Pero ni siquiera sabés que te encantan los boleros. Ya no sabés amar. Porque huiste de tus recuerdos, y los enviaste de vuelta a mi cabeza, para que viva yo llorando al recordarte. Y vos te sentás muy lejos de mí en un balcón lleno de desconocidos unos iguales a vos y otros solidarios que te recuerdan cómo se vive, a quienes recordás más a menudo que a nosotros. ¿Sabés, mamá, lo que es ser mamá? ¿Sabés lo que perder una hija, y ver libre a quien te la quitó? ¿Sabés que cometí errores? ¿Sabés que no puedo más ir a verte? Porque no te hice caso y no hui de mis gigantes, y peleé contra molinos del olvido, e hice justicia para la hija que olvidaste.

Y no puedo culparte por olvidar. Así como no podrás ya culparme por darle justicia a tu hija. Sé que no lo harás, porque así como lees esta carta hoy, mañana la olvidarás. Y cuando te pregunten quien soy, no tendrás ni idea.

Desde una cárcel, a un asilo te envió mis saludos, esperando que finalmente sepás que te amo hoy, aunque mañana no sepás quién soy. Y olvidarás mi muerte también, muy pronto, y mientras llores la consecuencia de un acto de remordimiento, se te olvidará por qué llorabas. Porque yo, a diferencia tuya solo puedo olvidar, si no tengo más recuerdos de mi vida.

Te amé, extraña. No murás por alguien a quién no recordás.

Chitapawua

En el bosque de Chitapawua hay un varón, o más bien el alma de un dulce varón encerrado entre la corteza de un árbol

La gente dice que no existen esa clase de cuentos, y entonces me pregunto cómo es posible que esas personas sean felices. Todos en esta vida necesitamos un árbol, un dulce y romántico árbol, que apacigüe nuestro ser con el canto de sus ramas moviéndose con el viento. Yo... por ejemplo tengo el mío.

Lo plantaron cerca de mí, en el mismo bosque que es mi hogar.

Su tallo fue creciendo a medida de su belleza, y mi motivación para crecer era poder verlo de cerca. Extendía mis tallitos con fuerza para mirarle entre el entorno. Sus hojas fueron aumentando.

Y en el momento en que ya eran parte de sí, empezó a cantar, cantar al viento su belleza. A inspirar al bosque con su melodía, llevando su dulzura por donde recorriera. Como miel, su ruido endulzaba el ambiente. Y mis pétalos se sonrojaban al imaginar que su canto se debía a mí. Mientras él miraba todo desde lo alto, yo danzaba, con la brisa pasando por mis caderas, moviéndome con el sonar de su voz.

Él fue más veloz con su crecimiento; me gusta pensar que lo hizo por el amor que me profesaba. Para protegerme de tempestades y darme su calor cuando lo necesito, para guiarme la vista a las estrellas con sus ramas, para asustar con su presencia a los animales que me quieran pisar.

Es bello y alto, y los rayos del sol que pasan entre sus ramas y llegan a mí, me hacen sentir hermosa. Es como si supiese cuánto sol necesito para resplandecer, como si supera medir mis virtudes con el mismo amor que yo las tuyas...él, su voz, sus hojas...

Y yo... recuerdo cuando ella fue plantada a mi lado, fue el mejor día en el bosque, cuando su presencia se convirtió en parte de mi vida.

Yo fui hojas, fui hongos, todo esperando el día de poder convertirme en un árbol, para poder ver todo desde lo alto, pensaba en la belleza de las aves, en las cortezas que mis ojos verían. Al final el bosque es nuestro, de los árboles.

Jamás imaginé que la mayor belleza que vería desde lo alto, estaba en realidad cerca del suelo. Tal vez, lo más importante en nuestra vida es lo que está cerca de nuestras raíces.

Aún con la escuálida apariencia que todos piensan que ella tiene, tiene la mayor fuerza que he visto.

Sus raíces fueron fuente de amor y nutrientes en las mía. Para ser honesto, me dio más de lo que ella misma tomaba. Y por su amor entregado se hizo, la más bella de todas.

Su fuerza incrementaba día con día.

Y entonces, empezó a danzar con la brisa pasando por sus caderas, con la mayor delicadeza. Y yo cantaba al verla. No cantaba mi belleza, como ella creía, sino que cantaba su belleza, ella fui quien me dio la voz, fui quien me dio las hojas.

Ella con flores admiraba a todos, pero sus raíces me salvan de quienes me quieran talar.

No hay matapalos, que puedan contra mí, si ella está a mi lado.
El ser más hermoso que he visto.

25 de Marzo

Me acosté temprano, fue un día agotador. Recorrí todo el barrio, recaudando fondos para ayudar a una familia; la madre estaba embarazada, y pronto daría a luz, sería su cuarto hijo. Cerré mis ojos y me acurruqué, toqué mi rostro húmedo por el sudor, y palpando mis facciones traté de sentir el semblante de mi hermosa madre. Toqué mis brazos y mi torso tratando de abrazar el cuerpo cálido de mi padre. Abrí mis ojos para ver la deslumbrante oscuridad que me abrazaba. Imaginé entre ella las seis perlititas brillantes que habitaban entre el ceño de mis hermanas.

Mientras recorría entre mi cuerpo cada parte de mi vida, cerré con serenidad mi mente para descansar. Y dormí, dormí profundamente. Aunque poco a poco mi cabeza me deleitó con los recuerdos más profundos de mi vida, similares a un sueño. Recorría mi casa entre muebles gigantes, con pies diminutos, sintiendo el rostro grande de mi padre con su escasa barba, mientras hacía de mí una carga delicada a la que proteger.

Con una niña que corría ansiosa para ver a su hermanito, señalando con su dedo para que su padre viera a su nuevo amor. Con unas sandalias blancas, blusa de tirantes y peinado improvisado que delataban la poca experiencia de su padre con el cabello de sus hijas. Una pequeña reclamando a su hermano sin entender por qué no podían irse a su hogar para cuidarlo desde su nido.

Soñé con la más bella de las miradas que me profesó una mujer, la de mi madre. Y la más aireada de las batallas campales que tuve por el control de un televisor.

Mi padre, mi madre, mis tres hermanas, la primera mujer que llegó para poner nerviosa a mi madre y celosas a mis hermanas. O el día en que conseguí mi primer trabajo, mientras yo jugaba a ser adulto, pero tenía los nervios de un niño que todas las noches iba al cuarto de sus padres, huyendo de los terroríficos escenarios que le presentaba su imaginación, tan creativa como aterradora.

Soñé también con la arena de la playa entre mis deditos, por primera vez. Soñé con la arena entre mis dedos adoloridos, por última vez. Soñé con mi hijos preguntándome cómo vivir, sin yo tener idea de cómo hacerlo.

Me observé recostado en el regazo de mi madre en duelo, o tal vez era sosteniendo los brazos de mi padre decaído por sus años y el dolor de verse en mí y recordar.

Pero mientras descansaba entre mis sueños, algo me despertó súbitamente.

Un frío detuvo mis sentidos, y mis labios se secaron. Mis oídos se taparon y solo escuchaba gritos. Abrí mis ojos tratando de calmarme mientras me repetía que no era más que mi imaginación. Cerré mis puños para sostenerme pero sentí una fuerza extraña rodeándome, estaba inmóvil y me estaban tomando por la cabeza. Golpeé con fuerza mi aposento, y traté de sostenerme de la calidez de mi cama. Sabía que en las típicas películas de terror arrastraban a las personas de los pies, pero ¿Qué carajos estaba sucediendo? Eran manos frías y llenas de sangre, tan pálidas como grandes. Yo solo sudaba, mis brazos y piernas no tenían la fuerza para moverse en conformidad con mi deseo de escapar.

Finalmente ya estaba con el sueño desprendido, con mi vida en una mano y un grito ahogado en la otra. Me jalaba tan fuerte que sentía que me rompía por la mitad, sus manos con sangre que seguro era mía. Tocaba mi cara, y pensé que me ahogaría, pronto me sacó de mi cama. Me sostuve con desesperación de las paredes de mi cuarto y grité tan fuerte, pero nadie escuchó mi súplica. Mis ojos ardían de tanto llorar. ¿Qué había hecho mal para que mi vida tuviese que acabar de esa manera? ¿Por qué esa noche estaba tan oscura? ¿Y por qué no era solamente una pesadilla?

Las manos enormes de cuerpo desconocido empezaron a rodear mi cuerpo, mi nuca, presionó mi espalda como queriendo romperme las costillas, mis muslos. Eran más grandes de lo que yo imaginaba. Me estaban devorando sus dedos, llevándome a un espacio frío y brillante.

Por fin me sostuvo entero, y mi cuerpo estaba encogido levitando sobre un sitio desconocido, desconocido porque aún tenía miedo de abrir bien mis ojos. Sentía un temor profundo de abrirlos. Estaba tan indefenso y con el frío recorriendo mi cuerpo que se sentía tan pequeño e inmóvil. Abrí mi boca, y aspire del aire frío y metálico del entorno. Sentí mi rostro fruncirse involuntariamente, y un deseo de sacar de mi interior, fuerza, una fuerza que se mezclaba con el aire que salía de mi boca, era como si deseara expresar lo que sentía pero no sabía cómo. Era el momento; aspire, destapé mi nariz y sentí el frío por mis fosas nasales, comprimí mi tórax, y presioné extrañamente mi abdomen desde dentro. Tenía los ingredientes indicados, pero ¿Ahora? Decidí lanzar todo el aire por mi boca, y ahí estaba... llegó a mi oído un grito, que logré escuchar antes de que saliera, un grito, el llanto, mi voz por fin. Mi primer movimiento decidido desde el inicio de la pelea.

Y entonces abrí mis ojos, para tratar de entender en dónde estaba. Pero un color intenso llegó a mi retina ¿Qué era eso, que era más que un color simple? Era luz, una luz extraña, todo era extraño, ese no era mi hogar. Una luz intensa que maltrataba mis ojos, y solo sentía ganas de llorar. Finalmente me elevaron hasta que mis ojos lograron divisar algo distinto, era un magnífico ser. Sudoroso, pálido, y con una expresión de dolor intenso, los cabellos pegados a su rostro por el sudor, sus senos se descubrían a través de una prenda vieja y triste. Pero fueron sus ojos los que eran distintos a todo, eran lo único que yo podía mirar sin sentir temor, primero estaban desorbitados, como si estuviera sufriendo, pero cuando me vieron lo descubrí ese ser extraño tenía mis ojos, mis ojos negros y brillantes, yo veía con ellos mi reflejo. Miraba los míos como los suyos mismos. Sus ojos cristalinos me cautivaron desde el momento que los vi, tan honestos y cariñosos. Me enamoré de sus ojos desde que los conocí. Y agua salió de ellos, para darme de beber. Su rostro se frunció como mi rostro y comenzó a llorar. Pensé que le había hecho daño y lloré también, pero tenía algo en su rostro de lo que yo carecía, una sonrisa que se asomaba entre su llanto.

Me acercaron a su pecho, y ambos dejamos de llorar, su piel tibia calentó el frío de mi cuerpo, sus manos tiernas tocaron tan suavemente mi nariz, después mi frente, mis brazos. Su tacto dulce flotaba por mi piel. Nunca había sentido algo más hermoso. Sus ojos se clavaron en los míos y yo me sentía seguro al fin. Era más hermosa de lo que imaginaba. Finalmente comprendí todo; sabía lo que estaba sucediendo. Y mientras un hombre profusamente enamorado sudaba, tembloroso de nervios, vi a la que sería la más bella de las mujeres que mis ojos verían, mi madre.

Segunda mención honorífica

William Ronaldo Hernández Díaz

Vida, rodillas y muerte

Vida, rodillas y muerte

—Ya no pienso en el suicidio, Doctor Miguel. Antes me la vivía leyendo los efectos secundarios de los frascos de pastillas y comprobando la resistencia de los cordeles que caían en mis manos; pero ya no. Ahora me gusta levantarme temprano, tomar un café bien cargado y pasearme por el cuarto de...

—¿De quién, Fabiana? Puede continuar.

—De mi primo Manolo. Es tan guapo y tiene unas rodillas tan...

—¿Tan qué? Si continúa haciendo tantas interrupciones durante su relato, no podré comprobar si verdaderamente ha tenido algún tipo de progreso.

—Tan duras, Doctor Miguel, tan duras.

—¿Podría ser más específica?

—Naturalmente. Verá usted, doctor; cuando mi papá decidió enviarme a vivir con doña Concha, la viuda de su hermano Galileo, creí que todo seguiría siendo igual en mi vida, que las mañanas serían lagunas grises y las noches inmensas mantas blancas que, sin importar cuanto me esforzase, jamás sería capaz de doblar.

—¿Y no fue así?

—Al principio, sí; pero conforme fueron pasando los días y fui acercándome más y más a mi primo Manolo, comencé a tomarle a la vida un gusto que nunca antes le había tomado. Algo así como el sabor de la naranja, pero con una pizca de sal.

—Comprendo. Le aseguro que dentro de poco le dedicaremos algunos minutos al análisis de ese punto, pero ¿qué le parece si ahora volvemos algunas líneas atrás en su relato y me cuenta más sobre las rodillas a las que hizo referencia?

—¿Cómo no? “¡Este es tu primo Manolo!”, me dijo doña Concha cuando fuimos a ver la sala de la casa. Yo ya lo había visto cuando éramos niños; pero ahora estaba mucho más crecido y aunque tenía una apariencia un tanto descuidada, irradiaba algo tan varonil, tan animal, que tuve que contenerme para no ir hasta el sillón adonde estaba acostado viendo televisión y comprobar con

mis propias manos si aquellas piernas morenas y velludas eran tan macizas como parecían.

—¿Eso quiere decir que al afirmar que las rodillas de su primo son duras no está recurriendo a una experiencia concreta sino a una hipótesis basada en lo que ha podido o ha creído ver?

—No, Doctor Miguel. He dicho que son duras porque yo misma usé mis dientes para comprobarlo.

—¿Cómo dice? ¿Acaso las mordió?

—Yo no diría eso. Fue más bien un intercambio de energía entre mis dientes y las rodillas de Manolo.

—¿Y él? ¿Cómo reaccionó?

—Se rio, pero no le pareció extraño porque ya sabía que me gustaba verle las piernas cuando jugábamos a la baraja o nos sentábamos abrazados a ver películas de vaqueros.

—¿Usted se lo había hecho saber?

—Sí.

—¿De qué manera?

—Así, con la mayor naturalidad del mundo. Recuerdo muy bien que fue durante una mañana lluviosa. Doña Concha había ido a acostarse porque tenía una jaqueca terrible y Dominga, la criada, estaba cruzando el pasillo para llevar la bandeja del desayuno al cuarto de Manolo. “¡Deja que yo misma se lo lleve!” le dije. Ella no pareció muy convencida. “¿Cómo cree, niña Fabiana?” me contestó, “No está bien que una muchacha tan fina como usted cargue una bandeja tan pesada”. “¡Déjate de cosas, Dominga!”, le dije entre risas y ella, que no me había visto reír jamás, accedió a entregarme la bandeja; para verme feliz, supongo... Aquella fue la primera vez que entré al cuarto de Manolo. “Primita” me dijo, “Qué bella sorpresa verte por aquí”. Yo me sentí en confianza y viendo que llevaba las bermudas arremangadas hasta los muslos me atreví a comentarle: “Me gustan tus piernas...”. Luego deslicé una mano sobre la superficie morena y velluda de su pierna izquierda y tamborileé sobre su rodilla derecha durante algunos segundos con las yemas de los dedos.

—¿Sucedió algo más?

—No esa mañana, pero si a la semana siguiente mientras jugábamos raquetball en el jardín.

—¿Algo que me quiera compartir?

—Desde luego, doctor; tengo plena confianza en usted. Como le decía, habíamos salido al jardín para despejarnos por un rato y como hacía mucho calor Manolo decidió sacarse la playera para sentir el aire fresco directamente sobre la piel. “¿Qué te parecen?”, me preguntó, señalando sus tríceps con picardía. “¿Puedo tocarlos?”, le pregunté. Él me dijo que sí, pero antes de que alcanzara a colocar mi mano sobre su vientre, apareció doña Concha con unas limonadas y acabó con la magia del momento.

—¿Cómo la hizo sentir eso? ¿Experimentó algún tipo de ira o indignación?

—Así fue, sí; pero no me duró por mucho tiempo, porque la misma tarde Manolo vino a mi cuarto y me preguntó si podía hacerme compañía. “¡Claro! ¡Pasa!” contesté y él se descalzó las sandalias para tenderse a mi lado sobre la alfombra.

—¿Miró usted sus rodillas?

—Desde luego, pero lo que más me llamó la atención no fueron ellas sino el abismo oscuro que parecía extenderse más allá de los aros formados por las piernas arrolladas de su pantaloneta.

—¿También eso se lo dijo?

—No, me dio pena. Pero de todos modos no fue necesario porque Manolo es un muchacho con iniciativa y antes de que me diera cuenta ya lo tenía sobre mí, dándome besos húmedos y eléctricos sobre los labios, el rostro y el escote.

—¿Quería usted que eso sucediera?

—Lo quería, sí. Quería hacer con Manolo todo cuanto fuese posible hacer con alguien y él fue bastante comprensivo con mis requerimientos. Primero, me permitió verificar con mis dientes la dureza de sus rodillas; luego, me dejó explorar por casi media hora en el abismo de su pantaloneta y finalmente me besó de tantas formas y en tantos rincones al mismo tiempo que aunque era mi primera vez no sentí ningún tipo de dolor.

—¿Y qué ha sucedido desde entonces? ¿Han vuelto a hacer el amor alguna vez?

—Muchas, Doctor Miguel, muchas... Esa misma tarde, aprovechando que doña Concha se había ido a dormir a casa de una amiga, volvimos a hacerlo sobre la cama, envueltos en la cortina del baño y hasta medio-vestidos con los abrigos de pieles que Dominga había olvidado sacar de mi armario durante la mudanza...

—Disculpe que la interrumpa, pero ¿qué “doña Concha” no es el nombre de la mujer cuyo cadáver recuperaron de un acantilado cerca de la carretera?

—La misma... Pero no sé si valga la pena platicar sobre ese asunto...

—En efecto. La muerte de una persona cercana es un suceso que puede afectar de forma importante la recuperación de un paciente que ha tenido deseos de suicidarse.

—Sí, supongo que tiene razón. Sin embargo, aunque quisiese referirle todo lo que sucedió entre ella, Manolo y yo, no sabría exactamente por dónde comenzar.

—¿Qué le parece si empieza contándome cuál opinión le merecía a doña Concha la relación existente entre usted y su primo Manolo?

—Al principio ninguna, Manolo y yo éramos bastante discretos y tomábamos todas las precauciones necesarias para que no percibiese nuestra cercanía. Fue luego cuando...

—¿Cuándo qué? ¿Recuerda algún hecho particular? ¿Un punto de quiebre?

—Sí, creo que sí. En cierta ocasión, mientras Manolo y yo jugábamos a la baraja en el comedor, llegamos a entrelazar las piernas por debajo de la mesa. No sé si doña Concha llegó a darse cuenta o no, pero algunos minutos más tarde, cuando ya habíamos tomado distancia, apareció en el comedor e hizo algo que no había hecho nunca antes: se sentó en una silla contigua a la de Manolo y después de pasarle un brazo por encima de los hombros, pareció hacer un esfuerzo por escrutar las expresiones de nuestros rostros. “¡Oye, Fabiana!”, dijo con una sonrisa que a mí me pareció

siniestra, “Ahora que luces más animada ¿No has llegado a pensar en la idea de buscar un amigo? ¿Un compañero?” Yo no sabía qué decirle, quería hacerle saber a Manolo que era total y enteramente suya, pero lo que percibí en los ojos de doña Concha me había hecho sentir escalofríos. “Quizás...” susurré finalmente, dándole una patadita a mi primo para que tuviese la seguridad de que al decirlo no me refería a nadie más que a él. “¡Qué bueno!” respondió doña Concha, “¡Tan sólo asegúrate de que sea un hombre hecho y derecho!” agregó, sin retirar el brazo de los hombros de su hijastro, “¡No vaya a ser que caigas en las garras de un holgazán como Manolo!”

—¿Qué sensación experimentó usted al oír aquellas palabras? ¿Miedo o quizás, rabia?

—¡Curiosidad! Quise saber si había llegado a existir algo más que cordialidad entre Manolo y doña Concha

—¿Y? ¿Existió?

—Existió, sí. El propio Manolo me confesó que una noche, después de haberle insistido para que tomara varias copas de vino tinto durante la cena; su madrastra lo había ayudado a llegar hasta la habitación y quitarse la ropa. Él creyó que se trataba de cariño maternal; pero doña Concha no parecía dispuesta a retirarse del lugar y aún después de haber apagado las luces, permaneció cerca de él como una sombra, como una presencia tibia y temblorosa.

—¿Llegó a tocarlo?

—Con la más agitada y aterradora desesperación. Primero, palpó sus hombros y su espalda; luego, le besó las plantas de los pies y comenzó a lamerle los muslos con la furia de una perra hambrienta.

—¿Hizo Manolo algo para impedirlo?

—No, creo que no. Por lo que pude entender, él cerró los ojos y se dejó hacer.

—¿Así se lo dijo?

—Sí, justo así. Manolo y yo no nos tenemos ningún tipo de secretos.

—Claro, claro. Por lo que he podido comprender, doña Concha comenzó a sospechar de su relación con Manolo y como sentía por

él una especie de fijación sexual, decidió tomar cartas en el asunto para separarlos.

—Precisamente. Manolo y yo sabíamos que se sentía herida y tratamos de ser aún más cautelosos. Nos veíamos fuera de la casa, teníamos señales secretas e inclusive dos o tres palabras clave. Creímos que con eso bastaría; pero doña Concha ya había comenzado a sospechar y una noche, mientras hacíamos el amor en una de las bodegas abandonadas de la casa, apareció con una linterna y nos iluminó los cuerpos y el rostro durante un rato que a mí me pareció interminable. “¡Ay, Fabiana! ¡Ay!” sollozó, “¡Te advertí que no te dejarás enredar por este animal! ¡Te lo advertí! ¡Te lo advertí! ¡Te lo advertí!” Traté de decirle que Manolo me gustaba de verdad y que había sido yo misma quien se acercó a él; sin embargo, una especie de furor parecía haberse apoderado de doña Concha y antes de que alcanzase a terminar de exponerle mis términos, comenzó a tirar de mi brazo y me condujo hasta la regadera de mi habitación para darme un baño de agua helada. “¡Pobrecita! ¡Pobrecita!” repetía, “Pero no te preocupes, no voy a permitir que ese degenerado vuelva a ponerte un dedo encima”.

—¿Cumplió con su promesa? ¿Hizo algo más para impedir que volvieran a tener contacto?

—Sí, Invitó a un hombre horroroso para que me cortejara.

—¿Y cuál fue su reacción?

—¿La mía? Ninguna. Fue Manolo quien le dejó caer el contenido hirviendo de una sopera sobre el regazo y le cocinó las vergüenzas en frete de todos los invitados.

—Ha de haber sido un golpe terrible para doña Concha.

—Eso creo. A partir de esa noche, dijo que dormiría conmigo para cuidarme y amenazó a Dominga para que me vigilara durante el día.

—Comprendo, comprendo. Pero... ¿Qué fue, entonces, lo que ocasionó el violento desenlace de la historia?

—Manolo, él siempre hallaba un modo de burlar la vigilancia de las dos y venir a hacerme una visita. En algunas ocasiones, se ocultaba debajo del mantel; en otras, le ponía somníferos al vaso

de leche tibia que doña Concha acostumbraba tomarse antes de dormir. Creímos que con eso bastaría; pero nos equivocábamos una vez más...

—¿Volvió a encontrarlos juntos?

—Así fue. Era una noche calurosa. Manolo y yo nos besábamos en un escampado cerca de la carretera y el ruido que provocaban nuestros corazones, acelerados a todo galope, nos impidió oír el murmullo de las pisadas sigilosas que habían comenzado a subir por la pendiente. “¡Doña Concha!”, grité, llevándome las manos a la boca. Ella tomó una roca afilada y le propinó un golpe brutal a la nuca de Manolo. “¡Lo mataste! ¡Lo mataste!” le reproché a gritos, creyendo que realmente había acabado con la vida del inocente. “¡Sí! ¡Sí!” rio ella, “¡Y ahora te toca a ti, maldita calenturienta!”

—¿También a usted la golpeó?

—No. A mí me sujetó por las muñecas y trató de arrojarme a las fauces oscuras del acantilado. “¡Perra! ¡Sucia perra, roba-hombres!” gritaba hasta desgañitarse. Yo traté de liberarme, ¡juro que traté! pero su fuerza era descomunal y me di cuenta de que tan solo conseguiría salir viva si era ella quien caía por el acantilado...

—Ha de haber sido una experiencia terrible.

—Terrible, sí. ¡Terrible! El cuello se le dobló en un ángulo indecible, los brazos se le rompieron como si estuvieran hechos de cerámica y dos hilos de sangre comenzaron a manarle de las cuencas de los ojos. Yo lloré mucho, lloré durante noches y noches ante el recuerdo espantoso de aquella imagen. Si no hubiera sido por Manolo y por sus rodillas, jamás habría logrado superarlo. ¿No cree, doctor Miguel?

—Lo creo, sí. Si negará que las rodillas de su primo jugaron un papel trascendental, tanto durante su recuperación como a la hora de superar el suceso espantoso del que fue testigo, estaría cometiendo no solo un error profesional sino una falta grave contra la psiquis y la naturaleza humana.

Estrella fugaz

El minúsculo pueblito de San Ignacio estaba condenado a sopor-tar una letanía interminable de borrascas. Sus habitantes, desesperanzados ante el brote de viruela que había cobrado las vidas de prácticamente todos los niños. Llevaban la cuenta exacta de los días soleados y permanecían durante horas en los pórticos de sus casas, comentando los escasos chismes del mes pasado. “¡A que no adivinan con quien vi a la vieja Martirio!”, comentaba doña Fabiana con malicia. “¡Con el hijo de la panadera!”, respondían a coro sus vecinos y aunque ella se juraba no volver a exponer aquel rumor añejo, al día siguiente las ganas de decir alguna cosa la empujaban a repetir las mismas palabras sobre la misma hamaca indestructible.

—¡Si por lo menos se me rompiera la maldita hamaca!
—Refunfuñaba la vieja—. Así tendría una excusa para ir al mercado.

—¿Por qué no nos acompaña a la estación del tren? —La instigó doña Mercedes, que no acostumbraba perder el tiempo con pensamientos de tal decadente estupidez—. Pancho, la niña Maruja y yo iremos a buscar a mi sobrinita Violeta, que hace poco se quedó sin padres.

—¡Bien escondido que se lo tenían! —Reprochó el herrero Juvenal, que solo trabajaba de día por medio.

—¿Es muy guapa la muchacha? —Preguntó su hermano, el zapatero Marcelino.

—Más de lo que sus ojos de perros callejeros merecen contemplar —replicó doña Mercedes con desdén, y encaminándose hasta su viejo caserón sin dar más detalles sobre la llegada de su sobrina, dejó a la prole de vecinos con la boca abierta como un tajo.

Doña Fabiana, que ahora se sentía increíblemente importante, tomó su sombrilla de flores color caramelo y le siguió el paso con una soberbia casi patética.

Una vez en casa de su amiga, aceptó gustosa el chocolate y las galletas de avena que la niña Maruja le ofrecía sobre una bandeja de latón.

—¡Qué bueno es tener amigos! —Comentó con la boca llena.

—Así es —asintió la niña Maruja—. ¡Solo Dios sabe qué habría sido de la prima Violeta sin el amparo de mis papacitos!

Afuera había comenzado a llover, como todos los días; y un enjambre de truenos azulados amenazaba con arrancar de cuajo los arbolillos deformes del jardín de don Mario. “Es mejor salir ahora”, anunció doña Mercedes sin ninguna sorpresa; su marido, su hija y doña Fabiana, que aún roía una galleta de avena, salieron pisándole los talones con el aire indefenso de una nidada de patitos. “¡Allá van!”, exclamó Marcelino con rencor; y su mujer, que estaba cansada de perdonarle los líos de faldas, le descargó un manotazo violento sobre la cabeza. “¡Déjalos! Ya mañana tendremos oportunidad de conocer a la dichosa Violeta”.

Doña Fabiana, mucho más afortunada que sus vecinos; ya estaba instalada en la estación del tren; y a pesar de que no conocía a Violeta, contaba los segundos para darle la bienvenida.

—¡Violeta! ¡Mi hijita! —Exclamó doña Mercedes, sacándola de sus cavilaciones con un ligero codazo. Maruja se encogió en su abrigo de lana como un viejo caracol y don Pancho se llevó las manos a los ojos, esforzándose para contener el llanto.

La niña Violeta estaba allí con su vestido blanco y su hermosa sombrilla de encaje. Un joven desconocido cargaba su pesado equipaje sobre una carretilla deslucida y ella, nacida para vivir en una esfera de cristal, hacía esfuerzos por mantenerse firme bajo el aluvión invencible que parecía empeñado en voltearle los alambres de la sombrilla. “¡Qué niña más bella!”, pensó doña Fabiana para sus adentros “Puede ser huérfana, pero está mucho mejor vestida que la Marujita”. Maruja leyó el pensamiento de la vieja y sintiéndose igual que un patito feo, le sonrió a su prima con una mezcla de timidez y admiración.

—¡Bienvenida seas hija mía! —Expresó don Pancho, que tan solo hablaba en ocasiones especiales—. Mercedes y yo lamentamos mucho lo de tus papacitos.

—¡Gracias por recibirme en su casa! —Exclamó Violeta, besándole las mejillas a todos sus espectadores—. No habría podido

resistir sin el cariño de sus cartas y el dulce de coco que me mandaba la tía Mercedes todas las semanas —y recomponiéndose algunos rizos con coquetería, terminó de convencer a todos de que era una hada o una ninfa extraída de un libro de estampas.

Don Pancho ayudó al joven desconocido a descargar el equipaje, Maruja y doña Mercedes se sujetaron suavemente a los delicados brazos de Violeta; y, precedida por las pisadas ruidosas de doña Fabiana, la comitiva se dispuso a hacer el camino de vuelta. “¡Don Pancho, doña Mercedes!” los detuvo Martirio cerca de la capilla y tras mirar a Violeta de la cabeza a los pies con un gesto de aprobación, continuó escupiéndole las palabras con una agitación exagerada:

—No se me muevan de acá. Don Mauro acaba de avisar que el padre Ramírez hará misa dentro de diez minutos...

—¿Qué padre Ramírez? —Inquirió doña Mercedes con zozobra—. Habrás querido decir el padre Menéndez.

—No, no, Ramírez —insistió Martirio, contenta por haber dejado de ser el blanco de los chismes—. Parece que ese es el nombre del padrecito que nos acaban de mandar.

—¡Ni modo! —Refunfuñó doña Mercedes con rencor—. Ni siquiera nos pudimos despedir del pobre padre Menéndez; pero como la santa palabra nunca le cae mal a un buen cristiano, no nos queda más remedio que quedarnos a oír la misa.

Doña Fabiana imitó a doña Mercedes en sus reclamos y don Pancho, que no quería darle de que hablar a los fisgonas, le pagó a un carretero para que llevara el equipaje de Violeta hasta la entrada de su casa. La joven estaba fatigada por el viaje; y aunque habitualmente le encantaba oír misa y hacer la fila para comulgar, se sintió súbitamente invadida por el deseo de salir de huyendo.

En cuestión de segundos el pueblito de San Ignacio entró en un estado de exaltación alarmante. ¿Jamás ocurría nada y de repente se veían invadidos por una misteriosa reina de belleza y por un nuevo cura? Era más de los que podían soportar sus conciencias vacías de chismes, más de lo que podía anotar Juvenal en su cuaderno de

cosas importantes y más de lo que podían comentar las gemelas Uriarte sin perder las dentaduras en el intento.

—¡Ya viene el padre! ... ¡Ya viene el padre! —Anunció Maruja con emoción desde el lugar fijo que ocupaba en todas las misas.

A Violeta le habría gustado no mirarlo nunca. Era tan feo como ella era hermosa; pero por alguna razón causaba el mismo efecto hipnótico en los curiosos habitantes del pueblo. “¡Hermanos!”, exclamó elevando las mangas amplísimas de su sotana y el gesto hizo que su rostro de ratón resultase aún menos agraciado. Tenía el cabello opaco de un tenreco, la piel translúcida como papel encerrado y una barba rala, cuyos troncos apenas brotaban en algunas zonas. Los únicos rasgos rescatables en él eran su mirada firme y el impecable aspecto de sus manos, tan pálidas como diminutas. “No quiero verlo de cerca...”, susurró Violeta para sus adentros; pero a la hora de la comunión Maruja y su tía Mercedes la empujaron hasta el altar sin piedad y a pesar de que hizo un esfuerzo por continuar respirando, al ver de frente el rostro del cura se desplomó sobre su prima con la ligereza de una paloma agonizante.

—Deber ser la fatiga del viaje —murmuró doña Mercedes con preocupación; la niña Maruja comenzó a agitar un abanico cerca del rostro de Violeta y el padre Ramírez, se inclinó para ayudarla a reincorporarse.

—¿Estás bien hija? —Preguntó, mirándola de una forma que ni Maruja ni doña Mercedes supieron interpretar.

—Sí, padre —contestó Violeta y se sintió extraña por llamar “padre” a aquel hombre que apenas le llevaba unos cuantos años.

Ya en casa de sus tíos, recibió el té de manzanilla que le preparó Maruja y bebiéndolo a pequeños sorbitos, miró el fuego de un quinqué con una obstinación que inclusive a ella misma le resultaba peligrosa. “No se asuste, mi niña”, la reconfortó doña Mercedes, “Después de que vuelva a probar alimento y tome una buena siesta se va a sentir mucho mejor”. No fue así; la desdicha había caído sobre la niña Violeta y aunque los síntomas aún eran casi imperceptibles, ya no era posible volver atrás.

—Está será tu nueva cama —le anunció Maruja antes de apagar las luces de la habitación que iban a compartir—. A decir verdad no es muy nueva; pero el mosquitero está en buen estado y...

—No me gustó lo que vi en los ojos del padre Ramírez —la interrumpió Violeta, susurrando casi para sus adentros.

—¿Por qué? —Preguntó Maruja con indisimulable desconcierto—. ¿Piensas que te miró de forma indebida?, ¿indecorosa? —agregó, temiendo escandalizar a su prima con insinuaciones impropias de una señorita.

—No, no. Por el contrario —contestó Violeta con aire ausente; y sin terminar la frase, se ocultó debajo de las frazadas.

Maruja, que no entendía mucho de esas cosas, prefirió no hacer más preguntas. Antes de hurgar en asuntos escabrosos y terrenos resbaladizos era mejor hacer sus oraciones nocturnas y acostarse. ¡Sí! Acostarse en la misma cama de pino en la que había dormido desde que tenía tres años.

A la mañana siguiente, el pueblito de San Ignacio continuaba tan exaltado como el día anterior. Todos parecían activos, ocupados, llenos de una vitalidad tan luminosa que los habituales aguaceros sintieron miedo de aparecer y, por primera vez en meses el sol brilló sobre el cielo con todo su esplendor.

—¿Qué les pareció el padre Ramírez? —Preguntó doña Mercedes a la hora del desayuno.

—Feo —se apresuró a contestar la niña Violeta de una forma casi inconsciente.

—Yo me refería a su forma de dar el sermón; —comentó su tía entre risas— pero sí, el pobre no es muy bien parecido.

¿El sermón? ¿Qué sermón? Violeta tan solo recordaba lo que había visto en los ojos del padre Ramírez y ante el miedo paralizante que le producía la idea de ponerlo en palabras, se dispuso a sacar los incontables ovillos de lana que traía en una de sus valijas. “¡Me pondré a tejer!”, decidió; y, volviéndose a ganar el asombro de los habitantes de San Ignacio, no soltó las agujas en toda la semana más que para ir al baño y probar alguna cucharada de consomé.

—¡Esta niña necesita comer! —le expuso don Pancho a su mujer, temiendo que Violeta estuviese muriéndose de a poco ante la añoranza de sus padres.

—¡Ya sé! —replicó ella con fingida dureza—. Pero por más esfuerzo que hace la muchacha, la comida no le pasa por el cuello.

Así era, Violeta no comía y aunque seguía tejiendo cada vez a mayor velocidad, ya casi no tenía fuerzas para levantarse de la silla. El capitán Olivares, por el que suspiraban todas las muchachitas del pueblo, la invitó a tomar un café dos semanas después de su llegada y ella, luego de mirarlo con una mezcla de compasión y desinterés, buscó una forma amable de quitárselo de encima. “Gracias. Ya tengo compromiso”, refutó; sus tíos intercambiaron miradas de sorpresa; pero ninguno se atrevió a preguntarle por el supuesto prometido. La niña Violeta se había vuelto una criatura cada vez más lejana, más extraña; era como si un genio maléfico o un parásito se hubiese prendido de su cuello y ahora le succionara las fuerzas con el apetito feroz de una garrapata.

—¿Quieres acompañarnos a la misa de Domingo? —le preguntó doña Mercedes con ternura.

—No, a la misa no —balbuceó Violeta con espanto; y cayendo de espaldas sobre la alfombra de la sala, comenzó a convulsionar de una manera aterradora.

Sus tíos la llevaron a la cama; mientras Maruja cruzaba el pueblo en busca del doctor Bolívar.

—Es más grave de lo que creí —confesó el viejo médico, tras examinarla con detenimiento—. Sus signos vitales son cada vez más débiles —agregó— y no quiero alarmarlos; pero creo que este sería un buen momento para llamar a un padre que le de los santos óleos.

Maruja quiso oponerse a las indicaciones del médico; pero como no tenía argumentos concretos para justificar la contraproducencia de la visita del cura, se vio obligada a callar y en menos de cinco minutos el padre Ramírez ya estaba en la habitación de las muchachas, rezándole las últimas oraciones a la niña Violeta.

—Ahora solo un milagro puede salvarla —murmuró.

Los habitantes del pueblo continuaron cuchicheando.

—Es un castigo divino —comentó Martirio, llevándose un dedo a los labios—. Nadie desprecia a un partido como el capitán Olivares y sobrevive para contarlo

—¡Cierra la boca! —La reprendió doña Fabiana desde su hamaca—. Yo creo que Violeta es un ángel que vino a este mundo para sufrir por los pecados de los otros.

Doña Mercedes creía lo mismo que su amiga. ¿Cómo era posible que una joven tan dulce y llena de vida como había sido su sobrina durante la infancia, estuviese ahora postrada en una cama y balbuceando palabras sin el más mínimo sentido? “¡Se nos va! ¡La niña se nos va!”, sollozó y ni Maruja ni su marido supieron que decir para consolarla.

Violeta empeoró con el paso de los días. Comía un poco más que al inicio; pero devolvía casi todo lo que conseguía tragar y sus cabellos, antes perfectos, comenzaban a tornársele blanquecinos y fantasmales. “Está partiendo”, se dijo Maruja; e inclinándose al lado de su cama, le pidió a Dios para que curara a su prima del mal que la apenaba.

Esa noche una estrella fugaz surcó el cielo dejando tras de sí una larga y hermosa cola de diamantes y polvo sideral. Todos los habitantes de San Ignacio la vieron; pero solo Violeta, que se encontraba en uno de sus escasos momentos de lucidez, tuvo el buen tino de acercarse a los barrotes de la ventana y pedir un deseo.

—¡La niña parece mucho más respuesta! —le anunció doña Mercedes a su marido cuando este se disponía para salir a comprar el pan de la mañana.

Don Pancho sonrió con ingenuidad y los dos se encaminaron al cuarto de las muchachas, donde Violeta se hallaba perfectamente sentada, haciéndole una confidencia a la niña Maruja.

—Le pedí un deseo a la estrella fugaz —anunció con una salud que a sus parientes les pareció espeluznante.

—¿Y qué le pediste? —preguntó doña Mercedes conmovida.

—Es secreto —contestó Violeta y los cuatro comenzaron a reír con regocijo.

La joven parecía haberse recuperado de la misteriosa enfermedad; pero por alguna razón el pueblo continuaba en su excepcional agitación. Algo sorprendente estaba sucediendo y aunque no sabían precisar su alcance ni su verdadera naturaleza, ninguno conseguiría volver a pegar el ojo hasta que no lo hubiesen visto concluir.

A eso de las ocho, cuando la noche ya se encontraba cerrada y no había más luz en el pueblo que la proyectada por los faroles de las casas; el padre Ramírez cruzó la calle con su traje de semana y dando tres golpecitos sobre la puerta de don Pancho y doña Mercedes, se dispuso a hacer una confidencia que los habitantes de San Ignacio habrían dado el alma por oír.

Violeta, quien habría reconocido la voz del cura a cien metros de distancia; salió de la cama por primera vez en semanas y deslizándose a través de los pasillos con el sigilo de un gato, se apostó detrás de la puerta del comedor para escuchar lo que le diría a sus tíos.

—No sé ni cómo comenzar —declaró él—. Si no fuese cura, podría decir lo que tengo que decir sin tanto titubeo —agregó como hablando consigo mismo; y bebiendo un trago del agua que le había traído doña Mercedes de la cocina, tomó fuerzas para continuar—. Pues bien, si ustedes lo consienten y la niña Violeta está de acuerdo, me gustaría renunciar a mis votos y pedirla por esposa.

Doña Mercedes, que nunca había escuchado algo parecido, hizo una mueca incomprensible y trató de decir algo; sin embargo, la aparición intempestiva de su sobrina la dejó sin habla y sus palabras cayeron en el despeñadero del olvido.

—¡Acepto! —Exclamó Violeta con una energía casi violenta...

Su tía suspiró con pesadez y tras pensarlo por un rato, concluyó:

—¡Que así sea! ¿Acaso no dicen que Dios escribe recto sobre renglones torcidos?

Los meses posteriores fueron recibidos por el pueblito de San Ignacio como una nueva variante de aluviones. ¿Quién iba a decir que el padre Ramírez, al que todos consideraban desgarrado e inofensivo, acabaría casándose con la guapa y enigmática niña Violeta? Nadie, absolutamente nadie; y sin embargo, ahí estaban

los dos; intercambiando las alianzas, partiendo el pastel de bodas con la misma espátula y bailando cuantas baladas y canciones populares le daba por tocar a la antigua banda de don Mauro.

—Supongo que ahora podemos llamarlo yerno —le dijo doña Mercedes al “padre” Ramírez, una vez que la fiesta de bodas hubo concluido.

—Claro que sí —contestó él, sentándose en el sofá con su gesto de ratón—. Iremos a vivir a una casita que me dejó mi madre antes de partir al lado del Señor; pero vendremos cada vez que podamos.

Doña Mercedes se sintió invadida por una duda insoportable y sin poder contener la curiosidad le preguntó a la niña Violeta:

—Dime, hija mía ¿Qué le pediste a la estrella fugaz?

—Es secreto —respondió la muchacha y mirando los ojos de su marido con amor sincero, se sintió aliviada de que estos reflejaran exactamente lo contrario de lo que habían reflejado la primera vez que los vio ante el altar de la capilla.

Odio a ezequiel

Odio a Ezequiel. Odio sus ojos brillantes, su piel tostada y su cuello altivo.

A veces, mientras él labra la tierra con los bueyes de papá y yo leo alguna novela romántica tendida sobre el pasto, me pregunto cómo sería la vida si no odiase a Ezequiel. “¡Es inútil!”, acabo diciéndome, “Si dejara de odiar a Ezequiel el mundo dejaría de ser mundo”.

—¡Deja ya de silbar! —le exijo en ocasiones, felicitándome por el hecho de ser la dueña de sus palabras y de su silencio.

Él obedece; pero como es orgulloso y terco como una mula, no se digna a dedicarme siquiera una mirada.

—Ya puedes volver a silbar... —llegué a agregar una mañana, tras haber leído y releído el último capítulo de mi novela por entregas.

—No quiero —se atrevió a contestar el muy insolente.

—¿Cómo qué no? —Inquirí desconcertada—. Ahora es que silvas porque silvas

Ezequiel no dijo nada con los labios; pero yo, que he aprendido a percibir el aroma penetrante y montuno de su odio, pude oler a la perfección cada una de las palabras hirientes que me dedicaba con el pensamiento.

—¿Es que no has oído? —Grité, invadida por una mezcla de emoción y de rabia.

—Sí; pero ya no quiero silbar. Ya se me pasaron las ganas —replicó él, dándome la espalda de su camisa, celeste y empapada de sudor.

—A papá no le gustará para nada saber que trataste de agarrarme —murmuré para llamar su atención.

—¡Eso no es cierto! —Vociferó con los ojos enrojecidos.

—¿Y qué? Basta con que yo lo diga para que se vuelva cierto a los ojos de papá.

“¡Mocosa maldita!”, pensó, y el tufo amargo de aquel insulto estuvo a punto de hacerme lagrimear.

—¿Qué demonios es que lo que quieres? —Peguntó, sin dirigirme la mirada.

—¡Es fácil! Siéntate aquí y no pares de silbar hasta que yo lo mande.

—Eso no va poder ser. Tu papá me desollaría si llega y encuentra el trabajo a medio hacer.

—También lo va a hacer si sabe que trataste de agarrarme.

Esta vez sus pensamientos no me olieron a ¡Mocosa maldita!, sino a algo mucho peor... “¿Qué más da?”, pensé. “Nada más natural que recibir el odio de las personas a las que odias”.

—Fiu, fiu, fiu —empezó a silbar Ezequiel, extendiendo sus largas piernas al lado de mi libro.

Yo recordé lo mucho que me molestaba oírlo silbar, pero ya era muy tarde.

—¡Con más fuerza! —ordené airada.

—Fiu, fiu, fiu —continuó él, dotando a los sonidos de una potencia similar a la producida por el aspa de un avión.

—¡Aún no es suficiente! —Mentí para verlo rabiar.

Ezequiel trató de silbar aún con más fuerza, pero tan solo logró que su rostro castaño se tornase bermellón y que se le resaltase una gruesa vena sobre la frente. A mí me parecía divertido verlo en aquella situación. “¿Cómo sería si explotara?”, me pregunté, y la idea de ver a Ezequiel volando en miles de piezas diminutas me hizo reír como no lo había hecho en mucho tiempo.

—¡Estás loca! —Gritó de repente, tomándome por las muñecas con una fuerza casi salvaje.

—¡Suéltame! —Ordené invadida por el terror.

—¡No te suelto!

Ojalá me hubiera soltado a tiempo.

Papá, que comenzaba a inquietarse por mi larga ausencia en el rancho, había decidido dar una vuelta por el campo y al ver a Ezequiel sacudiéndome por las muñecas creyó que realmente trataba de forzarme.

A él le dieron un correctivo inolvidable y a mí nunca más me dejaron alejarme del lado de la abuela Lili.

Aún odio a Ezequiel, pero ahora lo odio de lejos.

Ya sabía yo

Ya sabía yo que nada podía bueno podía acarrearle a una mujer el hecho de casarse con un muchacho veinte años más joven. Hombres viejos que se casan con jovencitas en la flor de la edad hemos visto muchos en el pueblo; pero señoras emparejadas con chamacos que hace poco comenzaron a afeitarse los bigotes no hubo ninguna otra antes que yo.

—¡Ay mija! —Me decía mi santa madrecita con pesar—. Ora si te quedaste solterona.

—Nadie se quiere casar con una bruja —le contestaba yo, que desde hacía mucho me había resignado a la idea de enterrar a mis padrecitos y quedarme solita en el rancho donde habíamos vivido desde el principio de los tiempos.

Así mero tenían que haber pasado las cosas; pero mi santo padrecito pensaba diferente y a la primera oportunidad que tuvo decidió casarme con Tabo, el peón que le ayudaba a cuidar de los animales y cortar los nopalitos.

Tabo era un muchacho ágil y sonriente. Mi papá le había dado empleo desde que era bien chiquito y aunque yo lo veía muy poco porque pasaba la mayor parte del tiempo en el monte, sabía que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que él o mi madrecita le pidieran.

—Hoy Tabo va a comer con nosotros en la mesa —anunció mi padrecito el primer domingo del año—. Quiero que hagas mole y unas enchiladas bien picosas —le pidió a mi madrecita, entrece rrando sus ojos azules como si se trajera algo entre manos.

—Deje que yo misma los prepare, padrecito —le dije, para evitarle la fatiga a mi pobre viejecita; pero él me mandó a tomar un baño y ponerme mi mejor vestido...

Cuando volví al comedor, la mesa estaba linda de verdad. El mantel de encaje que habíamos bordado para las ocasiones especiales arrojaba destellos blancos sobre la madera de cedro y un jarrón

con florecitas rosadas y amarillas le hacía compañía al mole y a las enchiladas.

—Siéntate hija —me ordenó mi padrecito con el gesto serio. Luego, se volteó hacia el lugar adonde se había sentado Tabo —Mira, Tabito; —le dijo— eres como un hijo para mí y he llegado a pensar en dejarte el rancho y el campo de nopales. —Agregó, suavizando la expresión—: Claro que sería mucho mejor si te casaras con la Chonita y quedara todo entre familia.

—Como usted diga —accedió Tabo, mirándome a los ojos de una forma que a mí y a mi madrecita nos pareció feroz.

Yo no dije nada. ¿Qué iba a decir si él y mi padrecito ya lo habían dicho todo?

A quien no le faltó oportunidad de soltar la lengua fue a las chismosas del pueblo, que no se dignaron a cerrar la matraca ni siquiera a la mera hora de decir los votos. “¡Miren a la bruja toda emperifollada!”, escuché susurrar a la viuda de Hidalgo. “¡No me extrañaría si mañana por la mañana nos avisarán que el chamaco amaneció bien tieso!”.

¡Qué tieso ni que tieso! Aún no había salido el sol cuando mi padrecito y el Tabo ya estaban ensillando los caballos para irse al campo de nopales.

—Espera y te envuelvo el almuerzo en una manta para que no se enfríe —le grité, todavía confundida por los besos atontados y violentos que me había dado durante la noche de bodas.

—Como digas mi amorcito —me respondió el chamaco, es decir, “mi marido”; con esa sonrisa bobalicona que tienen los hombres de su edad—. ¿No quieres que te traiga alguna cosa cuando pasemos por el tendajón del pueblo?

—No, no. No te molestes —le dije yo, sintiendo pena de ser tan vieja.

Luego, me fui a ayudar a mi santa madrecita a preparar el nixtamal.

—Tengo un mal presentimiento —le confesé, llevándome las manos al pecho.

—¡No lo tengas, hija! ¡No lo tengas! —Gritó ella con los ojos inyectados en sangre—. La última vez que tuviste uno se petatió el padrecito González y la gente nos culpó a nosotras nomás por indias que éramos...

—Mucho me odiará la gente —le contesté, con los ojos fijos en la masa—. Pero de que tengo un mal presentimiento, lo tengo...

Por la tarde, regresaron Tabo y mi padrecito con algunas golosinas y una botella de aguardiente. “Para ti, mi amorcito”, me dijo el Tabo, poniéndome en las manos una cajita de suspiros. “¡Éste tiene los días contados!”, me dije a mí misma y aunque no me atreví a repetirlo en voz alta comencé a prepararme para quedar viuda antes de que terminara el año.

—¡Es bien bueno ese muchacho! —Me dijo mi madrecita cuando ya llevábamos un mes de casados. —Lo que le falta en años lo tiene en pantalones.

—Bien bueno, sí —susurré, poniéndome a tejer unas medias de lana para mi santo padrecito.

—¿Y por qué lo dices así? ¿No eres feliz hija?

—Da lo mismo si soy feliz o no. La felicidad es algo que se acaba luego, luego.

—No, pos eso sí no te lo discuto —suspiró mi pobre vieja—. También yo me sentía retefeliz cuando era una escuintla y tenía a mi santa madrecita cantándome las canciones de su pueblo y adornándome las trenzas —sollozó—. Luego vinieron los hombres que la desgraciaron; y, no contentos con haberla desgraciado, la dejaron tendida en un charco ¡así! de sangre. Mi padrecito también me quería mucho, pero él ni sabía cantar ni tenía tiempo para adornarme las trenzas.

Así estábamos, habla que habla en mi cuarto; cuando llegó el Tabo con las medicinas de mi madrecita y un ramito de flores para mí.

—Aquí está el encargo, ñora Chela —dijo, ofreciéndole la bolsa de cartón y al ver que ella se iba a su cuarto a ponerla en el cajoncito donde guardaba los remedios, comenzó a darme besos en el cuello y en los hombros.

—¡Hoy no! —lo detuve, mirando el ramo de flores con coraje. “¿Para qué me trae tantas flores si cuando esté bien taruga y arrugada ya no va a traerme ni una solita?”, me pregunté.

—¿Por qué no? —me preguntó.

—Porque tengo un dolor en el pecho —le respondí.

—A lo mejor y se te quita con un besos, mi amorcito —llegó a balbucear, pero mi mirada opresiva lo hizo desistir.

No me gustaba que me dijera mi amorcito. “¿De qué sirve?”, me decía yo, “Luego, luego se va a buscar a otra más joven y ya no me dirá mi amorcito sino vieja chiflada”.

—Al menos deja que durmamos abrazaditos —me pidió.

—¡No! —contesté—. ¡No, no, no! —seguí diciéndole todas las noches.

Mi madrecita me vino a ver una mañana y quiso convencerme de volver a permitir que el Tabo me tocara.

—¡Cuidado hija! —Me advirtió—. El hombre blanco es bien canijo y si no tiene lo que quiere se aburre bien pronto de la mujer.

—Mejor que se aburra pronto a que se aburra tardado —le respondí; pero ella me convenció de pedirle al Tabo que me llevara a dar una vuelta por el pueblo.

Las personas nos miraban con rencor. “¡La vieja bruja y el nietecito al que está engordando para comérselo el Día de Reyes!”, dijo a voces el hijo de doña Caridad.

—Respetar a mi mujer, cabrón —le exigió el Tabo. Yo quería decir algo, pero antes de que alcanzara a soltar una palabrita siquiera, mi marido y el otro muchacho ya estaban rodando por el suelo como dos gallos de pelea.

—Fuiste bien valiente —le dije cuando volvíamos al rancho. Él me abrazó por los hombros y me dio un beso cerca de la nuca.

Aquella noche no tuve el dolor en el pecho, tampoco la noche siguiente; pero a la tarde del tercer día el dichoso presentimiento volvió a alojarse adentro de mí como una piedrita pesada y oscura.

—¡Oye, Chonita! —me dijo Tabo, ocultando algo detrás de su espalda—. Te traje una sorpresa para agradecerte por nuestra noche de amor.

Su sonrisa era demasiado grande y su piel colorada parecía mil veces más firme y lisa que la mía. No sé por qué, pero me entraron unas ganas tremendas de pelear.

—¡Largo de aquí! —Le ordené, como si no fuera mi marido, sino un escuintle a mi cuidado—. Estoy terminando una manta para mi madrecita.

—Pero, pero si yo solo quería hacerte un cariñito —me respondió el muy calenturiento.

—¡Solo piensas en eso! —Le grité—. Ya me tienes reteharta.

—¡Pinche vieja! —Vociferó él, aventándome en el rostro las rosas que había comprado en el tendajón— Me voy al pueblo a buscar a una mujer de verdad...

—¡Vete! —contesté—. Pero ya nunca de los nunca te molestes en volver.

Él Tabo agarró su sombrero y salió dando patadas a diestra y siniestra. Yo pensé en pedirle a mi madrecita que pusiera el cerrojo, pero me dio pena que el chamaco encontrara la puerta cerrada al regresar...

—¡Mija! ¡Mija! —Me despertó mi madrecita bien entrada la noche.

—¿Qué pasa?

—¡Tu marido, mija! ¡Tu marido llegó retepasado de copas y como ni yo ni tu padrecito sabíamos que andaba en el pueblo, salimos a recibirlo con la escopeta pensando que se trataba de un ladrón!

—¿Y ahora, madrecita? —Pregunté, sin entender nada de lo que estaba pasando—¿Y ahora?

—Pos nada —dijo ella—. Ora hay que arreglar todo pa'l velorio.

Y aquí estoy, planchando la ropita que le vamos a poner al fallecido cuando le demos el último adiós. “¡Ora sí va estar difícil que consigas marido!”, vinieron a decirme mis padrecitos hace un momento. “Ni Dios quiera”, les respondí yo, “Con el primero bastará para que todos toditos anden de arriba para abajo diciendo que me bebí la sangre del canijo y que hice una cartera con los cueros”.

Cuento Nacional

ACTA JURADO CERTAMEN BRUNCA 2020, CUENTO NACIONAL

El jurado, en el género de cuento del Certamen Brunca 2020, integrado por los profesionales en la Enseñanza del Inglés, Cecilia López, Manuel Fernández, historiador, y Natalia Carrillo, antropóloga, luego de leer y discutir sobre el material remitido al concurso, resolvemos por unanimidad:

Conceder el PRIMER LUGAR a la compilación de cuentos titulada “Selección de narrativa graffiliana de finales de la segunda década” presentada bajo el seudónimo Grafelia A. Fuertes. Dicha resolución se toma considerando la actualidad de los temas, la unidad temática de los cuentos en viados, el manejo imaginativo del lenguaje, la estructura literaria de cada uno de los cuentos que conforman la compilación (cuentos cortos). En cuanto a la presentación formal de los textos, cumple con los requisitos solicitados en el concurso.

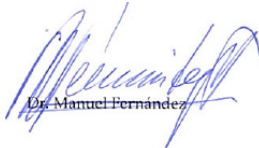
Así mismo, convenimos conceder DOS MENCIONES HONORÍFICAS a los cuentos: Recuerdo perenne en el mar, presentado bajo el seudónimo de “Valerio Betancurt”, y Cuentos de pájaros y almas verdes, presentado bajo el seudónimo “Alexa Ajoy Jiménez”.

Por último, deseamos dejar constancia de la calidad de los cuentos recibidos

Sin más, firmamos en Corredores de Costa Rica, a las 10:00 horas, del día 10 de septiembre de 2020.



Máster Cecilia López



Dr. Manuel Fernández



Dra. Natalia Carrillo

Primer lugar

Gabriel Ulloa Herrera

Selección de narrativa graffiana de finales de la segunda década

(sin prólogo)

La voz fatídica y el rumor de salvación

He preferido el polvo así, sencillamente...

Silvio Rodríguez

Dicen que afuera de estas cuatro paredes la peste del tiempo no se vislumbra gris y amarga, sino silenciosa e incolora. Adentro están felices los camellos y sufren un infierno quienes han sido encerradas con sus demonios.

Recluidos en esta casa están los signos de la vida y de la muerte y las cortinas son velos que ocultan el mar. Las agujas del reloj tejen los hilos del destino. El ojo de dios nos espera insaciable en el espejo del agua durmiente del sanitario y el polvo que peregrina desde el Sahara aterriza en el corredor que barro dos veces al día para sentir que escapo de la ansiedad.

Pese al insomnio no nos dicen qué va a pasar con las grandes alamedas, que estuvieron tanto tiempo cerradas y nos esperan ahora, viendo pasar más de un rostro angustiado, que no teme al hambre menos que al virus, cuya sombra cuelga de inciertos ramos.

No dicen que, afuera de estas cuatro paredes, las alamedas también se han estado empolvando.

Cuento de la esperanza boreal

*...y que el mundo será alegre si todos los colores
y todos los pensamientos tienen su lugar.*

Subcomandante Marcos

Érase una vez, que en un pequeño pueblo laponés ubicado a más de noventa y cinco mil metros sobre el nivel del mar, se reunía el concejo más grande en la historia de las partículas celestes.

En medio del alboroto cada una trataba de hacerse escuchar sobre las demás. Las de la tribu oxigenosa insistían:

—Nuestra coloración es la más importante del pueblo.

—Pero nuestros colores son más bonitos —replicaban los nitrogenarios.

Boris contemplaba desde una esquina las discusiones. Las de su etnia eran muy pocas para formar tribus y las otras las veían con burla y desprecio.

El concejo tenía como finalidad resolver estas disputas con una competencia que demostraría, de una vez por todas, cuál era la raza más valiosa. Todo en el marco del evento semestral más popular de todo el norte.

—Silencio, por favor —impuso la voz fuerte de la partícula reina, un gran nitrógeno molecular que había vivido muchísimos años.

—He tomado la decisión —continuó explicando— de que, en el próximo Revolunti, a iniciar en la Aurora del mes próximo, zanjaremos este asunto; cada una tratará de dar su mejor espectáculo. Se me ha informado que un hombre viene desde muy lejos a observarnos desde el mundo inferior. Está convencido de que, luego de ver el evento, será feliz el resto de su vida, por lo que he decidido que aquella entre nosotras que, con sus colores, cautive más su corazón, ganará el favor para su tribu y la corona para cuando acabe mi reinado.

Pasaron las semanas y llegó el gran día. Nitrógenos y oxígenos se habían preparado con sus mejores ropas y solo Boris, aquel harapiento hidrógeno, se quedó en su casa.

Cuando empezaron a llegar por montones los deliciosos alimentos protónicos y electrónicos, se desató una batalla campal. Unas partículas saltaban sobre las otras, las otras se les abalanzaban de vuelta. Desesperadas, lo devoraron todo en minutos y no dejaron más que migajas.

Después, como era costumbre se sentaron todas en el césped hecho de nubes, en silencio, esperando a que sus cuerpos procesaran los energéticos platillos, mientras abajo, aquel hombre les miraba sin saberles vivas y a punto de exudar por su piel los más bellos colores.

Lo que nadie sabía era que, dos días antes, en la estrella más cercana, una pequeña fulguración había sido lanzada tardíamente y apenas se aproximaba.

Cuando Boris salió curioso a ver en qué concluía el certamen, se encontró con un festín inmenso, sin vigilancia alguna; el mayor manjar que había visto en su vida y que entero digirió feliz, sin pensar en las consecuencias.

Un minuto después, sintiéndose a punto de estallar, empezó a vibrar sin poder controlarse. Al instante el más precioso haz de luz púrpura germinó devastador del centro de su pecho, rompiendo el espectro de luces del cielo nocturno y provocando en el hombre que exaltado temblaba a la distancia, un llanto incontenible.

Aquel hidrógeno no aceptó nunca la corona porque, en sus palabras; “no es ningún átomo ni molécula más que el otro y no es ninguno nada sin los demás”. Pero desde aquel día los hidrógenos son considerados seres excepcionales y hasta la más ignorante de las partículas entiende que las tribus son todas la misma, y que sin alguna de ellas, la Aurora no sería más la maravilla de colores que celebra la diversidad misma de todos los seres del mundo.

La navaja de Ockham

*...despertaría la incredulidad de todos los lectores,
y escandalizaría a todos los verdaderos artistas.*

Guy de Maupassant

Había una vez una vez que, recordando, se quedó dormida.

También así, recordando, vago yo sin salida en el pueblo de techos bajos y anaranjados, donde la vida corrió por mis venas una única ocasión, como un pez liberado de nuevo en el río.

Yo vivía frente a la plaza. La vi llegar a la cuadra del frente, en un camión de tres ruedas y media, acompañada por su padre cargado de bolsas y su madre cargada de ropas. A lo lejos me pareció tan increíble, tan espectral, que a los pocos días me escapé de mis amigos —ya escapados de colegio— para satisfacer mi curiosidad.

Tan solo verla en la ventana, con su mirada verde de tempestuoso mar, fija sobre mí, me hizo sentir la ceguera del idiota que reta al sol a no parpadear. Me di la vuelta luego de ese largo reconocernos y atravesé traumatizado la plaza.

Prácticamente corriendo, entré en mi cuarto y en tan solo unos minutos me hallé enfermo de obsesión.

Mis amigos dejaron de preguntar por mí. Perdí todas mis antiguas preocupaciones. Empecé a recortar y sujetar a las paredes fragmentos de libros que la describieran, que describieran la revelación que me resultaban sus ojos.

Si las paredes son una de nuestras pieles ¿acaso no es su estado un reflejo de nuestra mente?

Entre las páginas 122 y 123 del *Geographia Indica* (sexto libro, segundo anaquel), hallé un plano dibujado a mano y de cierta antigüedad. Sin mucho esfuerzo, descubrí que graficaba las estructuras de mi propio pueblo y su estudio fue lo único que logró hacerme salir.

Entre los secretos arquitectónicos que susurraba el papel, se mostraba un túnel que comunicaba el centro de la plaza con los

jardines internos de aquella muchacha que yo en mi locura llamaba Leonor.

Uno podría excusar los comportamientos enfermizos, pero las ofrendas no tienen valor para los fantasmas.

El día planeado, no sentí excitación alguna, sino un impulso autómatas. Tomé mi chaqueta y la linterna y caminé lentamente hacia el pronunciado frío de la noche.

Atravesando la oscuridad de mayo, me acerqué a la base del monumento a Ozymandias en el centro de la plaza y ubiqué con dificultad la piedra marcada con dos palabras: *Nihil Perpetuum*. Como rezando y en mi famélico latín respondí “est pauca diuturna sunt”. Cedió entonces aquella compuerta de piedra que posiblemente nadie más había tocado en un siglo.

Penetré en la sombra absoluta.

Bajando las gradas dispuestas al desplome, se aferró a mi cabeza un fragmento del canto 34 que describe los paisajes infernales:

*Cual me hallé entonces, frío,
sin aliento, ni lo sueñas, lector, ni yo lo escribo,
ni lo alcanza a expresar humano acento.
Quedé entre vida y muerte ya inactivo:
imagina, si flor tu mente esconde,
cual yace el que ni muerto está ni vivo.*

Caminé iluminado por la luz intranquila de mi lámpara y hallé entonces, proyectadas en las paredes de la caverna, las sombras de la humanidad. Supe que estaba descubriendo el mundo y que en la penumbra, en cada hendidura y en cada relieve de aquella húmeda microgeografía, se reflejaban los rayos de la existencia monótona que yo mismo arrastraba.

Tuve que agacharme para poder avanzar y me topé con una escalera improvisada que daba a una trampa de hierro. Con gran esfuerzo (no tanto por el peso o el óxido como por la incomodidad del estrecho espacio), la abrí sobre mi cabeza.

En mi acoso constante, nunca había visto a Leonor dejar su casa, y su voz apenas la había imaginado. Por eso, salir del agujero y encontrarla sentada sobre un viejo tronco, fumándose un cigarro me pareció absurdo.

Ella veía en mi dirección, pero en la oscuridad se convenció, como hacía yo de niño, de que lo que parecía una figura humana era seguramente la sombra de un árbol.

Me acerqué despacio. Si mi apariencia no hubiera sido tan tristemente escuálida ella se habría asustado como la lógica dictaba. En lugar de eso, me miró inquisitiva y me preguntó en un susurro quién era.

Quien lee esto ahora, posiblemente vislumbra una trágica historia de amor o la revelación del protagonista como un recluso institucional que desvaría en sus recuerdos. Y si bien esto último evidentemente ocurre, la anécdota que lo entretiene no corresponde a la ficción y lo que sigue, por tanto, decepcionará a ese anticipado lector.

Hablamos largo rato, yo traté de explicarme en mi obsesión y terminé por avergonzarme. Los pájaros tejían con paciencia el cielo nocturno y en algún lugar bajo nuestros pies las lombrices destejían las raíces de los gigantes que lo sostienen. En un instante entre ese tejer y destejer del universo transcurrió nuestro apresurado primer encuentro. Ella terminó por tomar con humor la situación y quedamos en ir por un café al día siguiente.

Éramos tan jóvenes a las puertas de aquel café, encontrándonos con la esperanza del otro. Ella hablaba de su odio a los guitarristas, siempre insistentes y presuntuosos y apenas me di cuenta cuando me tiró en la cara que yo no parecía así. Que yo le gustaba. Aunque me hubiera colado al patio de su casa para que pudiéramos hablar, en lugar de pedir permiso a su padre. Y reía constantemente, aunque se confesaba incapaz de sonreír con naturalidad.

Supe que le gustaba también pintar, en cierto cubismo, y que su verdadero nombre no era Leonor, sino Alejandra. Que le encantaban las mariposas nocturnas, el granizo, los postres de mora y el chocolate oscuro.

Agregó después que volvería a mudarse en unas cuantas semanas y que no volveríamos a vernos, por lo que no quería que pasara nada entre nosotros. No es bueno ganarse duelos innecesarios, que la vida tiene ya suficientes, dijo.

Yo sentí que jugaba conmigo. Antes de que me dijera tales cosas yo era una persona diferente; viviente. Después, me convertí en una sombra silenciosa.

Nos despedimos con un abrazo sincero y a partir de entonces yo traté de olvidarla y retomar mi vida.

No pude.

Poco a poco el mundo ínfimo que de ella conocía, empezó a infectar el mío.

Primero me pasaba cuando leía o conversaba. Toda idea me llevaba a hablar de postres de mora y de la pintura cubista. Los pocos amigos que conservaba estaban hartos y yo opté por dejar de hablar. Me tomaba horas leer una página de un libro cualquiera con tal de encontrar la relación entre sus frases y el granizo como fenómeno atmosférico.

Poco a poco empecé a perder la capacidad de ver ciertos colores. Solo podía identificar aquellos que también recordaba por su ropa o cabello. Por lo general, el mundo se me presentaba en un tono sepia, acorde con el color de su piel.

Dejé de leer cuando todas las letras de todas las palabras que encontraba en cualquier libro se reorganizaban para hablarme de las mismas cosas. El cielo no era cielo, sino granizo evaporado. Una radio era una figura cuadrada con varios círculos, y una película, apenas la publicidad de un espacio donde vendían postres de chocolate amargo.

No eran ya las palabras, sino el mundo entero donde cualquier plaza era la plaza frente a la cual la había visto llegar, un bosque era una extensión del jardín donde hablamos una noche y cualquier rostro en mi cabeza remitía al nombre de Alejandra, y, finalmente, al de Leonor.

Soñaba que no podía dormir. Escuchaba subir por las escaleras unos pasos leves. Veía, por una hendidura en la sábana, una silueta

que se acercaba y era Leonor en su vestido de domingo. Me arrancaba los ojos sin dolor alguno y me llenaba las cuencas con una plasta hecha con sus pinturas secas.

Luego despertaba observando cada día menos el pueblo, la casa, los rostros que alguna vez había conocido. En su lugar habitaba un laberinto húmedo, plagado de mariposas nocturnas que, entre aleteos, mostraban recuerdos ajenos de aquella primera vida.

Las canciones eran todas un rechinar metálico de cuchillos y guitarras afónicas y el viento apagado nunca moría.

Una tarde, mientras tomaba un café en un lugar llamado “Mandala” o “Medala”, vi la aguja del reloj detenerse. Con un ruido de mar e infinitos murmullos de fondo, escuché su voz despedirse con las mismas palabras que años antes. Una voz que replicaba la de aquel tiempo, resultándome ahora inusitadamente joven. Pero agregó esta vez: “despedime, por favor, de Natalia. Decile que yo estoy bien y que la quiero”.

No supe nunca quién era Natalia.

Hace una semana, a ese viejo del pueblo, que vive en silencio absoluto, lo visitó la muerte.

Lo supimos porque su casa recuperó el color y por una sorpresiva sonrisa marcada en su rostro cuando salió por la puerta del frente. A alguien (él no supo a quién) le dijo que le habían regalado “una semana”.

Ayer vio llegar, como a un fantasma, a una muchacha con los ojos verdes del mar tranquilo. Luego de ese largo reconocerla, atravesó la plaza y saludó a Natalia, quién quería conocer la casa en que viviera su madre.

Dejé entonces caer mi copa al suelo y pisé los vidrios de las flores que la mente esconde, en el camino frío, de quien ni muerto está, ni vivo.

Anexo 12.5 de los Anales

*¡cuán lleno de flores estaba el mundo ese verano!
Los aires y las formas muriendo...
A. Rimbaud*

Es el año 1957. Mi papá casi balbucea una palabra.

El Che se masturba en una tienda de campaña mientras Marilyn se limpia el culo con la última hoja de un papel periódico que tenía a mano porque los idiotas del estudio olvidaron colocar el higiénico. Primero a Osama, luego al Chapo les cortan el cordón umbilical, mientras Borges voltea hacia atrás en el pasillo más largo de la Biblioteca Nacional de la República Argentina, para asegurarse el pedo que le rasguña entre las nalgas.

Brigitte Zimmer está pensando si aborta y Malenkov tiene pesadillas. Franco y Eisenhower se piensan mutuamente. Uno imagina al otro desnudo, el otro se saca un moco. Una lombriz atraviesa la fresca podredumbre en la mejilla derecha de Gabriela Mistral, al tiempo que un Kubrick aferrado al inodoro vomita el alma al amparo de su todavía amante. La madre Teresa de las Hermanas de la Caridad babea la almohada profunda en un sueño erótico. Pedro Infante gime de un dolor desafinado y Michel derrama vino sobre el cuerpo de la extraordinaria Héléne Joliot para lamer su cuerpo a detalle.

Mis abuelos están cogiendo en posición tradicional, para agregar otra hija a la colección.

Primera mención honorífica

Cristopher Reyes Loaiciga

Recuerdo perenne en el mar

Recuerdo perenne en el mar

Eran dos americanos que planearon cruzar Centroamérica, de país en país, de playa en playa, para aprender a surfear, para aprender a bucear. Nacieron en un lugar sin mar, Montana o Idaho. Querían volver bronceados y bajo el sol de Iztapa y el de Sipacate consiguieron que la espalda y los hombros se les enrojecieran. Sus caras también se pusieron rojas. Normalmente orgulloso de su cuerpo, Matthew Powers se quitó la camiseta, y frente a un espejo, examinándose muy de cerca la cara, le dijo a Rubén Quesada:

—*Could be worse, I think. Yes. Definitely, it is not so bad. It has a sort of charm.*

Rubén, que en lugar de la cara se miraba el límite que marcó la manga de su camisa sobre el bíceps, solamente dijo:

It is as bad as it gets.

—*Wrong!*, —dijo Matthew, mirando su reflejo hablar—. *Look carefully! This is the countenance of a wrathful god, incensed by the sinful, looking for the sinful.*

Rubén le respondió con intenciones de hacerlo reír:

—*Sorry Matt. It's just a horny shrimp face. And no more.*

Entre Popoyo y Nosara Matthew Powers perdió lo rojo, y en Osa ya se había tornado oscuro y quemado, como si no fuera un visitante, como si hubiera nacido junto al mar, como si hubiera pasado todos sus días garbeando bajo la redondez blanca de una estrella. ¿Y Rubén...? Matthew le tocó la cara, mientras le decía:

—*Isn't this weird? How to summon your Aztec blood?*

Al apartar los dedos, sobre la piel de Rubén quedó una sensación intolerable de ardor y cinco círculos blancos, que al instante se diluyeron.

Eran dos oseñas que crecieron juntas. Eran jóvenes, han alcanzado los diecisiete. Al nacer una fue llamada María del Sol, la otra, María del Mar. Porque el mundo es imperfecto, María del Sol es la que trabajaba dando clases de buceo, y María del Mar la

que estudiaba y la que ayudaba a administrar las cabinas familiares. Una se dedicaba a aleccionar a los turistas en los misterios del océano y en los colores de la vida sumergida. La otra solía comunicarse con los turistas porque sabía algo de inglés, y aunque generalmente tímida, tal vez porque hablar en otro idioma modificaba algo en ella, frente a los extranjeros podía sentarse y conversar, conversar largamente como si las palabras ajenas carecieran de consecuencias, como si dormir fuese innecesario y hubiera quedado atrás. Esto, María del Sol es la única que lo ha juzgado y María del Mar ha prometido cambiar.

En el espacio entre la tarde y la noche, María del Mar encendió las luces del pasillo de las cabinas, que iluminaron la mesa a la que estaban sentados los dos americanos, leyendo panfletos. Los saludó, y uno sonrió; el otro asintió, una ligera venia. Se fue a la oficina y abrió un libro para estudiar. Con las páginas abiertas sobre la mesa, oyó gente conversando en exótico inglés. La fuerza osada del mar se revolvió en ella. Otra vez pasó, con una escoba en las manos. En el porche junto al pasillo había pétalos y había polvo y el viento los movía. Ella se puso a barrer y el americano más alto alzó la mano y la llamó:

—*Hello*. Hola. *Take a sit, please*. Nosotros dos tenemos preguntas.

Rubén dijo:

—No, está bien. No la queremos molestar.

Ella dejó la escoba a un lado, inclinada contra una ventana, e igual se sentó junto a ellos. Matthew extendió el brazo sobre la mesa y presentó su nombre.

Para este momento Rubén y Matthew llevaban viajando trece días. Quedaban dos para que regresen a su país. Transcurrieron así:
El movimiento de las olas.

El movimiento continuo de las olas y ella se agitó con un gentil espasmo.

Los colores de la mañana estaban entrando por la ventana y el cedazo los recortaba sobre las sábanas. Matthew y María del Mar estaban duplicados en el espejo que ella había puesto frente a esa

cama. Matthew que con el dedo le estaba trazando formas en la piel le dijo:

—*What are you looking at?*

Estaban viéndose en el reflejo. Él se veía el cuerpo y lo disfrutaba, y ella lo que veía era la mitad de su propia cara, sonrojada y los ojos cansados de poco dormir. Alguien estaba intentando abrir la puerta. No podía y la golpeaba.

—*Wait please!*, —le respondió Matthew.

—Es Rubén, ¿no? —Preguntó María de Mar.

Matthew sonrió y siguió dibujándole dibujos invisibles en la piel. Ella le tomó el dedo para mordérselo. Matthew, después de verse el dedo mordido, se lo llevó a la boca. María del Mar, al verlo, se volteó, riéndose, sonrojada por una mezcla de vergüenza y gozo y hundió la cabeza entre las cobijas; la levantó solo al sentir que Matthew se puso a dibujarle formas en la espalda con la humedad que ella le había dejado en el dedo. Extendió su mano hacia atrás, tentando en busca de la boca de Matthew, pero él no le mordió el dedo, sino un costado, bajo el brazo. Le supo a mar. Y los golpes en la puerta volvieron a sonar.

—*Just a second!* Gritó Matthew. —Y, antes de levantarse, dijo:

—*We must go my Sea. No time for pillow talking.*

Ella comenzó a vestirse y él salió, y afuera eran los días cuando los corteza amarillos estaban en flor y cuando el sol es más fuerte. En el jardín había un árbol de malinche, también florecido, a destiempo, y Rubén, sentado en una silla solitaria bajo el porche, preguntó:

—*Can I?*

—*Give her some minutes.*

—*It's almost 12.*

Matthew se ató la camiseta rala que llevaba puesta en la cintura.

—*That's early enough.*

Y caminó, bostezando, a tomar los pétalos del suelo.

—*Hey, by the way* —dijo Matthew, mientras se permitía sentir la caída del sol sobre la mano extendida y la sombra tenue de los cortezas y el malinche agitarse sobre el pecho—, *where were you?*

—*Having lunch.*

—*Already?*

Matthew estaba jugando con los pétalos que planeaba guardarlos con la intención de convertirlos en un símbolo de María del Mar, al verlos la recordaría. Se los pasaba de una mano a la otra. Se aproximó a Rubén para mostrárselo.

—*Still not good, eh? Let me see.*

Le dijo y quiso tocarle la cara. Rubén no se dejó y Matthew desistió al ver a María del Mar que había salido y que estaba bajo el umbral de la puerta, viéndolos.

Rubén preguntó:

—*Will it be the same? I mean today.*

—*Who knows.*

—*Even though we are leaving soon?*

—*Exactly. That's why. But, listen, you lucky man, she has a friend.*

Matthew se acercó a María del Mar, que parecía pequeña junto a él, y la rodeó con un brazo.

—*It's true. Ask her.*

—Está diciendo que tengo una amiga, ¿no?

—Sí, eso dijo, le respondió Rubén.

—Mi amiga es instructora de buceo. Matt me dijo que les gustaría aprender.

—*You see now. Nos entendemos.*

Fueron a recoger a María del Sol. Iban en una camioneta que Rubén conducía, encausados a través de los caminos rústicos que olían a melaza y polvo, siguiendo las instrucciones de María del Mar. Por un rato María del Sol y María del Mar hablaron fuera del auto, detenidas en la entrada de su casa, que estaba seca y donde los hermanos de María del Sol, jugaban. Y Matthew se preguntó de qué hablaban. Como Rubén no podía alcanzar a oírlos no respondió. Después de que pusieron los equipos de buceo en el portaequipaje emprendieron el camino. Matthew insistió que María del Sol fuera adelante, junto a Rubén. Él y María del Sol iban atrás. Comenzaron a hablar sobre la piel de Rubén:

—*What are you talking about? You two* —dice Matthew inclinándose hacia adelante, con la mano sobre el hombro de Rubén.

Rubén le traduce y Matthew le dice a María del Sol:

—*I agree. I agree. More than once I have told him: where is your Aztec blood? I don't know how or where, but he has lost it. Translate that to them.*

—*Matthew, please, I won't. Such a dumb thing.*

—*Ah, just give me a second.*

Buscó en el celular y leyó en voz alta:

Siempre digo: ¿dónde está tu sangre azteca?

—*Makes no sense Matt* —le dijo antes de voltearse hacia ellas.

—¿De dónde es su familia?, —preguntó María del Mar.

—¿Mexicanos?, — dijo María del Sol.

—De El Salvador.—¿Quiénes vivían en El Salvador?, —dijo María del Sol—, ¿aztecas?

—Pipiles, nahuas... no sé. Nunca hubo aztecas. María del Mar le explicó a Matthew.

—Yo ya se lo he explicado —la interrumpió Rubén.

—*I don't care about those names. The fact is that you are the one who looks like a shrimp now.*

—¿Cómo un camarón?, —preguntó María del Mar y se puso a reír.

Por insistencia de María del Mar, esperaron a que el sol descendiera. Tuvieron un almuerzo juntos, en el que Matthew contaba historias sobre sus pulseras. Apenas se entendían porque las contaba con palabras sueltas en español, las pocas que sabía y las otras pocas que creía saber. Rubén las traducía y se aburría de sobremañera. Matthew quería pagar dos clases de buceo. María del Sol solo quería darles una. Matthew pagó por las dos y no se dejó convencer de cambiar lo que quería. En su imaginación se podía ver nadando con todos los peces del océano, en sus deseos se veía con los peces del océano, no una, dos veces.

La playa a la que fueron para la primera clase tiene forma de luna creciente al bajar la marea, de menguante al subir. La arena

era limpia, y la bordeaban montañas que parecían disolverse en lo vagamente azul del aire. De pie en los varios paños extendidos sobre la arena, ellas comenzaron a quitarse la ropa, dejándose solo los vestidos de baño. Rubén que había esperado hasta poder verles las espaldas escuchó a María del Mar decir: No pasó nada, de verdad, se lo juro.

Matthew estaba lejos, sentado en lo húmedo. Pensaba en cualquier cosa, en si él es un dios de las estrellas o un dios del mar, por ejemplo. Se callaron al ver que Rubén estaba cerca y él les dijo que si había cocos cerca. Ellas negaron y él siguió avanzando, con los ojos examinando el suelo que los rodeaba, buscando semillas que las palmeras o las olas abandonaron en lo incierto. Tras poner los cocos que encontró en las esquinas de los paños, se fue a traer el equipo de buceo que habían dejado en la camioneta.

Los cuatro se vistieron con trajes de buceo. Y Matthew se detuvo a mirar a María del Sol y le dijo a Rubén:

—*The pleasures of heaven and pains of hell are with me.*

Rubén sonrió porque no supo cómo interpretarlo y se siguió poniendo el traje, mientras Matthew avanzaba, con el pecho desnudo y anhelante, y decía: *I'll swim with all the fish in the world, you and me together*, juntos, juntos. Y alzó a María del Mar, y, aun teniéndola en sus brazos, giró y los pulgares de los pies de María del Mar trazaron un arco oscuro en la arena, y la soltó y dijo: *And you too My Sun*, y alzó a María del Sol.

Sumidos en el agua, Rubén vio en la superficie del agua los círculos y los triángulos de resplandor solar y la sombra de ellos proyectada sobre el fondo marino, que podía tocar con solo extender la mano hacia abajo. Matthew señaló el suelo. Había cangrejos molestando a los peces del color de la arena que caminaban lentos sobre sus aletas y que huían de la cercanía humana. Rubén creyó ver arenques en los paisajes sumergidos en lontananza que nadaban hacia lugares a los que a él no se le permitía ir. Los otros tres iban adelante, en sus trajes ceñidos parecían siluetas desnudas que sí le pertenecen al océano. Y Rubén nadó para alcanzarlos. María del Mar y Matthew se miraron completamente rodeados de agua. Era

difícil reconocerse. Y María del Sol, que había estado con Rubén, se acercó y les indicó con una seña que debían devolverse.

Otra vez en la playa, con los trajes colgándoles de la cintura, le preguntaron si había alguna razón en especial. Ella adujo que había sentido una caricia de algo invisible en la pierna.

—No fue nada, dijo Rubén.

—Algo tuvo que ser, dijo ella.

Mientras el día continuaba su descenso, jugaron. Matthew tomó arena seca, abrazándola sobre su pecho. Hizo un hueco en el que se acomodó y llamó a María del Mar para que lo ayudara, pero ella, acostada en los paños, le dijo a María del Sol que fuera en su lugar. María del Sol, al llegar, se arrodilló y se puso a exornar con piedras limadas y conchas rotas el cuerpo sepultado de Matthew —solo quedaba la cabeza afuera que veía la playa tan extensa y las piernas de ella limpias y libres de arena ...—, él cerró los ojos, María del Sol enterró las manos.

María del Mar temía que la marea la alcanzara si se dormía. Quiso mover los paños, subirlos donde el agua escora y abandona un reguero de cosas arruinadas. Gritó y dejó caer uno de los cocos que había levantado. Desde adentro goteaban gusanos blancos. Rubén la estaba viendo enterrarlos a patadas. Matthew y María del Sol llegaron. Tenían los cuerpos maculados de arena húmeda. Estaban riéndose, porque Matthew le había contado un chiste, sobre acróbatas puede ser, *a mix of pidgin Spanish and gestures*. Y María del Sol preguntó:

—¿Qué pasó?

—Nada —respondió María del Mar—. ¿Y a ustedes?

—Adivine.

—¿Qué?

—Nada. Tampoco. Nada. ¿Por qué?

Matthew tomó la mano de María del Mar, mientras los cuatro veían en la playa, desde una bahía que sugería la cola de un animal marino, el horizonte barcino y atormentado en el que se estaba refugiando el sol. Al verlo, Rubén sugirió armar una fogata antes

de que lloviera y se fueron a buscar su propia franja de playa, lejos de cualquier policía o guardaparques. Se sentaron alrededor de una pila de maderas y hojas tostadas que Rubén acumuló. Matthew las mojó con alcohol y al prenderlas alzó las manos, en un gesto como de arrojar cosas al aire, como si las llamas se elevaran porque él se los estaba ordenando. Por un rato, el fuego y las hojas que se deshacían se agitaron frente a ellos y Matthew, tras consultar su celular, dijo:

—La tierra es el infierno de los peces. Entonces el océano debería ser nuestro infierno. Pero para mí, el océano es hermoso. Quiero estar siempre en él.

Pronunció cada palabra lentamente, procurando claridad, y entre cada una hubo una pausa. Al terminar, se puso a reír, y se explicó, explicó lo mucho que había disfrutado estas vacaciones, explicó la acumulación de recuerdos idílicos que guardaría, explicó que ver el mar lo haría recordar a María del Mar y a María del Sol. Sus palabras recogían el sentimiento de estar al final de algo, al final de un viaje. Solo Rubén entendió los razonamientos que escuchaba y, más interesado en los sonidos de la fogata, no los tradujo, *unsubstantial talking, endless meanderings*.

María del Sol, que tenía la cabeza de María del Mar reposada en los muslos, fue la primera en aburrirse. Puso música en su celular y se levantó y comenzó a bailar. Luego otros dos se unieron y fueron tres lo que estaban bailando. El cuarto los observaba. Le parecía que todavía estaba contemplando las formas del fuego y él no pertenecía a esas formas. Matthew, al bailar con María del Mar -el resplandor también bailaba en su pecho-, podría jurar que sentía el olor del océano y ella y el mar se hacían uno mismo en su memoria. El baile terminó porque María del Sol corrió para saltar sobre el fuego. Ella se tiró a la arena, arrodillada y bromeó que se había quemado. María del Mar, despeinándola, le dijo:

—¿Qué está haciendo?

—Nada. ¿Usted se acuerda lo que me prometió?

Matthew alzó a María del Sol, y cargándola sobre ambos brazos, señaló, con un movimiento de la cabeza, la oscuridad en dónde estaba el mar.

—Agua. Vamos. *Let's go, then, let's go. Will you come?*

María del Mar le dijo que no y Matthew desapareció en la noche, con María del Sol entre los brazos.

La música sonaba, esforzándose por llenar el silencio (y no podía).

—¿Qué piensas de él?, —preguntó Rubén al fin.

—¿De Matthew? No mucho. ¿Por qué?

—¿No mucho? Ya casi nos vamos. Lo sabes, ¿no? Ella asintió y abrió una lata de cerveza. Los dos tomaron.

—¿Por qué no fuiste?

—Va a pensar que quiero vigilarlos.

—¿O sea que no te importa?

—¿Qué no me importa qué?

—Está bien si no quieres hablar.

—No estoy celosa. ¿Ok? ¿Ya? Él puede hacer lo que quiera.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Puedes hacer lo quieras?

—Sí. Supongo que sí. Lo que quiera y me haga feliz.

—¿Y María del Sol? María del Mar se pasó las manos por las piernas, ahuyentando animales pequeños que no se ven, se sienten.

—No va a pasar nada, respondió.

—¿Cómo sabes?

—Yo la conozco. No sé lo que está haciendo, pero yo la conozco.

—O sea que ella está haciendo algo.

—No.

—¿Qué te gusta de él?

—¿De quién?

Rubén tomó otra vez y dijo:

—¿De quién? ¿De quién?

—Dígame que más han visto en estos días —dijo ella—. ¿Han disfrutado?

—Me estás intentando cambiar el tema. Si no quieres responderme está bien.

—¿Por qué me pregunta esto?

—Es solo una pregunta. Nada tiene. ¿El pelo? ¿Los ojos? Lo que sea. ¿Porque es gringo?

—Obvio no. Obvio no es eso.

—Yo también lo soy.

—No es eso.

—Mi inglés puede que sea mejor que el de él. *Do you want to hear it?*

—Ya le dije que no es eso. Ya le dije que no sé. Uno no entiende estas cosas.

—Ah.

—No. Bueno. En mi caso no, no las entiendo. No sé.

—¿Qué no sabes?

—Ay. ¿De qué? ¿Qué son estas preguntas? No sé. No sé. O sea, que no sé qué estoy haciendo. Soy una idiota, ¿verdad?

Rubén tomó.

—No. ¿Idiota? No. No creo. ¿Algo? ¿Tal vez?

María del Mar le arrojó un puño de arena.

—La verdad es que no me gusta. Yo me conozco. Podría ser él, podría ser cualquier otro. Él no es especial. En un día se me pasa y ya.

—¿Podría ser cualquiera?

—Sí. Cualquiera.

—¿Cómo quién?

—No sé. Cualquiera. Vamos a buscarlos, dijo ella.

Y Rubén que había dejado la botella a un lado, sin importarle que se regara, quiso tomar a María del Mar de las manos.

Ella le tomó la mano y mientras caminaban la soltó. Junto a donde llegaban las olas se pusieron a llamarlos:

—¡Sol! ¿Qué se hizo? Venga.

—¿Dónde están?Hacia los lados se extendía la soledad.

—No sé. ¿Volvieron?

—No puede ser.

Al regresar junto a la fogata, el fuego y la música se hacían compañía.

María del Mar calló la música. Estaba frente a la montaña. Podía oír las hojas que ardían, el raspar seco de las palmeras negras...

—¿Qué crees que estén haciendo?, —preguntó Rubén.

Ella podía oír el movimiento de olas.

El movimiento continuo de las olas... el movimiento osado de las olas se movió en ella.

Rubén y María del Mar se devolvieron a las cabinas, sin esperar a los otros. Rubén, que sentía el cuello y las manos calientes, la invitó a entrar. María del Mar detestó que Rubén la viera en el espejo porque revelaba defectos y asimetrías. De la espalda y los hombros de Rubén caían hojas secas que revelaban parches rosas.

En la puerta sonaba algo que raspaba la madera.

—¿Qué piensas de mí?, —le preguntó él.

Ella no dijo nada.

—¿Por qué hiciste esto? ¿Qué estás pensando? Él estaba viendo la puerta.

—Esto no está bien. No me siento bien —dijo ella—. ¿No se enoja si mejor me voy?

La fiebre de las manos regresó y se le extendió al pecho y al cuello.

—Pensé que esto fue por Matthew.

—¡No! Yo no lo hice por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—No me siento bien.

—Otra vez me cambias el tema. ¿Ves? No sabes qué responder. Mejor esperemos a que Matthew regrese.

—Mejor me voy.

—Por favor, no, por favor quédate. Olvídate de lo que dije. Ella cerró los ojos muy fuerte, tan fuerte como pudo, y agitó la cabeza, también, muy fuerte. Y cuando ella salió, Rubén golpeó la cama, muy fuerte, también, muy fuerte.

En la playa, María del Sol y Matthew, sentados, creyeron que regresarían por ellos, pero al fin fue ella la que al sentir el golpe de una gota en la cabeza se levantó. Estaban caminando por calles que no son calles, son algo improvisado. María del Sol estaba hablando por teléfono con María del Mar.

—Ya sé dónde están. Ella ya está en la casa.

Él sonreía cada vez que no comprendía.

—Voy a hacer algo bien tonto. Tenga, le voy a dar el número de María del Mar. Pero no le diga que se lo di yo. Pero es obvio, si no ¿Quién más? Ya sé. Yo le voy a decir que usted me lo pidió. Aquí, tenga. Apúntelo en su celular. Llámela un día para que le pida perdón. Ella se había puesto la mano cerrada junto a la oreja.

Él asintió y sacó el teléfono y se lo dio. Ella se lo devolvió y Matthew se quedó viendo la pantalla, que le iluminaba la cara. Buscó una traducción y ensayó una oración en español:

—Contigo aquí, todavía es de día.

María del Sol simuló que reía.

—Ay olvídalo. Ni aunque me entienda la llamaría. Ella a veces es como una bebé. No sabe, de verdad que no sabe. Le falta mucho, mucho. Quizá ahora con esto entienda. Tengo que sentarme a hablar con ella. Ella tiene que entender que todo esto lo hice porque a ustedes nunca más los vamos a volver a ver, para que entienda que a usted no le importa ni un poco ella, ¿verdad?

Matthew sonrió y asintió.

María del Sol puso la música de su celular a sonar, quizá porque no restaba nada que decir, hasta que tuvieron que correr, porque la lluvia se había hecho imposible de ignorar —las nubes a veces se incendiaban, y aclaraban la atmósfera, *the distant thunderclaps*—.

Se despidieron torpes a unos pasos de la casa de ella.

De regreso en la cabina, una bombilla envuelta en mosquitos iluminaba a un cangrejito extraviado que tocaba la puerta. Matthew lo apartó con el pie antes de entrar. Adentro estaba Rubén, lo vio primero en el reflejo, acostado en una de las dos camas, el brazo sobre los ojos, que apartó momentáneamente.

—*Close it. The mosquitoes are getting in.*

Matthew empujó la puerta y se fue directo al baño, dejando huellas húmedas en el suelo. Desde adentro, dijo:

—*You abandoned me. Where did you go?*

—*María del Mar came back with me. She was here.*

Matthew salió para ver a Rubén. Se estaba quitando la camiseta empapada.

—*Really? Really?*

—*Don't you believe me? You can ask her.*

—*I rather not.*

Y entró de nuevo al baño.

—*I was waiting you to come in at any second. I wanted you to find us. To see us, you know?*

Matthew no parecía haberlo oído, Rubén continuó:

—*Hey, Matt. Tell me, which one was better?*

Matthew hizo como que estaba riendo, como si hubiese oído un chiste. Estaba por tomar una ducha.

—*What do you think happened? We just took a walk. I don't mind telling you about it.*

—*Fair enough. Give me all the details.*

Rubén estaba bajo el umbral de la puerta del baño. Matthew no supo cuando fue que se levantó. Por un momento creyó estar frente a alguien que recién conoce, de quién apenas si sabe el nombre, alguien a quien no quiere ver.

—*I'll take a shower, maybe I'll tell you later. OK? Hey, by the way, close the window too if the mosquitoes concern you that much.*

Rubén se fue a cerrarla. La ventana algo reflejaba, negra. Afuera seguía lloviendo.

El amanecer llegó y, ay Dios, cuántos cangrejos salieron. No parecía verdad.

Los dos hermanos de María del Sol los atrapaban en la orilla de la calle con manos dudosas. Buscaban los más grandes para echarlos en la tinaja plástica que era de un color verde, pero que el sol había blanqueado. Mientras los cangrejos se contemplaban, les

daban y les daban sobre el lomo plateado. Uno de ellos le cedió el palo a Matthew, que lo rechazó.

Rubén arribó, para la agitación de los chicos, con un par de cangrejos que, más grandes que su mano, no se soltaban ni aflojaban, vientre contra vientre. Con asco, los soltó.

—Vean —dijo—. Vean, así. Vean. En la tinaja dejó que ocurriera algo que se repite desde... No. Nadie lo sabe.

Habían ido a la casa de María del Sol para la segunda clase de buceo. Matthew había decidido cancelarla.

Mientras los chicos se reían con la perversión que le es solo propia a la humanidad, María del Sol salió y Rubén y Matthew hablaron con ella. María del Sol ofreció devolverles el dinero, pero Matthew lo rechazó enfáticamente y sonrió. Tras el diálogo, no escaso en incomodidades, los dos se fueron a buscar una playa. Encontraron una que tenía un paisaje uniformemente azul, cruzado por pájaros que formaban un arco al volar. Las olas llegaban con calma a la orilla. Rubén quiso encumbrarse en las olas, pero resultaban insuficientes. Matthew estaba flotando en su tabla, completamente indolente y a la deriva, observándolo. Después se dejó ir hacia atrás y no pudo mantener los ojos abiertos, porque el sol le caía encima. Tenía una mano cerca del muslo y con la punta de los dedos tocaba el agua. Después se fue nadando hasta alcanzar a Rubén, que continuaba intentando surfear en olas que eran muy pequeñas para surfear.

—*Are you happy?*

—*How can you tell? Honestly, I don't know why you cancelled the class. You were so excited about it and now look at you. She should come. Imagine how fun it could have been. Fish and all of that things you like talking about.*

—*It was the best thing to do.*

Matthew pensó decirle que sospechaba que María del Sol le había dicho cosas por la noche, cosas que no entendió y que prefería no entenderlas.

—*You know?* —interrumpió Rubén—, *I had a dream, about María del Mar.*

—*I should have been there too.*

—*Just María del Mar. And María del Sol, she was there too.*
Alrededor de ellos sonaba el mar: *the old bickering murmurs of the sea.*

—*I like dreaming too.* Rubén intentó botar a Matthew de la tabla. No pudo.

Decidieron irse a buscar olas en otra playa. En el auto consideraron preguntarle a alguien por alguna dirección, pero determinaron abrir su propia ruta pues sabían que inevitablemente todo fenece en el mar. Encontraron una calle. Cerca, dos perros atados ladraban desesperados a los cangrejos que los azoraban. La calle no parecía calle.

Se tuvieron que detener por algunos minutos a que cruzara el desorden de cangrejos.

—*You abandoned me last night* —dijo Matthew.

—*So?*

—*So? You need to stop. I think I should say sorry. Is that it for you to stop? Then, sorry.*

—*You abandoned me first.*

—*No. I didn't. We just took a walk.*

—*Ah, yes, a walk. You are such a good walker. Me and María del Mar took a walk too.*

—*Stop it. You really really need to stop.*

—*Who can believe it? The greatest walker, the greatest swimmer, can you fly too?*

—*Don't be mad, you...*

—*Ah, you are mad.*

—*I am not mad. Why would I? I... I will forget this as soon as possible...*

Matthew se quedó en silencio y cerró los ojos y le dijo con un gesto que siguieran avanzando. Los cangrejos no parecían menguar y Rubén arrancó. Tras un rato encontraron lo que quedaba de una playa después de que el mar la ha mordido. Las viejas y repetidas olas se quebraban sobre los objetos. Las piedras pobladas de animales duros y las raíces expuestas de palmeras arrambladas,

envenenadas por la sal, quedaban rodeadas de la espuma, y en esa espuma todo parecía estar en peligro de mezclarse. Matthew se adelantó, le había pedido a Rubén que trajera las tablas. Cada paso que daba cuidadoso para no pisar un cangrejo se quemaba los pies. Al alcanzar la arena húmeda, disfrutando la sensación tibia y blanca que le envolvía los tobillos y que le refrescaba el calor que se moría en el pecho, se quitó la camiseta y la tiró. Pensó en el propósito de los cangrejos que estaban a sus pies. Entendía que algo los llamaba. No sabía qué. Y al sentir el peso de una mano caliente en el hombro se volteó.

—*Are you crying?*, le dijo a Rubén.

Al margen del continente dos hombres se pelearon.

Las cosas estaban sonando: el movimiento insistente del agua, el constante proseguir de los animales...

Matthew sostuvo la cara de Rubén cerca del mar, y cuando los cangrejos comenzaron a palparlo y las olas a llenarle la boca, lo soltó, le permitió que se fuera; sentado sobre una piedra, lo vio arrancarse a manotazos la arena del cuerpo, lo vio abandonarlo. Rubén otra vez se subió a la camioneta, sin esperarlo, para conducir sobre los animales rumbo a un lugar que no conocía, a un lugar en el que se detuvo para bajar la ventana y sentir el bochorno pesado del aire alrededor de los ojos y los labios. Al borde del camino había unos postes inclinados por la caída de un árbol. Al otro lado, un toro amodorrado buscaba dónde echarse. Alguien, al pasar lento en bicicleta, al verlo llorar frente al volante, pensó en decirle algo. No lo hizo, y prosiguió. Un par veces miró de vuelta, pero prosiguió.

Rubén, al llegar, en el porche donde se han metido un montón de hojas secas, encontró a María del Mar.

Ella no sabía que la mente de él se estaba llenando con escenarios de cómo acaban las cosas. Al verlo se puso de pie.

—¿Qué le pasó?

—Nada.

—¿Quiere que le traiga algo? ¿Alcohol y curitas? Yo tengo.

—No, estoy bien. De verdad.

—No me cuesta nada.

—Estoy bien. En serio. ¿Entonces?

—¿Entonces qué? Que mañana se van y quería despedirme.

—¿Solo eso?

—Despedirme, sí. Ver como estaban.

—Si nos quedara más tiempo... Ella estaba viendo las hojas que al pisarlas se quiebran.

—¿Qué?

—Venga

—Rubén se sentó—, siéntese aquí. Ella se sentó al lado de Rubén y Rubén se inclinó hacia adelante.

—Todavía sigo pensando, dijo él.

—No hablemos de eso

—Es que fue por Matthew.

—Nada es por él. Ya, dejemos esto hasta acá.

—Entonces es porque me quieres.

—Sí. Sí. Es por eso. Pero ya, dejémoslo. Olvídelo.

—¿Qué tiene él de especial, ¿ah?

—Que no, que no. Yo no soy así. No es por Matthew.

Matthew, que prefirió quedarse en esa playa desmantelada por el mar, se distraía. Para no pensar en Rubén se mojó el cuerpo, sintiendo sobre el pecho húmedo lo fresco de la brisa marina y el olor que portaba. Consideró llamar a María del Mar. Resignado, no lo hizo; sus cosas quedaron en la camioneta.

Al secarse, un cangrejo desafió su pie y de una patada lo distanció. Parecía muerto, con el vientre pálido expuesto al cielo. Con una rama que le arrancó a un árbol lo volteó. El cangrejo atenzaba el aire y rabioso hacía burbujas blancas. Matthew nunca había reparado en los detalles de la cara de uno: roja y pletórica en detalles seguía el movimiento de la rama, como la víctima de un trance.

Y le comenzó a dar.

Le dio y le dio, y no sabía qué tan duro hay que azotarlo para herirlo y...

Recordó a Rubén.

Decidió ahuyentar al cangrejo propinándole golpecitos en las patas. Lo siguió con la vista hasta que desapareció en una multitud

—como agua en agua—. Es que eran tantos, de verdad, tantos, que Matthew creyó que habían comenzado a reiterarse, y al verlos recordó otra vez a Rubén.

Y se dio cuenta. ¿Y qué si desde hoy, quién sabe por cuánto tiempo, al ver a un cangrejo, su memoria evocará esta anécdota de una amistad rota y arruinada, como tantos otros objetos que había visto, en el mar? Tenía que irse, tenía que irse para buscar a Rubén, verlo y saber que se equivocaba, que nada había cambiado. Sacudió la camiseta antes de anudársela alrededor de la cintura. Le sacudió animales y arena. Caminó hasta llegar a sentir miedo. No sabía si es porque estaba solo e ignoraba si podría encontrar el camino de vuelta, o si más bien, porque con certeza lo encontraría, o puede ser también porque la caterva de cangrejos evidentemente crecía cada vez más: sonaban al andar de tantos que eran y creía que le caminan en la espalda. Se tocó la nuca y no tenía nada. A algo olía: en el aire se disolvían los animales despiezados a la orilla de la calle.

No esperó mucho subido en un árbol hasta que una familia de extranjeros lo encontró para que lo llevaran a la cabina.

—*Thanks for saving me* —les dijo al bajarse del auto.

Se tomó el tiempo en el jardín para dejarse sentir lo tibio del sol; en el porche, para ponderar la forma y el color de los pétalos afeados por la lluvia. Se secaban bajo la intensidad solar. No entró.

Primero escuchó junto a la puerta, después, con el cuidado de un ladrón se acercó a la ventana. Del otro lado estaba la cama en la que dormiría. Estaba, en el espejo, el cuerpo y la mueca furiosa de Rubén —los ojos cerrados, los músculos tensos, la cara de alguien que aparece en pesadillas y que ya no reconocía—. Los vio a los dos por un período que pareció dilatarse. Matthew se recogió y se alejó cuando la situación evocó a los cangrejos en la playa cuando se sacan un poco del mar que confinan adentro, regando espuma por la boca.

En la noche, preparado para descansar, para despertar fresco y temprano al día, Matthew quiso simular que dormía en su cama. No pudo y dijo:

—*That was not the way. What were you doing?*

Rubén también pretendía dormir.

—*Rubén! Hear me out. That was not the way.*

—*So, you saw us.*

—*Let me tell you, that was not the way. Keep your fight with me.*

—*You think this is about you.*

El silencio de adentro permitía oír el silencio de afuera. Y Rubén siguió:

—*Anyways. It doesn't matter. Forget about it. She'll be fine.*

Matthew no respondió y Rubén añadió:

—*Besides, we are leaving tomorrow. Right?*

Como no oyó una respuesta, Rubén encendió la luz.

—*Right?*

Estaba buscando en la cara de Matthew la aquiescencia que un amigo debe, pero no la encontraba.

Segunda mención honorífica

Alexa Ajoy Jiménez

Cuentos de pájaros y almas verdes

Danza de Amapola

Estiró los dedos de la mano derecha con la gracia de un cisne, siempre sobre sus puntas y siempre con las pupilas ensoñadas. Un pié y un par de saltitos con gracia después aterrizó con la delicadeza de un pétalo sobre la madera vieja del salón; apenas resonó su caída. Era delicado como un alma.

Inclinó la cabeza hacia atrás, como en un suspiro desgastado que se desinfla, entreabrió los ojos sutilmente, y sintió la luna de miel inundarle las venas en un éxtasis infinito hasta derretirse en sus propios y delicados pasos, con la cabeza siempre inclinada, como cisne que sueña.

Sus pupilas dilatadas temblaron en un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo hasta correr y lanzarse suicida por los aires, como un aire que revienta en el cielo con las alas abiertas de par en par, haciendo que el tiempo se detuviera y suspirara inspirado ante tanta belleza en los movimiento de un humano. Su cuerpo le dictaba cómo y hacia donde moverse, le inspiraba a volar, arrastrarse y gemir como un animal, siempre en la forma de un gentil ser que sufre con delicadeza en su danza.

Y esto era el encanto que movía y mojaba el teatro donde se bailara su ballet; no importaba nacionalidad, idioma o ideología política; todas la mejillas se empañaban de lágrimas por igual al verle moverse como una pantera silenciosa. Cualquier corazón, por más tosco que fuera, reventaba en ternura al verle moverse con tal sutileza, y al final cuando caía perfectamente en un triunfo, el teatro entero contenía la respiración como si acabaran de despertar de un sueño perfecto y suave, extático. Cuando despertaban de sus propias narraciones del dolor, éxtasis y nostalgia que flotaban en el aire, explotaba un aplauso sonoro, un estallido de emociones incomprendidas que golpeaban el telón incluso después de que este cerrara.

En esto pensaban sus pequeñas pupilas cuando practicaban observando el cielo del salón, cuando cerraban los ojos y veían

amapolas enredándose en sus manos, cruzando sus talones en el aire y estirando sus brazos en ángulos sensuales y perfectos. Si estiraba un poco más los dedos podía acariciar la textura del tiempo pasando a su lado, podía respirar segundos y flotar con los momentos. Su cuerpo se relajaba en un dulce canto que resonaba contra las ventanas empapadas de lluvia; hasta que el tiempo sufría y llovía dentro y fuera del salón. Y había danza y lluvia inundando todo espacio físico que él habitara.

Era arte que generaba hambre de sensaciones y llenaba butacas, sin duda vendía muchos tiquetes y atraía muchos estudiantes al estudio. Era arte que la gente quería sentir que entendía, que les hacía cultos y sensibles, pero era arte que nadie entendía. Nadie entendería la marginalidad oculta en las venas de aquel cisne, hombre ave, ser mágico que flotaba en el escenario como un suspiro y se derramaba sobre la habitación como un sensación líquida que danzaba.

Y así, la habitación se llenó de pasos igual de delicados, suaves y juguetones que dejaban sus pertenencias en su esquina y estiraban sus alas de pavo real frente al espejo gigante bajo la ventana pequeña.

Guardó dos jeringas en una bolsita de tela, con la misma delicadeza con la que sus dedos bailaban en escena, prestando atención a que nadie lo notara, porque nadie lo entendería. Infló su pecho de petirrojo y atrajo la atención de su clase, aún con las pupilas pequeñas y suspicaces:

—Chicos, ya tenemos coreografía para el próximo recital-exclamó triunfal, sintiendo la coreografía aún recorrerle el cuerpo.

Habano Cimarrón

He venido a decirte... que te sigo queriendo —susurraba el radio viejo de la sala— “...que nada o nadie podrá separarme, ...ni podrá arrancarme del alma tu amor”

Pronto iba a oscurecer y ya lo olía en la tarde. Decidió chorrear el café para tomárselo antes de que llegara la noche, porque si la noche tocaba el café este se maleaba. Cuando la taza humeante estuvo lista se cambió los mocasines blancos por las pantuflas castañas y avanzó con calma hacia la terraza, haciendo pequeños pasos de bolero con una sutil y sabia gracia.

El siguiente bolero en sonar bramaba más despechado que el anterior, esa era la idea. Cuando terminó su danza de antaño a solas y justo antes de llegar a la mecedora que veía hacia la carretera que marchaba frente a su casa, sintió que se le olvidaba algo.

—No sé mi negrita linda lo que tengo en el corazón, que ya no como ni duermo pensando en tu amor —seguía cantando la radio inspirada viendo la tarde caer con pasitos de bolero marcados por una maraca.

Extrajo cuidadosamente un habano de la gaveta más escondida de la habitación, lo había guardado por años; a la par conservaba con cuidado un labial rojo de una de las mujeres que amó descuidadamente. Lo guardaba con mayor sigilo que con el que cuidó a su dueña. No recordaba cómo se llamaba ni cuantos años habían pasado, pero siempre la recordaría por su buen gusto para vestir y amar.

La casa olía a aguacero que se seca, a yigüirro que canta despechado, a café recién chorreado y a marimba guardada. Los olores veían con especial paciencia el sol bajar, como quién ve una carreta de bueyes pasar, sin especial interés pero siempre admirando el tamaño y potencia del animal. La casa se mecía suavemente en la colina más pequeña del pueblo, pacientemente viendo al cielo cambiar de colores invernales a noche sigilosa.

Todos esperaban pacientemente. Los muebles suspiraban con calma y se asomaban por la ventana; incluso los gatos del barrio aparecieron a lo lejos siguiendo un olor viejo y conocido. Los bole-ros seguían sonando impacientes.

De vuelta a su terraza volvió bailando y cantando como un tenor que se derrite en media plaza de desamor, solo le faltaba el estuche de guitarra coronándole los pies. Decidió pecar y comerse dos Julietas, galletas de mejillas sonrojadas; y las tomó travieso de la alacena. Moviéndose con la elegancia que usaba para arreglarse el bigote con vaselina todas las mañanas llegó a su mecedora y se dejó caer sobre esta.

Encendió un fósforo y dejó que la llama ardiera como le diera la gana. Finalmente dejó que el fuego besara el habano, hasta que al tabaco se le contagiaron las ganas de la llama y ardió con ella. Jaló con gracia, y exhaló con la misma gracia. Parecía que fumarse un habano de ese tamaño era no sólo el oficio más fácil de la historia, sino el más distintivo y de clase que podía existir. Exhaló una calada más grande que la anterior y apretó el labial que tenía en la mano derecha. La nostalgia le salió de los poros, llovió colina abajo e inundó la carretera que trotaba frente a su casa, llegó al río que rodeaba el pueblo y lo desbordó. Y así subieron juntos, río y nostalgia hacia la cuesta del cimarrón hasta que le mojaron los pies, las rodillas, los codos y le llenaron los pulmones.

El radio no dejó de sonar, incluso cuando se empapó de río, peces y nostalgia. No decepcionaba nunca al viejo cimarrón. El habano continuó ardiendo en medio de burbujas nostálgicas y peces gordos que rodeaban la mecedora, y el viejo exhaló más burbujas nostálgicas que empapaban las tilapias que pasaban por ahí.

Otra canción de despecho inundaba las aguas y se expandía por todo el pueblo. El sol estaba a punto de fundirse, y el habano a punto de acabarse. Cuando el primero tocó el horizonte, el segundo exhaló su último suspiro. El viejo se había comido las galletas con café, y apagaba el habano; observó al sol desaparecer y la vio acercarse por la esquina, con tacones rojos como el labial que tanto cuidaba. Una flor que se conservaba a pesar de los años —pensó— y

se quitó el sombrero cuando esta llegó a la terraza. Se vieron a los ojos directamente, el viejo que había esperado este momento los últimos diez años sintió un escalofrío recorrerle la mano izquierda, que acercó al mentón de la mujer y acarició sutilmente, intentando retardar el final de esa caricia lo más que pudiera. Le ofreció el brazo, como el caballero que era, y esta lo tomó; el sol se apagó mientras estos caminaban tomados del brazo.

—Mamá se murió El cimarrón, apareció muerto abrazando el sombrero en la terraza

—Ah que hijueputa hasta para morir es raro, qué lástima, —le respondió una mujer igual de bella pero coronada de cabellos grises—. ¿Cuándo es la vela?

Esa noche pensó en el cimarrón, y pensó en la noche en que la dejó embarazada. “Qué hijueputa”, se repitió en una media sonrisa, pensando siempre en su buen gusto para vestir y amar.

Zapatos de salir, altos y oscuros

La última vez que la vio llevaba zapatos de salir, altos y oscuros. Salió a la hora habitual con la bolsa del supermercado colgando del brazo izquierdo, y dentro una tijeras filosas y largas, con servilletas; que usaba para cortar hijitos de plantas que le sonrieran en el camino, para luego tenerlas en la ventana de la cocina acompañándola cuando hacía budín.

El perfume dejó una estela suave tras de sí cuando cruzó el portón. Y le sonrió al salir en una complicidad que le pedía que mantuviera la calma, que volvía pronto. Y la mantuvo, porque siempre volvía pronto oliendo a jardines ajenos y a panadería. Y la conservó incluso varias horas cuando el sol se puso más fuerte y luego se debilitó lentamente. Ese día no volvió.

La esperó cuatro días seguidos, día y noche sentado pacientemente en el alféizar de la ventana que daba al jardín, “Como un gato” la escuchaba en su cabeza, pues ahí la vigilaba cuando cuidaba las rosas en las mañanas, era tan frágil, pensaba. La primer noche sin ella estuvo en vela solo, a cargo de la tarea incesante de esperar su llegada, y ninguno de los dos volvió, pero a él no lo esperaba pues no parecía alguien que necesitara especial vigilancia y cuidado.

Al tercer día comió para recuperar fuerzas y volver a la ventana, apoyándose sutilmente sobre el alféizar para descansar, no dormía y si lo intentaba, dormitaba en un vela ligera donde la veía llegar con zapatos de salir, altos y oscuros. Rebuscaba en sus cosas y las mordisqueaba para sentir su olor y reconocerlo cuando volviera. Comenzó a dormir sobre sus zapatos de estar en la casa, las pantuflas que había roto en una esquina hace un par de años, la sentía llegar todos los días pero nunca la vio entrar.

El último día que estuvo en la ventana lo vio llegar a él, sin ella tomada del brazo contándole cuentos, y lo odió por volver solo, sin recuperarla, y le ladró con odio y rencor, soledad acumulada y nostalgia. Pero lo vio más viejo y enclenque de lo habitual, con ojos pálidos y brazos débiles, ni siquiera lo apartó del alféizar cuando lo

vio allí encaramado, ni siquiera le recordó que no era un hijueputa gato, solo compartieron una mirada eterna de tristeza y lo siguió a la cocina para preguntarle porqué estaba más viejo y si recordaba donde estaba ella, si sabía dónde la había dejado.

Los siguientes días la casa rebozó de personas cabizbajas, que tocaban todo y hablaban mucho. Prefirió quedarse con el viejo en la cocina, tomando café negro, pero la tristeza que este hedía era insoportable. Entonces volvió a esconderse con las pantuflas de ella el resto de la noche.

Con el tiempo comenzó a aprender otras palabras, “Jueputa perro” y “Sarnoso” entre ellas. Pero el viejo igual lo alimentaba y observaban juntos la ventana todas las mañanas. Los rosales mantuvieron un color exuberante ocho días seguidos, parecían bailar y brillar en la noche. Pero una mañana solo se secaron y allí la tierra guardó su cadáver las siguientes semanas. La casa dejó de oler a rosas y comenzó a oler a café y tristeza, a periódico abierto y pantuflas.

Recordaba a esa ausencia que reventaba la casa con una ventaja; ahora dormía en la cama con él, en el espacio de ella. Nunca había dormido en una cama y esa era especialmente cálida y suave, pero lo empapaba de tristeza inevitable porque allí la olía al despertar, y la ausencia empeoraba.

Casi no comían, eran dos ermitaños que rotaban su rutina de la cocina, a la ventana, y luego a la cama que olía a soledad. Y así los días comenzaron a pasar en una procesión santa y eterna, y nunca se acababan. Hasta que un día cuando se dirigía a su visita diaria y siesta con las pantuflas no las encontró, ni las sintió cerca ni supo dónde encontrarlas. Las guardaba cuidadosamente en una parte oscura de la biblioteca, pero no estaban allí. Una desesperación que no recordaba guardar en sus vísceras lo invadió y exacerbó cada parte de su alma y cuerpo, olió las últimas gotas de perfume en la sala y encontró una bolsa repleta de ropas y vestidos, batas, blusas de botones, zapatos de salir claros... y sus pantuflas. Nunca volvió a ver tampoco los zapatos de salir oscuros y altos. En un frenesí despedazó la bolsa repleta de ropa y recuperó las pantuflas, pero despedazó una de ellas también, no podía controlarse.

Esa noche durmió solo en el garaje, la oscuridad y humedad le impresionaban, pero más le impresionó escuchar al viejo sollozar por primera vez. Fue cuando lo comenzó a notar cada día más frágil, más viejo, más triste y más lleno de café. La casa se llenaba de luz blanca en las noches y las cortinas se cerraron para siempre, no volvió a asomarse para ver cómo estaban los rosales.

Cuando los años terminaron de pasar, la tristeza en un hogar clausurado y vacío le había quitado el olfato completamente y una parte de la vista, tenía ahora ojos color mar tempestuoso pero no los necesitaba, las cosas seguían en el lugar en el que habían estado los últimos años. El viejo perdió la vista, se guiaban con la presencia uno del otro y se seguían mutuamente, no sabían quién era el lazarillo de quién; uno seguía el sonido del bastón y el otro el de las patas resonando en la madera. No se amaban tampoco, solo se acompañaban, y tampoco recordaba haber sentido un cariño o caricia desde que ella salió oliendo a perfume con el bolso del mercado. Pero ambos entendían la tristeza eterna de haber perdido a quién más se ama y a quién más le ama.

El último día lo escuchó levantarse de la cama más temprano, y lo siguió con curiosidad. Dejó un bolero viejo sonando en el tocadiscos, ambos impresionados de poder escuchar aún con claridad, y más impresionados de que el tocadiscos funcionara en medio de tanta quietud, se sentaron a escucharlo. El sol cayó sobre la casa y cenaron con calma.

El último día cerraron los ojos plácidamente escuchando un bolero viejo. El último día escucharon los zapatos de salir, altos y oscuros caminar por la madera hacia el tocadiscos y apagarlo. Dejaron de escuchar el bolero y solo escucharon los pasos moverse por la casa encendiendo luces y calentando agua dulce, café y pan; escucharon las cortinas abrirse y la luna entrar sutilmente por la ventana.

El último día fue el mejor porque volvieron a sentir el perfume, el agua dulce y los zapatos caminando por la casa. Y ambos suspiraron plácidamente después de una espera que les arrebató la vida para finalmente tomarlos de la mano y acompañarlos al final.

Gata y cigarros

—¿Te acordás? —preguntó sonriente, observando una pareja besarse apasionadamente a la entrada de la cafetería

No le contestó, soltó la taza de café y le acarició el mentón mientras observaba a los enamorados

Habían pasado demasiados años desde que era una jovencilla asustada, revoloteando por las esquinas de la facultad de arte. Atea en el amor se entregaba casualmente a los brazos de un amante furtivo, y al amanecer desaparecía sin dejar rastro de sus alas, ni una sola pluma. A veces se encariñaba con alguno y compartían varias noches juntos y se quedaba al amanecer, a veces huía con lágrimas en los ojos de ira y soledad. Era una juventud intensa, confusa y caótica, deliciosa al paladar de una veinteañera.

Ser joven era lo mejor que le había pasado, ser libre y loca igual, pero le resultaba contraproducente de vez en cuando. Tanta libertad azotando en ráfagas sus prematuras alas la hizo saltar al abismo de lo inesperado y lo desconocido, tratando de encontrarse a sí misma allí, pues no se conocía aún.

El arte era lo único que conocía y entendía mejor que a sí misma, le pertenecía y se desprendía de ella como pétalos blancos de una margarita, conocía cada centímetro de sus lienzos mejor que su piel misma, entendía los colores, las sombras y las luces de memoria, incluso mejor que sus propios ojos. Desde que aprendió a sostener una crayola se entregó en cuerpo y alma a los colores, se entregó tanto que no quedaría nada que dar a otro ser vivo a lo largo de su vida.

No lo conocía muy bien, sabía que no fumaban los mismos cigarrillos y le desagradaba que un hombre oliera a mentolado siempre, casi tanto como se desagradaba a sí misma oliendo a tabaco todo el día. La primera vez que hablaron fue breve, tenían un par de amigos en común y a ambos les encantaba fumar marihuana. Era todo lo que les interesaba saber el uno del otro.

No lo conocía muy bien y allí estaba, desnuda en su cama fumando mentolados, asqueada de la situación. Lo observó brevemente para saber si ya se había dormido para huir por la ventana como el gato furtivo que era, pero seguía con los ojos atentos sobre ella.

—Si querés irte no tenés que esperarte a que me duerma, no me voy a ofender. —Le soltó junto a una calada del asqueroso humo que también inundaba la boca y pulmones de ella

Se vistió lentamente, contando botón a botón y acariciando su falda con cuidado para acomodarla. Tenía pelo y cara de sexo, se lavó la cara rápidamente antes de salir por la puerta sin decir nada.

Conocía el camino de vuelta a su casa, siempre sabía volver a ella sin importar a cuantos kilómetros estuviera, su instinto de gata siempre la obligaba a regresar a la única cama que conocía como propia, y en la única que sabía dormir. El camino siempre era el mismo, a veces se alargaba o era más breve, con más o menos personas observándola caminar de prisa. Siempre era solitario y silencioso, caminaba con las alas recogidas y ocultas, pequeña y tímida. Odiaba esos momentos con todo su corazón, el silencio y la pesadumbre, la soledad que le tomaba la mano y caminaba cerca de su nuca sin hacer ruido alguno. No soportaba la sensación de error que le nublab a cada paso, de sí misma regañándose a sí misma, y de sí misma diciéndose “yo puedo y voy a seguir haciendo lo que me da la gana”.

Los domingos eran pesados siempre, pesados y largos y empapados de resaca por todo su ser. Los detestaba, y odiaba volver de madrugada a bañarse y empezar su día, al abrir la puerta se encontraba con su nido de ave, aterrado de libros y velas que ya comenzaban a ser iluminadas por la luz del sol. Una mesa de noche de madera abrazaba su pipa, el encendedor y un frasco de vidrio con hierba dentro, otro libro a su lado, un cactus y una manzana. Entrar a su hábitat era reconfortante, todo lo que allí había era suyo y lo conocía bien, nada allí podía fallarle nunca.

Tenía un par de óleos desperdigados por la alfombra, todos incompletos, retratos abandonados apenas sus rasgos comenzaban a tener forma humana, algunos más avanzados que otro, un ojo

más expresivo por acá, una boca carnosa y colorida por allá. No recordaba haber terminado ninguno de sus últimos cien trabajos y no entendía el porqué. A diario los veía y les pedía disculpas por no completar su vida y dejarles siendo aberraciones que intentaban tomar vida con lo poco que tenían. Pero les quería y les tenía cariño, sabiendo que nunca terminaría aquellos rostros humanos.

Tomó una ducha ansiosa, con agua fría y potente golpeando su espalda. Adoraba el agua, pero odiaba su ritual de eliminar rastros de cualquier otro ser humano que hubiera tenido cerca.

Dos días después escuchó el portón de afuera abrirse, y lo vio arreglarse la chaqueta antes de tocar con suavidad la puerta. “Vamos a comer, te prometo que no voy a fumar mentolados”.

Brujas que cuentan cuentos

—He construido lo que soy desde los cimientos, tomando las piedras y tablones útiles de las ruinas que solía ser antes, he sudado y gritado y llorado en el proceso pero hoy finalmente tengo y soy un techo al que puedo llamar hogar. Dejé de ser quién era antes el día que por fin me derrumbé, y así fui escombros mucho tiempo, y así fui inhóspita sin saberlo, hasta que construí lo que soy desde los cimientos, porque me necesitaba, y mi alma rogaba por un refugio donde pasar la noche.

Hoy soy una cabaña pequeña frente al mar, empapada de sal y trópico que se mece suavemente con las aves que surcan el cielo, en la que habita mi senil alma que lo único que desea es escuchar las olas golpetear la arena, hasta el día en el que el mar toque a su puerta y por fin deba flotar en él. Suspiró y cerró la libreta donde apuntaba sus pensamientos, levantó la vista y escuchó una pequeña llovizna de aplausos caer en torno a ella.

Los martes de micrófono abierto llenaban la cantinilla del pueblo, y atraía a los turistas, especialmente franceses, que todos escuchaban atentamente, asintiendo ante los melodiosos versos—aunque no entendieran nada— y aplaudían intelectualmente cuando estos finalizaban. La cerveza nunca se calentaba en manos de los asistentes, que pedían una tras otra para envalentonarse y abrir un pedacito de su alma frente a otros extraños que hacían lo mismo. Había arte oculto por toda la costa, muchos compartían un poco de sus vivencias místicas en las cercanías de Océano Pacífico, otros abrían su corazón y clamaban dolorosamente a sus amantes desaparecidos. Al final de la noche una anciana, que en sus años primaverales enseñó en la escuela a la que asistían todos los niños de zonas alejadas, contaba algún cuento infantil y todos los artistas vaciaban el local con una sensación de plenitud infantil, embriagados en el final feliz que la mujer canosa y de facciones suaves dibujaba con sus palabras. Siempre pensó que este final era la razón por la cual todos asistían sin falta, eran noches raras donde

un montón de adultos ebrios se ponían en contacto con su niño interior. El ser humano es muy singular.

Pedaleó con suavidad hasta que comenzó a escuchar el mar susurrando a lo lejos, hasta que pronto se convirtió poco a poco en un bramido potente. Era una noche oscura, sin luna, se guió por el débil alumbrado público que había cada kilómetro. Cuando el mar tamborileaba junto al camino, bajó la velocidad y se internó en un camino de tierra en el que pedaleó casi a ciegas, la oscuridad era espesa y le besaba los talones. La llovizna empezó sin previo aviso y poco a poco el cielo se desangró en un aguacero, abrió cuidadosamente la pesada puerta de madera, goteando y empapando todo a su paso. Se desvistió frente a la ventana, observando el mar, que la observaba de vuelta unos metros más abajo. Y así, desnuda, se deslizó por la oscuridad con una taza de té en la mano, tanteó una camisa en el ropero y se la puso con pereza. Sabía que no iba a dormir, entonces no lo intentó, se sentó frente a la ventana a besarse a la distancia con el mar, y lo observó hasta que la lluvia cesó y el sol comenzó a teñir poco a poco los cielos violetas y el mar se tornó rosáceo.

Caminó descalza por la arena, el amanecer apenas comenzaba y sabía que sería eterno. Llevaba un par de troncos en sus brazos y los apiló frente al mar, ardieron fácilmente y el humo poco a poco comenzó a convertirse en llamas que comenzaron a devorar los troncos sin piedad. Cerró los ojos.

Abría sus costillas con los dedos, y extraía poco a poco hojas secas de sus adentros, que lanzaba una a una al fuego, alimentándolo y expandiéndolo. Lanzó pétalos marrones y muertos, raíces y un par de hojas más, alivianándose. El fuego recibía las ofrendas y crecía con cada una de ellas hasta ser inmenso y superarla en altura. Cuando finalmente tanteó en sus adentros y percibió que solo quedaban hierbas frescas, la sintió. Una rama se había apoderado de una de sus costillas y habían enraizado allí, ya estaba muerta pero continuaba creciendo, y a su paso se aferraba con fuerza a su costilla, desgarrándola. Reconoció la planta parasitaria y la intentó retirar, primero con delicadeza y luego con brusquedad, al notar

que esta no cedía de desesperó y jaló con todas sus fuerzas, hasta que escuchó un sonido en sus adentros. Un crack inconfundible resonó y se alejó hacia la selva, su costilla se había astillado un poco, allí donde ella había jalado con desesperación. Gritó de dolor y cayó sobre sus rodillas, con marcas de lágrimas en sus mejillas y las manos recogidas con terror. Abrió los ojos.

El fuego se había apagado y había cedido su lugar al cielo que comenzaba a arder con fuerza en el cielo, había caído sobre la arena y sollozaba con las manos en la cara. Nadie le había dicho que sanar era bonito, pero todos le advirtieron que la sal marina se sienta en el corazón de la herida y la hace arder más.

Contenido

Introducción.....	3
Presentación	5
Poesía Regional	9
Primer lugar.....	13
Leonardo Issac Porras Cabrera	13
Memoria del hígado	13
Mención Honorífica	29
Joselyn López Rojas	29
Alicia internada en el	29
país de las jeringas	29
Poesía Nacional	45
Primer lugar.....	49
Bryan Sánchez Rivera	49
Álbum	49
Primera mención honorífica.....	67
Gabriel Ulloa Herrera	67
Los incómodos azules	67
Segunda mención honorífica	81
Alejandra Valverde Alfaro	81
Escalones	81
Cuento Regional.....	99
Primer lugar.....	103
Cristhofer Valdeir Marín Zúñiga	103
Lo singular, lo extraño y tenebroso: relatos de terror	103
Primera mención honorífica.....	121
Jostin Andrey Mena Fernández	121
Cuentos Diversos	121
Segunda mención honorífica	135
William Ronaldo Hernández Díaz	135
Vida, rodillas y muerte	135

Cuento Nacional	161
Primer lugar.....	165
Gabriel Ulloa Herrera	165
Selección de narrativa graffiliana de finales de la segunda década	165
Primera mención honorífica.....	177
Christopher Reyes Loaiciga	177
Recuerdo perenne en el mar	177
Segunda mención honorífica	199
Alexa Ajoy Jiménez	199
Cuentos de pájaros y almas verdes	199